

SERENDIPIA STARK



Amantes

SOFÍA IV

AMANTES
Universo Sofía IV

Serendipia Stark

La serie «Universo Sofía» se compone de **5 entregas mensuales**, ambientadas en la ciudad de Málaga, en la actualidad.

Si adoras leer historias de amor romántico, celos, pasión, amistades inolvidables, dudas y momentos salvajes, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales:

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

INDICE

[#MeSientoBabosa](#)

[#UnaManoQueMeRoza](#)

[#RadicalesLibres](#)

[#AhoraNoOtroDía](#)

[#UnEscalofríoEspecial](#)

[#EnElComienzoEstáLaClave](#)

[#FiestaDePijamas](#)

[#DirectoAlCorazón](#)

[#JuegaTusCartas](#)

[#ElTicTacDeLosRelojes](#)

[#MeLoMerezco](#)

[#EseFríoInvernal](#)

[#Momentum](#)

[#ConectarConMisLágrimas](#)

[#MeSabeAPoco](#)

[#BuenasNochesTerciopelo](#)

[#MúltiplesInterpretaciones](#)

[#UnPlanDesastroso](#)

[#EstásMejorSinÉl](#)

[#PongaUnAutoEnSuVida](#)

[#SeLoCompro](#)

[#Mmmmm](#)

[#Maléfica](#)

[#ElOrgulloPorLosPoros](#)

[#Traición](#)

[#HaceUnKaraoke?](#)

[#ElFinalDeAlgo](#)

[#MiPropiaTrampa](#)

[#SufriendoComoUnCabrón](#)

[#ParaLuegoEsTarde](#)

[#PerdermeDelMapa](#)

[#MiNovelaLesImportaUnCarajo](#)

[#UnaTurbadoraMezcla](#)

[#AventuraEnLimusina](#)

[#HorizontesQueNoSonYo](#)

[#TodoEsNormalOtraVez](#)

[#MásBienSeducida](#)

[#GustosPeculiares](#)

[#LaNocheMásOscura](#)

[#CamaRedonda](#)

[#Afrodisia](#)

[#BuscandoDistracción](#)

[#OjosVerdes](#)

[#OdaALaSoledad](#)

[#NoEntiendoNada](#)

[#AquíMandoYo](#)

#MeSientoBabosa

Sofía

Señor, qué sueño tengo. Me arrastro de la cama al sofá y vuelta a empezar, con un cuerpo flojo que no me lleva a ninguna parte. El monstruo de la depresión acecha, reconozco sus síntomas, tengo que inventarme algo rápido para espantarlo. No pienso darle el gusto, no me da la gana, antes me quemo a lo bonzo. Compañía, música y copas, el antídoto contra el mal de amores, aunque es difícil mantener el tipo un fin de semana tras otro, visitando garitos con Silvia colgada del brazo y mi sonrisa de cartón. Si tuviera un gramo de vergüenza, no me pasearía por ahí con los pelos como un erizo.

Además, lleva dos fines de semana ocurriendo algo espantoso: si hasta ahora nunca me topé con Alex casi por arte de magia, de pronto lo veo por todas partes: cruzando la plaza Uncibay, por la Alameda, entrando en el cine Albéniz, tomándose algo en una mesa al fondo en la taberna del Pimpi... Y siempre va acompañado de Víctor, de otros chicos que no conozco, y una sartenada de tiparracas vestidas para el fornicio, con sonrisa de lobas hambrientas. Creo que él no me ha visto, no se le ve contento precisamente, pero las *acompañantas*, una distinta en cada ocasión, bien que se arriman y se le restriegan.

¡Quién fuese ciega!

Todos los poros de mi piel lo echan de menos. Me dejo caer en la cama, porque el sofá ya lo tengo aborrecido. He puesto música, pero me abstraigo, las notas de Sam Smith y su «*Stay with me*», me pasan por encima como no estuviera allí, ni en ninguna parte.

Después de mucho pensar, decido que la melancolía es un buen estado de ánimo para retomar mi novela. Si consigo centrarme, no solo terminaré algo de lo que sentirme orgullosa, también me ayudará a olvidar. El desgarró que siento por dentro es el punto de partida para describir el vacío de mi protagonista, tan enamorada como despreciada.

Consigo abstraerme lo suficiente como para ventilarme veinte páginas. ¡Woooo! ¡Veinte páginas! Hasta ahora, lo nunca visto. Me froto los ojos, apuro la infusión de mi taza y arrastro los pies hasta la ducha, decidida a lavar mi pesar con gel de flor de cerezo. Un buen tema movidito, hará el resto.

Estoy dándolo todo bajo la alcachofa al ritmo de «*Bang-bang*» de Jesse J, cuando suena el timbre de la puerta. Alguien ha decidido fundirlo. Descalza, envuelta en un albornoz, con el pelo chorreando y al grito de «¡ya voy!», cruzo el salón de mi apartamento con la leve congoja de si será Alex, que viene a declararme su amor, de rodillas sobre el felpudo.

Ya ves, como si tal milagro fuese posible. Llevo rezando al santoral completo todo el tiempo que llevo sin verlo, y de momento, nada de nada.

No es que el paso del tiempo juegue a nuestro favor, precisamente.

Al abrir, la cara sonriente que me saluda desde detrás de sus gafas me pone casi más contenta que si fuera mi dios del sexo. Es Ximena, que se presenta sin avisar y para mí, el apoyo que brinda su amistad es lo más importante. Nos abrazamos, chillando como chiquillas en el recreo, y dando saltitos.

—Coño, que te he sacado de la ducha —repara en ello una vez me ha revisado de pies a cabeza.

—No importa, no importa nada. ¿Cómo es que has venido? Se supone que este fin de semana tenías curro. —Me aparto y le hago sitio—. Pasa, pasa.

—Ha sido una sorpresa maquiavélicamente planeada —bromea—. Y no he venido sola.

Estira un poco los brazos y me doy cuenta de que, aovillado entre ellos, dormita un gatito romano suave y precioso.

—¿Es Simi? —Le acaricio el lomo y ella se remueve perezosa.

—La misma. Espera, las presentaciones oficiales: Simi, tu tía Sofía. Sofía, mi hija bigotuda y con pelos.

Mis dedos corretean entre sus orejitas. Es una monada calentita y achuchable.

—Definitivamente, te han pillado. A ti y a la camarera de piso de las chuches. Te han echado del hotel —recito en una cantinela a ritmo de ametralladora. Ximena se atusa el abundante flequillo, ahora rojizo y sonríe malévola.

—Frío, frío.

—Se la piensas dejar a Antonio, entonces, para que le haga compañía y le recuerde a ti.

—Frío, frío.

Salto del sofá y me dirijo a la carrera al baño. Me estoy quedando congelada como un polo.

—Termino de vestirme y me seco el pelo, que se me aplasta. En la nevera hay refrescos, o cerveza, si prefieres.

Cuando me fijo, ha sacado una botella de vino que tengo en el mueble, y un par de copas.

—¿Qué se celebra?

—Frío, frío —vuelve a repetir. Pongo los ojos en blanco y bufo con el secador en la mano.

—Venga, perri, no me hagas sufrir, ¿qué narices pasa y no me quieres contar?

—¿Quién ha dicho que no te lo quiero contar? —Me alarga una de las dos copas y sin saber del todo porqué, brindamos.

—¡Estás preñada! —aventuro.

—Nooooo.

—Te casas sin estarlo —pruebo suerte una vez más.

—*Tampoooooco.*

—Me rindo, jodía. Mira que llegas a ser perversa.

—¡Vuelvo a Málaga!

La que vuelve es yo, pero a vociferar como una alucinada y a bailotear la peor de las coreografías imaginables, a lo largo y ancho de mi minúsculo hogar, con los brazos en alto, la copa zarandeándose con peligro sobre mi pelo limpio, y las zapatillas de conejitos. Galopo de regreso al sofá y nos abrazamos por quinta o sexta vez. Cuando nos arrebatan estos momentos «exaltación de la amistad», sería imposible calcular el índice de besuqueo alcanzado.

—¡*Madredelamorhermosooooo!* ¡Qué alegría! —aúllo.

—Jopé, no fuiste tan efusiva pero al revés cuando anuncié que me marchaba. —Ximena

me arrea una palmada al hombro.

—Era un sacrificio necesario en pro de tu carrera meteórica e imparable. No quería hacértelo pasar mal...

—Fue jodidamente difícil irme, no creas que no me habría machacado el que rompieras a llorar desesperada y te colgaras del faldón de mi camisa, impidiéndome subir al tren. —Apura el vino y se sirve otra ración. Yo, cautelosa, lo saboreo a pequeños sorbos. Cambio la copa por el bote de *body-milk* que reposa sobre la mesa y me embadurno las piernas—. ¿Sabes qué, amiga? Ha merecido la pena.

—Ni por un momento lo dudo.

—Estuve a esto —marca con el pulgar y el índice una distancia microscópica— de rechazar la oportunidad. Y si bien no he hecho huesos viejos en la MFO como todos pensaban, traigo un bagaje de experiencia y contactos, que se va a cagar la perra.

—Déjame adivinar tu porvenir —cierro los ojos en plan teatro y hago como que entro en trance. Ximena se descojona de risa—. *Ummm...* señorita Dunne, la veo a usted dirigiendo la Film Office de Málaga... Pero que ya mismo.

—E introduciendo innovaciones, que ya les vale a esta panda de dinosaurios.

—Se lo habrás contado a tu madre y a Antonio.

—Mi madre se puso contentísima, lo que no sé es si lo habrá olvidado cuando pase mañana por la residencia. En cuanto a Antonio, por descontado que lo sabe, pero a la primera que he venido a ver es a ti.

—Calla, que vas a hacerme explotar de orgullo. —Le guiño picarona un ojo.

—¿Hacen unas patatas fritas? Crujientes y con mucha salsa, del tipo que sea, la que tengas.

—Paso.

Se me revuelven las tripas solo de pensar en comer. He perdido tres kilos desde que no veo a Alex, no entiendo dónde los he metido.

—Joder, So, tienes una fuerza de voluntad para quitarse el sombrero seis veces. ¿Sales con Silvia?

Retuerzo los labios con mueca de «no me apetece, pero ya ves».

—Imagino que estos días no te dejará ni a sol ni a sombra.

—Adivinaste. Aunque Helen y yo estamos más que seguras de que ella y Carlos están liados, no hay modo de pillarlos. Tontean, el coqueteo es descarado, pero bien que se lo guardan para ellos solos. Supongo que estando tan reciente lo de André, Silvia querrá guardar las apariencias. Qué suerte, desenamorarse y volverse a enamorar como quien se cambia de calcetines. Ojalá yo pudiera.

#UnaManoQueMeRoza

—¿Qué me estás diciendo? —se alborota Ximena—. Después de lo de Sergio, ¿cuánto tardaste en colgarte con Alex? ¿Dos? ¿Tres semanas?

—¡Eso no era amor!

—No sé si te refieres al uno o al otro.

—Da igual. No estoy en condiciones de confesar nada a estas alturas —refunfuño pensando en que me refería al tontopollas de Sergio.

—En cualquier caso, no es un crimen, el luto no es obligatorio —defiende con pasión—. Y de paso, olvídate de convencerme que no te enamoraste del guaperas, porque no hay más que verte, estás hecha polvo.

Vaya. Ya está aquí el temita de conversación que hubiese pagado por no tocar. Tratándose de Ximena, mucho ha tardado. Igual si me lo tomo a coña...

—Vale, Torquemada. Me deslumbró con esos ojos, ese cuerpo de monumento al pecado me fascinó, lo admito. Pero es imposible que me haya enamorado en tan poco tiempo...

—Yo era la primera que aposté que no, pero te enamoraste, créeme —afirma cruda, sin misericordia.

Y como me consta que me conoce metida en un saco y que tiene razón, dos lagrimones como dos limones, asoman a mis ojos. La piedra alojada en el pecho vuelve a la carga.

—¿Por qué siempre consigues meter el dedo hasta el fondo de la llaga?

—¿Porque soy tu amiga la que más te quiere y si lo hago, lo hago por tu bien?

Eso dice ella. Y es cierto, lo juro. Ojalá no escociera.

—De acuerdo, es de tontos negarlo. Soy la ridícula de la película que siempre se prenda del chico malo.

—Yo no. Antonio, de malo, no tiene más que la eme.

—Tú no eres la chica de la película —contraataco con aspereza.

—Lo que no soy es la ridícula.

Aparto los mechones de pelo que me caen por la cara y de camino, me froto los ojos; me niego a lloriquear.

—Me hice muchas ilusiones con lo nuestro, qué pazguata he sido.

—Pero ¿cuáles han sido realmente los motivos del alejamiento?

El que me lo pregunte y al mismo tiempo me robe la crema de las pantorrillas con el dorso de las manos, lo tiñe todo de normalidad. Con Ximena cerca, de repente, mi drama es menos dramático.

—Alex no está listo para involucrarse con alguien nuevo. Su cabeza, y es probable que también su corazón, están ocupados con Camila y sus historias, con una antigua novia con la que por lo visto pretende volver a quedar... Es todo muy enrevesado, no tengo fuerzas para seguir

perdonando y fingiendo que nada tiene importancia, porque la tiene. Ellas están siempre por delante y yo soy pasado.

Recojo una lagrima con la punta de los dedos. Ximena se dedica a masajearme un pie.

—Alex decía cosas intensas cuando estábamos solos, pero después... Algunas de sus señales de advertencia para que no tomase lo nuestro demasiado en serio, han sido crueles.

—Y Silvia, ¿qué dice?

—Poca cosa. Le agradezco que se trague los «ya te lo dije», que tendrá muchos en la punta de la lengua. —Suspiro y me sacudo esa visión mía de la vida, en blanco y negro—. Pasará, seré capaz de superarlo. ¿Me ayudas a elegir qué ponerme? Algo que no me haga parecer ni remotamente sexi.

Ximena, que ya venía tan contenta por el pasillo, frena en seco.

—A Dios pongo por testigo, de que es la primera vez que oigo a una mujer de menos de setenta, aspirar a semejante chorrada.

No he conseguido convencerla de que nos acompañe. Ahora que sé que su vuelta es definitiva, soy consciente de cuánto la he echado de menos. Entiendo que es hora del revolcón con su churri, bastante ha hecho visitándome a mí la primera, que ni me la follo ni nada.

Llego al punto de encuentro con Silvia, muy cerca de nuestro despacho, y me encuentro a una mujer espectacular, con un corpiño que a duras penas recoge sus gracias, un pantalón negro de cuero pegado como un neopreno, y una chaqueta preciosa de destellos tornasolados. A su lado, con mi vestido gris a juego con la casaca de rayas gris y negras, medias y zapatos negros, parezco Mortadelo en unas jornadas de supervivencia.

—Nena, parece que vas a juicio —evalúa mientras me besa.

—Te dije que no estaba de humor para salir de juerga —rezongo—. Me visto conforme me siento.

¡Oño! Qué bien me ha quedado.

—Es que ya son varias semanas con los ánimos perdidos, es hora de pillar por banda el GPS y encontrarlos, ¿no? Vale, no pasa nada, la trenza medio deshecha a un lado te queda ideal. En tu caso es imposible no estar guapa.

Sonríó tirante. Subimos la calle, atravesamos la plaza de la Constitución, enfilamos calle Álamos y descubro que nuestros pasos nos conducen a la plaza de la Merced. Silvia me informa con entusiasmo.

—Pensando en ti... Inauguran un local, te va a encantar, con el rollo ese de escritora que llevas puesto. Se llama «*Café con libros*» pero no te asustes, beberemos cócteles.

—Vaya por Dios, qué fatalidad —Me llevo la mano a la frente e imito a la dama de las camelias, que la bordo.

—Por cierto, a ver cuándo me dejas leer tu novela.

—Está sin terminar. Sin empezar, casi.

—Para cuando la acabes. Me pido ser primera lectora cero.

—Solo si me prometes ser sincera, aunque me duela. Sobre todo, si me duele.

—Sofía, si te critico algún pasaje será todo un acto de amor, palabrita. ¡Anda! Mira a quienes tenemos ahí...

Y lo dice tan tranquila, yo la mato. No puede ser.

Sí que puede.

Es una mesa la mar de maja, ocupada por Alex, Víctor y dos chicas hambrientas de asalto

sexual, con los morros pintados de burdeos. Tanques de cerveza en cantidad y un *mix* de complacencia y disgusto en sus miradas. Me asalta una insoportable necesidad de salir disparada en cualquier dirección, es lo de menos; lo de más sería desaparecer antes de desmayarme. Pero para cuando recuerdo que debo respirar, Silvia ya se ha pegado a la mesa y entabla conversación con toda calma.

—¿Nos tomamos la primera con ellos, Sofía?

¿Sonaría muy infantiloides si contesto que no, y corro que me las pelo?

Las chicas marcan territorio frente a las dos rubias invasoras, pegándose al costado de sus conquistas. Alex, en lo posible, evita mirarme, algo que le agradezco porque si se comportase con desparpajo y naturalidad, si actuase como si nada pasara, sería mucho peor que darme una bofetada con la manaza abierta.

Esto tan surrealista no puede estar pasando.

Nos incorporamos al grupo y pedimos nuestras consumiciones. En medio de la mesa hay unos tableros de damas y están en mitad de un juego. En realidad, son Víctor y Alex los que disputan la partida y las dos bobas estas, se limitan a cacarear, aplaudir y hacerles la ola. Patético.

¿Se acostarán juntos luego?

La sola idea me provoca arcadas y unos sudores muy desagradables. Las mejillas me abrasan, el resto de la piel hierve bajo la ropa, y el corazón ha perdido la cadencia tranquilona con la que hasta hace un rato se acunaba. Quedarse aquí a contemplar esto, es masoquismo puro y duro.

—Terminamos esta revancha y ahora, si os apetece, jugamos los cuatro —invita Víctor, derrochando amabilidad—. ¡Otras dos jarras para las señoritas! —indica al camarero.

No dispongo de ocasión para rechazar la mía.

La cerveza no acaba de gustarme y se me sube a la cabeza con una facilidad que da terror. Pero allí me veo, con fuego en las entrañas y más miedo que vergüenza, chupando del borde de una jarra de litro, observando sin ver, el modo en que los largos dedos de Alex, esos dedos que me han recorrido por dentro y por fuera, mueven con elegancia las fichas. Me gustaría metérmelos en la boca, rodearlos con la lengua, mojarlos, envolverlos, succionar enviando un lujurioso mensaje acerca de lo que puedo hacer con otras partes de su cuerpo...

Entonces siento una súbita e inesperada calidez sobre mi rodilla desnuda, un contacto con el mismo efecto de un relámpago. La mano de Alex se posa, presiona, y a continuación dibuja círculos en mi piel, con la media como único obstáculo. Trago saliva. Voy a morirme aquí mismo.

#RadicalesLibres

Antes de que me pusiera la mano encima, ya deseé mil veces marcharme. Esto carece de sentido, sentarnos aquí, fingiendo ser amigos como antes, como si no doliera. Y el que Silvia no le dé ninguna importancia ni se pare a considerar lo mucho que me afecta, me hiere y me irrita. En cuanto a ellos...

Hay que ser desalmado para sonreír como si nada, ignorando mi sufrimiento. Víctor más que Alex, pero es que Víctor siempre ha ido un poco... ¿en mi contra?

Decidido. Me las piro y que piensen lo que les dé la gana. Pero entonces, ¡oh, magia maldita! Esa caricia llegada directamente del Averno me frena, me aturde y enmaraña mis razones.

Miro alrededor. Alex embebido en el juego, atento al movimiento de sus fichas. Nadie diría que me mete mano, sutil, por debajo de la mesa.

Cabronazo.

Empiezo a temblar y no quiero que lo note, de modo que deslizo mis dedos para apartarlo cuanto antes. Pero él es más rápido y atrapa mi intención, trenza sus dedos con los míos, y así permanecemos, suspendidos en un segundo plano por encima de las cabezas del resto, observando lo que ocurre, pero sin estar. Pierdo la noción del tiempo que pasa. Segundos o minutos, no lo sé, nos quedamos cogidos fuerte, agarrados mientras el amor que siento por él explota y se pega contra el techo. Un ramalazo de sensatez me sacude, y recupero el aliento cuando de un brusco tirón, libero mi alma presa, junto con mi mano.

¿Por qué lo ha hecho?

Los nervios me llevan a la cerveza, una y otra vez.

En menos de media hora estoy como una cuba. Me tambaleo camino del baño por unas escaleras, empinadas como para perder la vida, me encierro y lloro. Lloro y vomito hasta que se me salen los ojos. Y vuelvo a llorar. Total, el maquillaje ya se ha convertido en un cuadro abstracto... Señor, qué pena me doy.

Silvia llama suave, con los nudillos, en la puerta.

—¿Estás bien?

—Aquí... vomitando.

—Ábreme. —Le hago caso y vuelvo al váter. Silvia me observa con los brazos en jarra —. Te has pasado.

—Soy intolerante —me justifico. Como me lo creo, de inmediato me siento más ligera de culpa.

—Sí, al litro y medio de birra que te has metido entre pecho y espalda. Anda, vamos, que te llevo a casa, señorita perjudicada.

Salgo de allí como puedo, dando tumbos, con los ojos escocidos y el estómago revuelto. Muy digna, paso de largo por la mesa sin mirar a sus ocupantes, y permito que Silvia se disculpe, aunque la mirada de Alex clavada en mi espalda es tan poderosa que me hace tropezar. Ya en la calle, me abrazo para contrarrestar el frío y cierro los ojos recreándome en ese tacto sedoso de dedos de hombre, que ya solo flota en mi memoria.

—Podemos iros. —Silvia llega al trote—. Les he metido un rollo de padre y muy señor mío.

—No tenías porqué —refunfuño quitándome los zapatos sobre la marcha. Silvia contempla atónita mis pies desnudos esquivar los charcos con mucha más precisión y garbo del que demostré andando dentro del bar—. Estoy como una cuba y por eso nos largamos. No querrán contratarme de bufón, solo faltaría.

Media hora después, sigo borracha y mareada como en la olla loca de la feria. Termino de desnudarme, programo a tope la calefacción y me enfundo en un caftán de seda semitransparente estampado en tonos naranja, por encima de las rodillas, porque si me miro al espejo, necesito que me guste lo que veo, aunque lo vea borroso.

El cielo se abre y suelta cántaros de agua fría sin importarle a quién moja. Pronto será navidad y no estoy para fiestas, con lo pizpireta que he sido siempre. He hecho té, aunque no son horas, por ver si me despeja. Qué contradicción, luego me iré directa a la cama, igual paso la noche en vela como un puñetero búho.

Pongo una lista de Spotify con una recopilación de *soul* de los cincuenta que siempre me ha inspirado. Cuarto y mitad de desgarró, y kilos de melancolía, que para algo es *soul*. Y con esas notas alargadas y tibias correteando por mi piso y un ciento de lágrimas en la reserva, me dispongo a conquistar el sofá, como si de los siete reinos se tratara.

Coño. Qué solita estoy.

Cuando suena el timbre de la puerta, estoy convencida de que es Silvia, que regresa preocupada por mi estado; ya me costó despegarla. Tropiezo con uno de los taburetes amarillos delante de la barra de bar que separa mi diminuta cocina, y me lo llevo por delante, al tiempo que me alegro de tener qué ofrecerle: té caliente. Hablaremos hasta las tantas, decidiremos el nuevo color de mis paredes, putearemos a los hombres amos del universo, y nos sentiremos mejor.

Pero no es Silvia quien me estudia tenso y solemne tras la puerta.

Es Alex, sombrío y empapado, endiabladamente guapo, las gotitas de agua resbalando entre sus mechones negros y sus iris verdes centelleando llenos de estrellas.

—Tenemos que hablar —me exige ronco de furia.

—No hay nada absolutamente que quede por decir —tartamudeo, paralizada.

El olor a alcohol que despiende su aliento acaba de golpearme fuerte.

—Esa es tu versión de la historia.

—Mi versión, da la puñetera casualidad que coincide con la realidad. Y cuando las cosas están claras...

#AhoraNoOtroDía

Hago amago de despedida, pero su enorme mano vuela y detiene el flojo movimiento de la puerta.

—Deja entonces que me exprese yo. Hasta ahora, has monopolizado esta mierda, tú, tú y luego también tú, has dictado las reglas del juego, has decidido el cuándo y el cómo.

—¿Yo he dictado...? ¿Cuándo me has concedido siquiera un gramo de poder? Por favor, Alex, has manipulado esta birria de relación o lo que sea, como te ha dado la gana, no le des la vuelta a las cosas.

Los pezones se marcan bajo la liviana tela de mi vestimenta, me siento exactamente igual que si no llevase nada, y él pudiera arrasar con una simple mirada toda mi valentía.

—Estoy harto.

—Pues anda a que tus amigas te entretengan. Las putillas y esa especie de Elena Francis peluda que tienes por amigo.

—Déjame pasar y te haré ver lo equivocada que estás.

—Ahora no. —Presiono la puerta intentando cerrarla, pero ahí encuentro su pie, impidiendo mi salvación—. Otro día.

Mejor nunca.

—Es urgente.

—¿Urgente? ¿Quién se ha muerto? —suelto, sarcástica. No le hace ni pizca de gracia.

—Nadie, por supuesto. No se ha muerto nadie todavía.

—Entonces no es urgente.

—Por favor, deja que entre.

Su tono es otro, su energía se ha desplomado y ahora está rogando. Con la cara mojada, no puedo saber si llora y tampoco quiero hacerme ilusiones.

—Por Dios —aúllo—, todo esto es surrealista a tope. Hace un par de horas estabas tan a gusto riéndote en grupo y bebiendo cerveza. Relajado, feliz y pasando de mí.

—Pasando de ti —repito enigmático.

Sí. Y no debo permitir que me convenza de algo que mis propios ojos han visto, porque me volveré a despeñar por el barranco. Me siento pequeña, ridícula y a la primera de cambio, los ojos verdes de Alex vuelan hasta esos pezones marcados bajo la seda transparente de mi caftán. Me debilito. Nunca dejaré de representar el sexo en mayúsculas en su vida.

Yo quiero eso, pero también más, mucho más.

Ojalá se marche, aunque sé que si no le abro no dormiré en toda la noche. Bajo los ojos, suspiro rendida, y lo dejo pasar con todo el temor que la situación merece.

—Han ocurrido muchas cosas que nos han superado, lo admito, no las hemos sabido gestionar. Seguro que aún estamos a tiempo de rectificar, empezar desde cero y salvar...

Levanto una mano firme para que deje de hablar.

—Ya no es posible.

—¿Cómo que no es posible?

Me encojo de hombros. ¿Por dónde empiezo? ¿Por sus terrores nocturnos o por los míos? Mientras me lo pienso, tengo la maldita suerte de que Alex malinterprete a su modo las cosas.

—¿Has conocido a alguien? —grita indignado. Pronto, su indignación se torna ira— ¿Sales con otro? ¿Tan pronto? ¿Estás saliendo...?

Esa explosión de furia sin derecho que no viene a cuento me despabila.

—¡Oye! ¡Ni se te ocurra hablarme de moralidad, ni se te ocurra darme lecciones de comportamiento! Yo decido con quién salgo, cuándo y en qué circunstancias.

—Ah, claro, precisamente yo no voy a hablar de moralidad.

—Exacto. Precisamente tú, que desconoces el sentido del término fidelidad.

Sé que soy dura, pero quiero herirlo. Que sufra una décima parte de lo que he sufrido yo. A mis espaldas, Las Shirelles desgranán su «*Will you still love me tomorrow*», unas de mis canciones favoritas de todos los tiempos, y atendiendo a la letra, me quiero morir, parece el slogan de lo nuestro.

—De acuerdo, soy un metepatas por no hacer las cosas a tu modo.

—La ironía sobra, campeón. Usa el cerebro antes de abrir la boca y harás menos daño.

Sube la mirada entre las largas pestañas negras.

—Si antes de cagarla meditase, sería otra persona. Más prudente, menos lerdo, no te lo discuto, pero no sería yo.

Solo nos separa un aliento. Qué sencillo sería besarlo y olvidar.

—No soy el único que ha cometido errores. —Vuelve a dulcificar su tono. Ahora es meloso y envolvente. Altamente inflamable.

Se acerca y pega su cadera a mi vientre. Mis defensas se desploman en segundos. El aliento de Alex alcanza la curva de mi cuello, noto un roce directo en la punta de los pezones y la garganta se me seca. Me atrapa contra el quicio de la puerta y deja caer su cabeza sobre mi hombro como si buscara consuelo. Los truenos tras las ventanas me recuerdan que más allá de mi drama, el mundo sigue rodando.

Ajenas a nuestra escena, al margen de dos personas que discuten, gritan y se reprochan cosas, las manos de Alex me buscan, aleteando sobre mi piel, me acarician, se cuelan por debajo de la túnica y juegan con el encaje de mi braguita. Pronto sus largos dedos separarán mis pliegues húmedos y estaré a su merced.

No ocurrirá.

La cercanía de este hombre me vuelve idiota e imprudente, lo sé. Y antes de que me arrolle el torbellino de mi propio deseo, me alejo de él y le golpeo el pecho.

—Vete. —Es una orden débil, quebradiza, lastimosa—. ¡Vete! —repito un poco más alto.

—Sofía...

—¡Vete! ¡Vete ya! —Con un movimiento brusco logro que me suelte. Estoy a punto de romper a llorar como una gilipollas, y no permitiré que lo vea.

—¿Qué coño quieres? —Todo él se transforma, es un león que despierta— ¿Qué coño quieres de mí?

—¡Que me dejes en paz! ¡Lárgate a tomar viento con tu Camila, o con la otra, como narices quiera llamarse...!

—¿Otra vez Camila?

—¡Camila y media ciudad, joder! ¡Pareces habértelas tirado a todas!

—¡Nadie dijo que fuese un santo!

—¡Pues no quiero demonios en este momento de mi vida!

—Tú criticabas los celos de Camila, pero eres peor, mucho peor. —Retrocede un paso y me mide de pies a cabeza. Su desdén me baña como agua envenenada—. Al menos, Camila me necesitaba, al menos ella lo que hacía, lo hacía por amor. Tú jodes por diversión.

Me encojo como si me hubieran arrojado algo a la cara.

—Vete a la mierda, no sabes lo que dices.

—Sí que lo sé, lo estoy viviendo en mis propias carnes.

—¡No me conoces, no te has molestado en conocerme! —le grito.

Sufro un acceso de náusea y otro después, muy seguido. Tengo que cerrar, cerrar y tumbarme.

—Si supieras en cuántas cosas me he molestado desde que te conozco y de qué pocas me siento orgulloso... —Da media vuelta y se aleja hacia la escalera.

Después de permitir que una o varias ex se interpusieran en nuestro camino, ahora, demasiado tarde, pretende convencerme de que le importo. Alex está buscándose a sí mismo, yo no debería sentirme culpable, en absoluto.

—Eres odioso y cruel —masco entre dientes. Casi espero que no me oiga, pero su oído es más fino de lo que me temía. Frena y me mira por encima del hombro.

—Ni la mitad que tú, niñata.

Alex sale del círculo que abarcan mis ojos y tengo la impresión de que también abandona mi vida, Este adiós abrupto me deja desolada. Cierro la puerta para protegerme, regreso a mi cama tras una visita apresurada a la taza del váter donde mi estómago se vacía, y me convierto en un ovillo lloroso sin alivio hasta el amanecer. Me abrazo la tripa, desesperada, me parto en dos. Doblada por la mitad, el dolor crece.

Me invento una súbita fiebre y al día siguiente, no aparezco por el despacho. De alguna forma doy gracias al cielo.

Se terminó.

Llevo demasiado tiempo queriendo morirme y siempre es por él.

#UnEscalofríoEspecial

Alex

Cada vez que cierro los ojos vuelve la imagen de Sofía, y como viene se va, dejándome el escalofrío de su mirada de desprecio, aquella noche, detenidos ante el semáforo, y un solo mensaje mudo: *«no estás a la altura, cretino»*.

Me digo a mí mismo que si me mantengo ocupado, este agujero negro que se me ha abierto en el pecho terminará por cerrarse, pero... Llevo semanas de infierno, de desgana por la vida, de resaca emocional. Noches de eterno insomnio durante las que peleo contra la necesidad de ir a buscarla, con la sola compañía de un tema. La voz de James Blunt, que casi llora, me recuerda lo que decidí perder:

¿Te decepcioné o te fallé?
¿Debería sentirme culpable o
dejar a los jueces juzgar?
Porque yo vi el final antes de comenzar,
Sí, vi que estabas deslumbrada y
supe que había ganado.
Pues tomé lo que era mío por derecho eterno.
Tomé tu alma en la noche.
Pudo haber acabado, pero no me detuve ahí,
Yo estoy aquí para ti si tan solo te importara.
Tocaste mi corazón, tocaste mi alma.
Tú cambiaste mi vida y todas mis metas.
Y el amor es ciego y eso lo supe cuando,
mi corazón se cegó por ti.
He besado tus labios y sostenido tu cabeza.
Compartido tus sueños y tu cama.
Te conozco bien, conozco tu olor.
Me he vuelto adicto a ti.

Adiós, mi amante.

Adiós, mi amiga.
Tú has sido la perfecta.
Tú has sido la perfecta para mí.

Soy un soñador, pero cuando estoy despierto,
no puedes quebrar mi espíritu,
son mis sueños los que te llevas.
Y cuando te vayas, recuérdame.
Acuérdate de nosotros y de lo que solíamos ser.
Te he visto llorar, te he visto sonreír.
Te he visto dormir durante un rato
Sería el padre de tu hijo.
Pasaría una vida entera contigo.
Conozco tus miedos y tú los míos.
Tuvimos nuestras dudas, pero ahora estamos bien
Te amo y juro que esa es la verdad.
No puedo vivir sin ti.

Adiós, mi amante.
Adiós, mi amiga.
Has sido perfecta.
Tú has sido la perfecta para mí.

Y todavía sostengo tus manos en las mías.
Cuando estoy dormido.
Y desnudaré mi alma al tiempo,
cuando me arrodille a tus pies.

Adiós, mi amante.
Adiós, mi amiga.
Tú has sido la perfecta.
Tú has sido perfecta para mí.
Estoy tan vacío, nena, estoy tan vacío.
Estoy tan, estoy tan, estoy tan vacío.

Debería pedir disculpas por todas las barbaridades que le he dicho, que son muchas y ninguna bonita, pero su desdén... no quiero volver a verlo ni a sentirlo, no quiero que me alcance. Me paraliza el miedo al rechazo. Debería poder superarlo, armarme de valor y luchar por conquistar lo que sé que me pertenece.

Si no fuera mía no habría podido dibujarla a ciegas.

He pintado su rostro a carboncillo, un cuadro colosal que preside mi salón bajo una lámina acristalada. Esos ojos suyos son tan poderosos, tan sobrenaturales, como la fuerza que me arrastra a ella.

Algo me dice, y no es solo mi hermana Silvia que vela por mí, que si insisto lo único que

conseguiré será alejarla. ¿Por qué no me advirtió a tiempo que esto era un juego? Yo me habría divertido. Quizá me faltó confesar que iba en serio, para que ella no me fallase. No estábamos en el mismo instante, ni buscábamos lo mismo.

Algo me retumba dentro, chirría y me grita que no encontraré otra como ella. Otra que me seduzca con sus respuestas, que tenga siempre lista la palabra que no me espero pero que necesito en lo más hondo de mi maldita inseguridad. Cruzo la sala y me dirijo a la terraza. El frío de primeros de diciembre me golpea la cara. Fui listo durante muchos años, escapando al amor, no podía durar toda la vida.

Me acodo en la barandilla y miro al horizonte, respunteado de luces doradas, amarillo fuego contra negro, la bahía de Málaga con su mar plateado me invita a pensar. Sé que las cosas se ponen peligrosas si al caminar apoyo los pies y el suelo cede como terreno pantanoso. Que lo que siento por Sofía se vuelve contra mí, que me acusa de algo que ni entiendo, cuando ella es la primera que falsea sus sentimientos.

Podría ser más clara, decir qué necesita ¿tiempo y espacio? Yo qué sé, esas estupideces que las mujeres ponen como excusa cuando un tipo no las convence y no quieren ir más allá. Se ha tomado muy en serio mi pasado con Camila, debe ser eso. Pero en lugar de hablarlo, lo escondemos bajo las losetas simulando que no importa. Yo también cargo mi parte de responsabilidad, lo admito.

Sin embargo... la otra noche, en su casa, vi brillar dos lágrimas en sus ojos. Temblaron sin llegar a caer. Y yo, estúpido, me ilusioné con que temblaran por mí.

#EnElComienzoEstáLaClave

Sofía

Todo en la vida tiene cara y cruz, mal que nos pese. La cruz de la vuelta de Ximena es su exceso de preocupación por mí. Se ha vuelto más pesada que un remordimiento. Controla cada paso que doy, lo que como y los gramos que voy perdiendo. Si se alía con mi madre porque coinciden en el sofá de mi apartamento, el apocalipsis está servido. Ando pensando en prohibirle a mi progenitora más visitas, ya que a Ximena no puedo frenarla.

Transformo toda mi desesperación en esfuerzo, me encierro y sudo palabras, frases encaminadas, capítulos y las tres letras que componen el fin. Ha dado resultado, no lo habría creído, mi novela acabada y revisada dos veces. Empiezo a creer en serio que algún día la veré en los estantes de una librería. Saco un listado de editoriales de internet, marco con un rotulador las diez primeras y encargo otras tantas copias encuadernadas con espiral de mi obra. Cincuenta y cinco euros por cabeza, una pequeña fortuna que me obliga a rectificar los planes y sacar solo tres copias, que envío por correo a las editoras que ocupan los primeros puestos en mi lista.

Sí, podría enviarles una copia digital, pero no le harían ningún caso. Ya nadie envía manuscritos reales a las editoriales, papel en forma de páginas que corren, una tras otra y huelen a gloria. ¿Y si por hacerlo...?

Las manos me tiemblan, el corazón me galopa y la emoción me puede, mientras deposito los paquetes en correos. Ahí van, embaladas, todas mis esperanzas.

El mes que viene sacaré otras tres y si me pagan un par de terapias que tengo atrasadas, con el señor supersticioso que vive en el número trece de la calle Carretería, y hace el número trece entre sus hermanos, podría enviar hasta cinco manuscritos de una tacada.

A ver... más novedades antes de confesar que sigo enganchada al más nocivo de los pensamientos: Alex. Siempre presente. Ah, sí, Ximena me ha traído de Madrid una infusión, *Roiboos Paradise*, con violetas y otras cantinelas, que está de muerte. Y Mario me ha enviado unos cuantos mensajes de tímido acercamiento, que he respondido escueta y algo distante. Me avergüenza mucho mi borrachera y el beso que le zampé sin venir a cuento.

Pero por muchas actividades que emprenda, por mucho que procure ocuparme, ahí está él. Me digo tantas cosas con la esperanza de empezar a creerlas... Pero siempre acabo en el mismo peldaño.

A.LEX.

Ximena entra por la puerta vestida de beige, más pelirroja que nunca, con gafas de montura negra y esa gargantilla de siempre que me encanta y la hace parecer una dama

victoriana, aunque lo que lleve colgando sea la miniatura de un coche.

—Tengo algo para ti —anuncio. Trae los brazos cargados de bolsas del súper. Si Dios no lo remedia, haremos un finde de chicas reducido al viernes, ya que tanto Silvia como ella tienen novietes a los que dedicar tiempo. Atrás quedaron los felices años en que encerrarse juntas para no salir en tres días, era posible.

Ahora, donde únicamente nos metemos, es en la cocina, a colocar la montaña de guarrerías que pensamos consumir en las siguientes horas.

—¡Ensaladilla rusa! ¿Boquerones en vinagre? —aventura con las manos perdidas entre envases.

Suelto una carcajada. Los ojos se le han puesto redondos y babea solo de pensarlo.

—¡No! ¡No sé hacer boquerones en vinagre! La del arte culinario es mi madre.

—Pues espero que no sea tortilla de patatas porque traigo una de tres pisos.

Por toda respuesta, le alargo una libreta. Ella aparca su tarea para ojearla. Está llena de apuntes y recortes.

—Me he pasado por Ikea y te he hecho un montón de sugerencias decorativas. Cosas que pegan con otras cosas, todo lo que he visto que pueda servir para vuestro nidito de amor y fornicación. —Observo esos luceros oscuros que tiene por ojos, humedecerse detrás de las gafas—. Pero bueno, no te irás a echar a llorar, tontorrón, serás capaz...

—Nena, es que esto es un montón de trabajo, se habrá llevado todo tu tiempo libre —exclama con admiración. Su dedo recorre las imágenes pegadas.

—Bah, no creas, ir, mirar, apuntar alguna que otra cosilla. Las fotos las he recortado de los catálogos de los últimos años. Lo he hecho con muchísimo cariño.

—Si te hace ilusión, puedes venir conmigo a comprar los muebles...

—Ah, no, eso sí que no. —Vuelvo a las bolsas, a las patatas fritas y al pan de molde—. Esa labor os corresponde a vosotros, pareja de tortolitos. Dentro de muchos meses, recordaréis cada segundo que invertisteis en elegir lo que llena vuestro primer hogar juntos, y será fabuloso.

—Cielo, lamento mucho que tú no...

Trago saliva, aparto los malos pensamientos y hablo como si estuviese más curada que un jamón.

—De hecho, deberíais montar un álbum de fotos compartido para poder atesorar las imágenes del proceso. Luego os alegraréis.

—Sofía...

—Me ha venido bien —la atropello—. No es que sea un hacha en meneos decorativos, pero cada pequeña ocupación que me impongo me ayuda a... a no pensar.

—En él —completa Ximena algo solemne. Asiento con tristeza. Y dejo caer el entusiasmo, directo al suelo.

—¡Qué tortura, Dios mío! Quiero dejar de ser humana durante, digamos, al menos, cien años.

Ximena me abraza y yo, con el paquete de Phoskitos en la mano, apoyo la frente en su hombro y me dejo llevar. El río de lágrimas brota imparable. Con ella puedo, con ella no me privo de mostrar lo que sufro.

—Maldito sea el día que lo conociste —masculla entre dientes mientras me acaricia la melena.

—No puedo hacerlo responsable de la película que yo, y solo yo, me he montado, Ximena, jamás me prometió nada. ¿Quería acostarse conmigo mientras buscaba a su primer amor por las redes sociales y alentaba la insistencia de Camila? —me duele oírme a mí misma,

seguramente, por eso lo hago, mi vena masoca a tope—. Bien, lo hizo. Puede que eso sea la punta del iceberg, puede que aparte de esas dos haya cientos más, está bueno y puede permitírselo.

—Es un cabrón sin sentimientos —gruñe furiosa. Su “s” final se funde con el timbre de la puerta.

Me seco los ojos a toda velocidad.

—Es Silvia, por favor, nada de Alex delante de ella. Ni nombrarlo.

—No te preocupes —promete con desgana—, olvidarlo será todo un placer.

—Chica, qué mala cara —es lo primero que me suelta, entrando por la puerta—. Traigo pasteles.

—Lo sé, hace un rato me miré al espejo y solo pude decirme: Halloween ya ha pasado, bonita. Pienso comérmelos todos.

Silvia y yo, a veces, tenemos esa forma extraña de comunicarnos, con frases mezcladas, pero en bloques separados. Desde ese punto de vista, nos entendemos. Ximena nos mira como si estuviésemos locas.

—Pasé por el 24 horas de abajo y he comprado especias para los gin-tonics. Pétalos de rosa, cardamomo, anís estrellado, pimienta rosa, regaliz...

—Te has pasado, ¿cuántos copazos nos vamos a tomar? —gruñe Ximena.

—Todos los que nos quepan —guiña un ojo—. Hay que celebrar.

—Ah, ¿sí? ¿El qué? —pregunto distraída, dándole vueltas curiosas al precioso botecito que contiene las violetas.

—Carlos Reyes y yo tenemos oficialmente una relación.

Mira qué bien.

—Silvia, no es por quitarte la ilusión, pero eso ya nos lo figurábamos todos hace semanas —le advierto.

—Y lo confirmamos cuando André tomó un avión rumbo a las Américas, amenazando con prenderle fuego a tu casa y no volver —remata Ximena con aires de marisabidilla.

—Bueno, da igual —Silvia alza triunfante las botellas de vodka y ginebra, una en cada mano—. Hoy es el día en que puedo reclamar como míos esos atributos *to* potentorros de Carlos, en que vengo de hacerme las ingles brasileñas para un mañana de ardor sin límites, y en que nosotras lo celebramos. A partir de hoy, haremos aniversarios y todas esas cosas.

—¿Tanto piensas durar?

Desde luego, Ximena dispara con cañones recortados, la *jodía*. Menos mal que Silvia está eufórica, prepara las copas generosamente servidas, y le resbalan las puyas.

—Va a ser el padre de mis hijos, lo tengo decidido. Y saldrán guapos a reventar. ¿Reparto?

—¿Copazo antes de cenar?

Por supuesto. Como las chicas de «Sexo en Nueva York».

#FiestaDePijamas

Tres horas más tarde, cada una de nosotras ocupa un sillón, con las piernas por alto y los pijamas arrugados. Hemos alcanzado el fondo del vodka y dado buena cuenta de la tortilla de Ximena con pan recién horneado por una servidora. Galletitas saladas, queso, patés y gominolas. Ahogaditas en calorías, pero dichosas como un cochinitillo en un charco. Estamos en los postres, pasteles con más gin-tonic, ahora que solo queda viva la ginebra.

—Si fueseis invisibles, ¿qué haríais? —Silvia se deja caer con esta pregunta, original donde las haya, con la lengua espesa.

—Me metería en El corte inglés y me llevaría un montón de cosas —aduce Ximena chupando una pajita. Yo cierro el pico, aprieto los labios y me obligo a no participar.

Si fuese invisible, siquiera por un ramillete de segundos, me liaría a patadas con los cataplínes de Alex. Mentira. Espiaría hasta verle la cara a la tal Olga, cuya imagen invisible adornada hasta el infinito por mi masoquismo, me trae por la calle de la amargura.

—¿En serio harías eso?

—Sí, pero de la parte de los saldos. Así hago menos daño, ¿no?

Ahí no puedo impedir que una carcajada me brote a escape. Espurreo alcohol por todos los cojines. Menos mal que son míos y entre todos no cuestan diez euros.

—Y si tuvieseis que definir el fin de semana que os espera con un título de película, ¿cuál sería? —sugiere Ximena, con ese tono concentrado y sesudo que se le pone de borracha—. El mío, «Esta casa es una ruina».

—Ah, pero qué guay —la interrumpe Silvia—, montando la casita de amor sin fin...

—El mío sería «Resacón en las Vegas» —ríe. Ximena y yo miramos interrogantes a Silvia que acaba de pegarse otro lingotazo.

—¿Lo dudáis? «Nueve semanas y media».

Llevo en el despacho desde las nueve de la mañana y no he tenido tiempo de otra cosa que no sea trabajar. Bienvenido, estrés. Así no me martirizo recordando el cuerpo incomparable de Alex cubriéndome, sus dedos jugueteando con mi sexo, sus labios y dientes saboreando mis pezones mientras yo me derretía entre sus brazos, sacudida de placer bajo su peso, su bendito pene en mi boca...

Hay que joderse... Lo que agradecería yo ahora un poquito de Alzheimer.

En el momento en que Helen llama titubeante a mi puerta, ya sé que el día pegará un giro de ciento ochenta grados, y no precisamente para bien. Le digo que pase y aparece con un precioso ramo de flores en las manos, gerberas naranja intenso, mezcladas con siemprevivas moradas.

—Son para ti —me aclara antes de que yo haga cábalas—. Ay, Sofía, lo siento, lo siento mucho, he derramado el café sobre la tarjeta de visita, no sé si vas a poder leer la dedicatoria.

Lo suelta en plan ametralladora, esquivando mi mirada, alargando los brazos para que me haga cargo del ramo y desaparece a escape musitando otros dos o tres *«lo siento, lo siento, hoy estoy muy torpe»*.

Se me ha secado la boca. Redios, ¿quién ha podido enviarme esto tan precioso? Mi Pepito Grillo particular me susurra que Mario, pero para cuando termina de pronunciarlo, mis pupilas ansiosas ya han recorrido el poco texto que queda vivo, y al pie de la tarjeta color crema, leen «Alex».

Jadeo.

Si es una disculpa, no estoy del todo segura de querer aceptarla. ¿Empezar de nuevo? Esa tensión, la prueba diaria que supone estar con alguien como él, no creo que encaje con alguien como yo, que quiero un amor sano y tranquilo, quiero que me quieran y no que cuando todo acabe, la gente me mire pensando: *«pobrecilla, siempre dio más que él, siempre estuvo más enamorada»*.

No. Otra vez no, definitivamente.

Pero de todas las burlas y bofetadas sin mano que han podido darme en la vida, la peor, la más hiriente, la representan un puñado de palabras redactadas al inicio, con tinta esmeralda y una caligrafía demasiado delicada para expresar lo que expresa:

«Nunca te quise»

El resto es un borrón confuso, una mancha que no calma mi corazón acelerado.

—¿Qué nunca me quiso? ¿Qué coño pone aquí? —discuto conmigo misma— ¿Lo siento, no estuve a la altura? ¿Mucha mujer para un cagado como yo? ¿Soy un cabrón de campeonato?

No me lo pienso demasiado, la calle Larios bajo mi ventana, es peatonal. Y las flores, demasiado bonitas como para desaprovecharlas. Con un poco de suerte, acabarán la mañana en alguna casa más feliz que la mía, con las patitas a remojo en un florero.

Abro la cristalera y las lanzo por el aire con las manos temblando de indignación.

Alex

Sé que esto es una estupidez. Hay pasos que te niegas a dar hasta que alguien que te quiere bien, más astuto que tú, te regala cuatro razones y sin meditarlo demasiado, cambias de opinión, te llenas de valor y te disparas. Pero no tardas en darte cuenta de que llegaste tarde. Tu esfuerzo se queda en nada.

Eso es más o menos lo que me pasa cuando la furia y la desilusión que me empujaron el

sábado a salir huyendo, se diluyen en mis ganas de verla. La llamo. Insisto. Y necesito marcar su número tres veces y escuchar cómo suena hasta agotar el tiempo previsto, para asimilar que no le intereso. No quiere saber nada de mí.

Me consuelo, si es que a esta tortura autoimpuesta puede llamársele así, escuchando las «*Tardes Negras*» de Tiziano Ferro, una y otra vez, hasta que sus líneas quedan grabadas en lo hondo de mi cerebro. Una y otra vez. Otra vez...

«*Y volverán los ángeles a despertarse con tu café...*» «*Lo que no mata fuerza te da*»
«*Nadie nunca entenderá... que la vida duele demasiado aquí sin ti...*»

El sentimiento azota más fuerte a ratos. Hoy es uno de esos momentos insoportables. El cielo de invierno luce azul, claro y despejado, pero mi alma está llena de sombras. Detengo la moto junto a una floristería y elijo las que el instinto me indica. Vibran entre el verde en un estallido de color, igual que Sofía se distingue en una multitud. Y emocionado, aunque me pese admitirlo, escribo una tarjeta que acompañará el ramo:

«Nunca te quise tanto como hoy»

#DirectoAlCorazón

Sofía

El episodio de las flores con la dedicatoria misteriosa me lanza directa a los brazos del suplente.

Me refiero a Mario, claro. No del modo que yo pretendía (caso de haberlo pretendido), ni del que vosotras estaréis imaginando. Mario se cuela bajo mi piel como un veneno, sinuoso y letal, efectivo pese a mi resistencia.

No estar preparada para una relación con Alex equivale a no estarlo para salir con nadie más. Aún me duelen demasiado los pellizcos del alma, aún me cuesta un mundo perdonar. Mis escopetas continúan cargadas por culpa de Sergio y posiblemente veo fantasmas donde solo hay tiernas nubes algodonas. Lo he estropeado todo, empeorando el estado de mi dolor, y a las llagas sin curar de mi tormentoso final con Sergio, se suman los desgarros en el corazón, de mi desamparado amor por Alex.

Desde luego, el momento no puede ser más inadecuado para sembrar algo. Sin embargo, y aunque no merezco algo tan dulce, la voz, el comportamiento de Mario, son balsámicos, calman mi escozor insoportable, mi pena.

—Yo sé cómo curarte el corazón —me dice por encima de la mesa. Los cafés, apurados hace ya rato, no han sido dos, sino cuatro, y la conversación fluye sin presiones. No tener nada que temer ni aparentar, te relaja hasta los tuétanos. Pero esa frase inocente, dicha con toda la intención y una penetrante mirada que hasta ahora no había detectado en él, logra que dé un respingo—. Con una buena hamburguesa, aquí cerca. —Vuelve a sonreír, cordial— ¿Te he asustado?

Trato de disimular con una risilla de falsete.

—Por un momento temí que quisieras jugar al doctor amor.

—Podemos jugar a lo que quieras cuando el momento llegue.

De nuevo es ronca su voz, preciosa al decirlo, y la sacudida se repite. Tengo la sensación de que Mario es mucho más de lo que aparenta. Y de que estudia mis reacciones.

—¿Te digo una cosa y no te ríes de mí? —lo tiento.

—Tienes mi palabra, a curioso no hay quién me gane. Por un secreto prometería casi cualquier cosa.

—Cuando te miro, tan formal y tan correcto, tan clásico y caballeroso, no puedo evitar imaginarte en otra actitud completamente distinta, en plan aventurero. Salvaje y arriesgado.

—Ya. El catedrático aburrido que esconde al héroe —apunta con acierto.

Justo. Indiana Jones, lo que yo te diga. Pero me salgo por la tangente.

—Nunca he dicho que fueras aburrido.

—No puedes decirlo, no me conoces.

—Tampoco parece que te ofenda.

Se retrepa en su asiento y esboza una angelical sonrisa.

—Quizá sea porque pienso animarte a que lo intentes, y estoy seguro de que mis virtudes te volverán loca de amor.

Remata la frase con un guiño simpático, y aun así, me pongo mala de los nervios. Espero que sea una broma. No es que me disguste la idea, solo me incomoda, es como un postre servido antes de tiempo. Necesito haber comido antes otras cosas para poder saborearlo.

—De todas las malas ideas que podría tener ahora, enamorarme sería la peor —confieso, lúgubre—. Estoy hecha pedazos.

Noto que de inmediato, se endurece su expresión.

—¿Tanto daño te hizo ese malnacido, quien quiera que sea?

—Ya llegué dañada, él solo me dio la puntilla. Además, no tengo a quién culpar, fui yo misma la que permití que me despellejaran por querer que una piedra sangre. Cuando estás triste y sola, desesperada porque te amen, hueles a necesidad y tu propio olor te ciega. Él no es malo, ni bueno, es simplemente, él. Disfruta de un estilo de vida —con cientos de mujeres a su disposición— que no está interesado en cambiar. Yo no puedo pretender que lo haga, debí darme cuenta de que no era el hombre amoroso que yo necesitaba en esos momentos.

Aunque sí fuese el dios de la testosterona que me volvía del revés con solo rozarme.

¡Ayyy!

Como el pensamiento erótico-festivo me distrae, cuando vuelvo a tierra, Mario me ha cogido la mano. Curioso, no siento rechazo, la aprieta en plan amigo, y lo que me llena se parece más al agradecimiento.

—Cada momento de nuestra vida requiere aptitudes concretas en quien nos acompaña. Relájate y no pienses más que en ti. Es más, Sofía, exige que el resto del mundo también piense en ti, te lo mereces, es tu momento.

—Suena egoísta... y genial. —Me río con ganas.

—Todas las cosas inteligentes y ciertas suenan raro. Por ejemplo, que por cada persona que se desentiende de ti, haya otra que muere por tenerte en su vida.

Mario no suelta mi mano, su apretón se hace más firme, y sus ojos café me taladran. Siguen siendo melosos, pero se han teñido con un halo de misterio que no tarda en atraparme. No soy tonta, sé lo que intenta decirme. Y sobre mis propias reacciones, entiendo poco. Soy una chica en proceso de duelo, necesitada de consuelo, inexplicablemente atraída por otro hombre distinto al que perdí. Bueno, mirando a Mario nada más que por encima, no es tan inexplicable, inexplicable sería ignorarlo.

Es el momento de huir disparada.

La otra noche salimos y nos quedamos hasta muy tarde, charlando, bromeando y bebiendo vino. Mario se reveló como un consejero estupendo, al despedirnos no hubo tensiones ni apuro. Pues de momento, que siga por ese camino. Recupero mi mano procurando edulcorar el gesto con una sonrisa y que no suene a tirón grosero.

—Tengo que irme, hoy tocan clases en el gimnasio. Últimamente faltó tanto, que es milagroso si no me dan con la carta de despido en las narices.

Arquea las cejas sorprendido.

—¿Quién iba a desprenderse de una joya como tú?

—Bah, lo que pasa es que a pesar de ser deportistas, son todos unos tristes.

—Y tú das color a ese retablo —afirma feliz.

—Les doy chispa —frunzo los labios—, eso es lo que les falta, *chispitismo*.

Me doy cuenta de que he recuperado el humor y la capacidad de soltar chorradas. Es un buen síntoma, no estarían mal un par de saltos mortales para celebrarlo, pero se me verían las bragas.

#JuegaTusCartas

Entro en clase con movimientos robóticos y selecciono la música. Las chicas se alinean en sus puestos habituales y mientras las miro y las recibo con un amago de sonrisa a través del espejo, concuerdo que a pesar de la hora necesito un té cargado más que respirar.

—Vamos a ir calentando los músculos —les digo a las alumnas. Empiezo por estirar el cuello a derecha e izquierda, ellas me imitan—, cervicales, hombros, levantad los brazos, moviendo esos deditos...

Fijo la mirada en las puntas de mis deportivas, siempre lo hago cuando inicio ese sendero casi místico que es sumergirse en la música y dejar que los movimientos, automatizados ya, vuelen solos. Pero un pequeño alboroto a mi espalda me impide evadirme como yo quisiera. Las chicas abren filas y se separan como las aguas del mar Rojo.

—A ver, no cambiéis de sitio... Que empezamos fuerte, me he traído a Calvin Harris...

Enseguida lo entiendo. Alguien se ha colado en clase después de haber cerrado la puerta, y el cuerpo de ese alguien es lo suficientemente alto, bien formado y bronceado, su rostro lo bastante viril y atractivo, como para que este corral de gallinas se revolucione.

Pestañeo.

Mario en ropa de deporte luce muy sexy, ni rastro del profesor universitario abrochado hasta el cuello. Bajo su camiseta se adivinan unos abdominales de premio y el bóxer ciclista largo hasta la rodilla, le sienta de muerte y le marca unos músculos elásticos y proporcionados. Intento aparentar indiferencia, pero lo cierto es que ya no puedo mirar otra cosa.

—Siento llegar tarde —se disculpa con amabilidad—, soy nuevo y no encontraba la sala. Por cierto, me llamo Mario.

Todas mis alumnas, y tengo diecisiete, deciden responder al mismo tiempo, gritando a coro sus nombres de pila. La sala de aeróbic se llena de Anas, Luisas, Raqueles y Saras. Madre mía, qué escándalo y qué calentorras son todas.

—Pues es posible que sigas confundiéndote —aguanto la risa como puedo, creo que se me nota— porque esta es una clase de gym-dance.

—Perfecto, es la mía. Vengo por la profesora, me han dicho que es una máquina. ¿Son figuraciones mías, o en su tono ha vertido unas gotas de lujuria?

—¿En serio?

—En serio, recomendadísima.

Esto va a ser divertido.

Subo a tope el volumen de la música y cimbreo mis caderas de forma provocativa a ritmo de «*I need your love*», aunque no olvido ni un solo segundo, que lo tengo detrás, pegado al trasero. Varío el orden de los ejercicios, improviso, dificulto las coreografías al máximo, pero Mario las sigue sin demasiada dificultad, es ágil, se mueve endiabladamente bien. Dicen que los buenos bailarines son extraordinarios en la cama...

Me pongo como una cereza. Menos mal que nadie puede leer mis pensamientos, las chicas andan demasiado distraídas con el morenazo y se matan tropezando, no dan pie con bola ni las más veteranas. Llega un momento en que solo él y yo nos ondulamos al ritmo de la música, las demás van por libre. Y a través del espejo, envueltos en sonrisas, nuestros ojos se encuentran y se reconocen.

Mario desaparece entre la masa humana, nada más acabar la clase. Me seco el sudor de la cara y lo busco con disimulo mientras quito la música, pero es evidente que ya no está. Las alumnas comentan excitadas la nueva adquisición y yo me escabullo hasta las duchas con una mezcla de espanto y satisfacción que me confunde. Dejo que el agua tibia recorra mi cuerpo de cabeza a pies, me apoyo contra la pared alicatada en piedra, y me pregunto dónde narices anda mi sentido común.

Atravieso el pasillo con la bolsa de deporte al hombro. Luluis sale de su clase, impecable, sin sudar ni despeinarse, como de costumbre. Por más que intento sonsacar cómo lo consigue, no suelta prenda.

—¿Unos digestivos en «El Peláez»? —Se refiere a un bar de barrio, cercano, donde ya nos han adoptado como a perrillos callejeros.

La visita inesperada de Mario me tiene desconcertada, no sería capaz de hilar una conversación decente.

—Estoy muy cansada, Lulu, otro día.

—¿Planes para el finde? Mira que me marchó a Tailandia para un mes completo y me echarás de menos una *jartá*, aunque sin solución.

—Mañana si quieres, o el sábado. Podemos ir al cine o te invito a casa, a un fin de semana de chicas... Olvídalo, ya sé que no eres gay.

—No pienso meterte mano y cargarme nuestra gratificante amistad —me jura con dramatismo—, no me compensa. Si me haces los pies, masajito incluido, yo te hago las manos y te doy una clase de Ying-Yoga que tirara tus penas por el retrete.

Jolines, ¿tanto se me nota?

—Bien, hablamos —digo sin comprometerme.

Pero abrir la puerta, pisar la acera, girar a la izquierda buscando a Martita y toparme con Mario que parece esperarme, es todo uno, y me cambia el humor como por encantamiento.

—¿Cómo te has atrevido? —pregunto riendo.

—¿Es eso a lo que te referías cuando hablabas de arriesgado y salvaje?

Gira hacia mí y antes de que pueda descodificar qué está pasando, me encuentro prisionera entre la pared y su cuerpo, con uno de sus brazos a cada lado de mi cabeza. Empiezo a ponerme histérica.

—Umm... No estoy segura.

—Pues necesito detalles acerca del ideal de hombre que tienes en la cabeza —ronronea—. Y una foto. Una foto serviría de orientación.

—Debes de creer que soy muy facilonga —bromeo para salir del paso.

—Nada es fácil contigo, lo sé de sobras.

—Se... —me muevo para alejarme— hace tarde.

Decido no darle más cuerda a este encuentro, desde que la energía entre nosotros ha girado buscando intimidad, pero ladeo el cuello y en mi radio de visión se cruza la imagen que determina mi destino: el Audi de Alex aparcado en la acera de enfrente, me apuesto que con él

dentro, exhibiéndose para martirizarme.

Me irrito en el acto, por varias razones. La primera, «*al salir, vístete como si fueses a encontrarte con tu exnovio*». Mierda, es mi lema y lo he olvidado, voy hecha unos zorros, con una sudadera gris de Snoopy, pantalón ciclista negro, zapatillas a juego y el pelo húmedo recogido en una coleta. La segunda, ¿qué demonios hace aquí el perro del hortelano que ni come ni deja comer?

Así que juego mis cartas, cambio de opinión, doy un paso adelante, me aferro a la nuca de Mario, y tiro de él para pegarme a su cara.

—¿Te gustaría besar a la profesora que te ha hecho menear el culo?

#ElTicTacDeLosRelojes

El asombro que se pinta en el rostro de Mario, en otras circunstancias, me habría hecho gracia. No responde, se queda paralizado y yo, temiendo que la ocasión pase de largo, estiro el cuello y rozo sus labios con los míos. La idea es darle un morreo que lo deje catatónico, pero no hace falta llegar tan lejos: el chirriar de ruedas y el motor rugiendo que casi nos barren al rodar, me indican que Alex se ha largado, quemando neumático, rabioso como un perro. Es la señal que mi cerebro esperaba para apartarme de Mario, súbitamente turbada.

—Lo siento, lo siento. —Clavo las pupilas en las baldosas claras—. Se me fue la pinza. Tengo que irme.

Mario trata en vano de atrapar mi brazo.

—¡Sofía!

—Nos vemos un día de estos, lo prometo. —Literalmente, corro. Debería darme vergüenza.

—¿Cuándo?

—Ya te llamo en cuanto tenga un hueco. Salvo que te animes a seguir con las clases. Me apuesto un almuerzo a que no hay huecos. —Le digo adiós con la mano y me aseguro que todo quede en tono de broma.

Me hace sentir mejor, menos miserable.

Ahora, Carlos entra en mi despacho con el desparpajo que le otorga sentirse uno más de la familia. Su relación con Silvia se afianza y yo me pregunto por qué mi caso no se pareció, ni por el forro, al suyo o al de Ximena, por qué sus historias han prosperado, mientras mi flojo intento de lazo sentimental se ha ido al garete.

¡Meeec! Por elegir al hombre inadecuado, me grita la sirena que a veces tengo sobre la coronilla.

—¿Vienes a tomar algo después del trabajo? —invita cordial.

—La verdad es que paso. Después del gimnasio me iré a casa, a atrincherarme en el sofá con un par de pelis. Llevo toda la semana dando clases de aeróbic y mis músculos aúllan pidiendo reposo.

—Pero es viernes.

—Entonces pillaré también un par de series. No te preocupes, Carlos, además hago de niñera de Simi, la gata de Ximena, mientras ella se va de juerga.

—Veo que lo tienes todo bien calculado.

—Va a ser una velada inolvidable —ironizo.

—¿Se me permite insistir?

Tanto empeño empieza a escamarme.

—¿Te manda Silvia?

—Me mando yo, aunque ella también se preocupe por tu escasa vida social.

—Me estoy tomando el respiro que debí tomarme hace tiempo, cuando lo de Sergio — pienso en voz alta— pero en fin, la culpa la tiene ella, que me ha abandonado por un tipo moreno y bien *planta*, porque hasta que apareciste, las dos éramos pareja de hecho, tan ricamente, y no había viernes ni sábado que me permitiese respirar.

Envuelvo en carcajadas las palabras, cuando la verdad que se esconde tras mis bromas es auténtico terror a encontrarme de nuevo a Alex, con Olga, con Camila o con la de turno, dándose el lote en mis narices. No, gracias. Necesito desintoxicarme y coser mis heridas con hilo rosa.

Echo la llave a la puerta del despacho con esa certeza latiéndome aún en las sienes. Y con el mismo convencimiento, llego al gimnasio y me desvisto para la última clase de la semana. Pero la veo transcurrir, molesto el tic-tac de los relojes, sin que Mario aparezca, y una especie de letargo me taponan el corazón.

Suena increíble que sin motivo lo eche de menos.

He pasado el fin de semana más tonto que imaginarse pueda un humano. Tras viernes y sábado anclada en el sofá sin quitarme el pijama, mintiéndole a Luluis para que no venga, engullendo porquerías, sintiéndome desgraciada, con Simi enroscada entre los tobillos, cuando me quedo sin repertorio filmográfico, decido tomar el autobús a Fuengirola y pasar el domingo en familia, que me curen las pupitas, que mi madre ha hecho paella y a su pericia con los fogones, no me resisto.

La charla de sobremesa con mi madre, mientras papá dormita en el sofá (aunque si le preguntas jurará que siempre estuvo despierto) gira en torno a mi más que incierto futuro profesional. Menos mal, es mucho peor cuando le da por interrogarme acerca de mi soltería.

—Entonces, ¿después de haberte esforzado tanto con el doctorado tampoco es ese tu camino? —pregunta con las cejas en alto y el cuchillo de cortar el bizcocho en la mano.

No irá a clavármelo por pánfila, ¿verdad? A fin de cuentas, es mi madre.

—No estoy del todo segura. Si lo estuviese, me habría quedado en la universidad nada más acabar la carrera. No es la psicología en sí, mamá, es la rutina del día a día, lo poco que puedo hacer por los enfermos. Verlos llegar derrotados y marcharse con las pilas cargadas... Eso me alienta. Pero el efecto es demasiado lento —remato frustrada.

Mi madre me acaricia el pelo con ternura.

—Cielo, no tienes una varita mágica para hechizar a medio mundo de un golpe de muñeca.

—Pero tengo un libro, mamá, una novela que podría ayudar a mucha gente al mismo tiempo.

—¿Ya la has acabado? Échate para atrás, que vas a tirar el plato al suelo. Prueba, es tarta de zanahoria.

—Siempre podría volver sobre ella y mejorarla, ya sabes lo perfeccionista que soy. — Paseo la cucharilla por la capa de crema y me distraigo viendo cómo se riza al empujar.

—Como tu padre, igualita. —Mi madre hace un gesto señalando a su marido, que ronca suavemente con las manos sobre la tripa. Me da la risa.

—No la quieren en ninguna editorial, no paro de mandar copias del manuscrito aquí y

allá, pero ni siquiera me responden...

—Ten paciencia, mujer. Roma no se hizo en un día.

—El mundo de las publicaciones está fatal, no tendré ninguna oportunidad. —Hundo el cubierto en el jugoso bizcocho y me llevo a la boca una porción equivalente a un huevo de gallina.

—Siempre has sido impaciente, desde pequeña. Donde no te reconozco es en ese pesimismo de ahora, Sofía, ¿dónde has dejado tu yo positivo de siempre?

—Tirado en alguna loseta de la calle...

—Quizá si volvieras con Sergio... —aventura con timidez.

La mirada feroz que le dedico la deja muda para dos horas.

—Ni lo nombres —rujo—. Por él precisamente es que estoy así.

#MeLoMerezco

Amanece un lunes lluvioso y oscuro, con un cielo como una manta zamorana que no deja pasar la luz. En el despacho, el amor «*is over everything*», la parejita susurrando risitas en el despacho o en el office y Helen pegada al móvil, chateando con su Miguel.

Jolines, qué asquito me dan todos.

Sé de sobra que el vacío que siento en el pecho no es por la ausencia de pareja, es por la ausencia de Alex. Nuestra última discusión ha cobrado vida y tiene la virtud de repetirse en mi cerebro una y otra vez, taladrando, retorcida como una serpiente venenosa. Y yo, fuera de toda lógica, me dedico a escuchar las mil y una versiones de la canción testigo de su adiós: «*Will you still love me tomorrow*» es mi mantra personal, la pregunta del millón cuya respuesta, tratándose de Alex, se resume en un sonoro «no».

Huyo nada más dar las cinco y me lanzo a una loca sesión de compras por el centro, que termina en un masaje *Shiatsu* tan profesional, que enseguida me siento mucho menos infeliz. Mi pequeño obsequio a mí misma. Lo merezco.

Y al cambiar la energía, al cambiar yo, cambia todo alrededor.

El moreno guapo del culo prieto bajo su pantalón de ciclista vuelve a clase y aunque las alumnas se revolucionan, Mario deja claro que soy el único objeto de su interés. Después de una hora de miradas calientes a través de los espejos, nos duchamos (por separado) y nos encontramos en la calle. Sonríe de un modo que cura enfermedades terminales.

—¿Te has apuntado definitivamente a mi clase?

Me abrazo para no tiritar. Ya no sopla viento ni llueve, pero la temperatura se ha desplomado como si fuese a nevar. Si no fuera porque en Málaga nunca ha nevado.

—Solo los días imprescindibles para convertirme en tu amigo del alma.

—Ya eres mi amigo —le aseguro riendo.

—Pero no del alma. Un poco más —exige con un mohín pícaro.

—Me temo que ese rol ya está ocupado por Ximena y por Silvia. Se siente, ellas llegaron antes.

—Siempre resulta interesante contar con un enfoque masculino, no me descartes.

Justo cuando voy a desilusionarlo nombrando a Luluis, un remolino helado se cuela por debajo de mi falda, y las medias tupidas no son barrera bastante.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí, en mitad de la calle? —termino diciendo, cansada de esperar que él tome la iniciativa—. Vamos a algún sitio a tomar algo y calentarnos, hace frío.

La verdad es que lo de la calentura ha sido una bala, disparada en el peor de los sentidos, aunque creo que Mario peca de demasiado inocente y bienintencionado como para captarla.

Paseamos charlando hasta Puerta del Mar y nos refugiamos en el tradicional «*Café Aranda*», el lugar más típico y antiguo de Málaga cuando de chocolate con churros se trata, el bar donde me traían mis padres de pequeña, haciendo de la tarde del sábado, una fiesta del color

de los ojos de Mario. Pedimos nuestras meriendas y en la espera, recordamos nuestras infancias. Le hablo de mi familia, de la especial relación que me unía a mis abuelos. De las preferencias en decoración navideña: él, Belén, yo, árbol de navidad reinventado cada año. Sus silencios me orientan, tengo la sensación de que no se halla demasiado cómodo hablando de esa fase de su vida.

—Veo que cuando te traen pajita con las bebidas, nunca la usas —interrumpe.

Precisamente ahora, estoy apartando una de mi camino, la que han clavado en mi zumo natural de kiwi y fresa. Me he taladrado las palmas de las manos con las uñas pero he conseguido pasar del chocolate. De los churros, no.

—Caray, qué observador. —Espero un comentario parecido a un «*no le quito ojo a lo que me interesa*», pero no, esos dardos son más propios de Alex. Mario no hace nada, salvo clavarme una mirada fija e inquietante, rodeada de misterio—. Prefiero mojarme los labios, empaparlos, más bien. Si me privo de ese contacto, el placer de la bebida es mucho menos...

Empiezo mi frase con brío y a toda velocidad, suelo hablar deprisa. Pero el poder que encierran esas pupilas me desarma, y acabo la frase a cámara lenta, por completo hipnotizada.

—Tus labios en contacto con cualquier cosa. Qué delicia pensarlo —silabea en voz tan baja que tengo que hacer un esfuerzo titánico para entenderlo.

Una respiración honda me saca del trance, bebo con ansia la mitad del zumo y siento que algo extraño empieza a surgir entre el doctor Indiana y la pobre Sofía, que ha perdido el control de que disfrutaba. La conversación se desvía hacia un interrogatorio acerca de gustos musicales, donde él maneja la batuta y yo respondo.

No puedo creer que esté flirteando de una manera tan descarada. Aleteo las pestañas, lo miro a través de ellas, ahueco la voz y me humedezco los labios con la punta de la lengua. Estoy volviéndolo loco, me consta, y en vez de cortarme, giro el cuello insinuante y enrolló un mechón de pelo en un dedo.

—Cuando pienso en ti, sí —sonríe tierno—, a veces pienso en ti, me acuerdo de la Nutella con cuchara.

—¡Anda ya! —Suelto una carcajada— ¿Y eso?

—Cremosa y dulce, un pecado mortal irresistible.

—¿Así me ves? —Vuelvo a reír, coqueta— ¿Un bote de crema de cacao?

—No, *mi* bote de crema de cacao —especifica. Hago como que no lo he oído.

—Espero que al menos sea de colección.

—Exclusiva. Con dibujitos ñoños en el cristal.

¡Por *favooooorrr*! ¡Qué mono es! ¡Y qué cositas me *diceee*!

—Gracias.

Me dejo llevar por el entusiasmo y sin pensarlo demasiado, pruebo la comisura de sus labios con un pico que hasta a mí, me coge desprevenida. ¿No estaré por enésima vez precipitando las cosas?

Me propone si quiero cenar, y al instante se arrepiente y retrocede. Estamos los dos muy perdidos.

—Imagino que no aceptarías —dice. Yo trato de hacerme a la idea de que es Ximena. Sin el flequillo. Sin las gafas. Sin el colgante. Sin chichi.

—¿Cómo que no? Ceno cada noche, como todo el mundo.

—Ya, pero supongo que siendo éticos..., somos amigos, hay normas, mejor limitarnos a un café o un inofensivo desayuno.

¿Normas? Normas decimonónicas, querrá decir. Además, ¿qué tienen de inofensivos los

desayunos? Puedo pensar en desayunos muy, pero que muy, perversos.

—No, una invitación a cenar estaría bien, no hay nadie en mi vida que pueda impedirlo.

Salimos de «*Casa Aranda*» y nos enfrentamos a la furia de los elementos. Se ha desatado un nuevo chaparrón, más virulento que el de la tarde, con un viento que sopla y te roba el paraguas o te lo vuelve del revés. Mario me toma la mano y me arropa, un gesto protector que me reconforta.

—Será mejor que nos quedemos por aquí cerca —sugiere—, no está la noche para muchos paseos. ¿Qué te parece «*El Trillo*»?

—Me han dicho que tiene los mejores revueltos de ajetes de Málaga.

—Pues vamos a terminar con sus existencias.

Delante de los entremeses nos reímos y salpicamos la conversación de memeces. Que si carne, que si pescado, lo que nos gusta y lo que no. El camino pedregoso del irse conociendo. Y en un momento dado, me confiesa con voz emocionada, que mi tesis acerca del maltrato psicológico, con la doble vertiente entre maltratador consciente y el inconsciente, es de lo más brillante que le ha caído en las manos.

Me pongo como la grana. Su opinión me importa y si es positiva, que lo es, me abruma.

—Júrame que no me tomas el pelo.

—Tienes mi palabra. La sencillez con que la has expuesto es llamativa y muy práctica. No te pierdes en divagaciones y tu veredicto es directo y valiente. Los maltratadores conscientes no son recuperables.

—Es lo que pienso —afirmo con contundencia, recuperando parte de mi aplomo—, si bien, no va más allá de una teoría.

—No muchos se atreven a defender una postura tan radical. Recuerda, estamos aquí para curar, reinsertar...

—Paparruchas —lo interrumpo apasionada—. Cuando se puede tratar, se puede y cuando no, lo que hacemos es perder el tiempo y sacarle el dinero a la gente.

Mario me responde con una sincera carcajada que me envuelve por completo. Entonces, me armo de valor y lo pongo al corriente de mi incipiente trayectoria como escritora. Sus ojos se abren entusiasmados y centellean. Me lo ha dicho todo sin necesidad de pronunciar una letra.

—Eso es... ¡fabuloso!

—No esperes nada del otro mundo. —Señor, qué calor me sube por el cuello.

—¿Puedo leerla cuando esté lista?

—Ya lo está. Cabría algún que otro retoque de última hora, ya sabes, pero lo esencial está en su lugar.

—La quiero —repite. Y solo de pensarlo, me inunda un bochorno terrible que empeora el acaloramiento del escote.

—No se la he dejado a nadie.

Mario hunde en mí una mirada intrigante, imposible de traducir, pero tan intensa que me estremezco de pies a cabeza.

—Me alegro de ser el primero en algo.

#EseFríoInvernal

Me subo al máximo el cuello del abrigo y bufo.

—Esto es lo peor de tener moto. El invierno. En Málaga el mal tiempo dura tres días pero... ¡Demonios! Esos tres días te quedas sin transporte.

—¿No has pensado en comprarte un coche?

—El público no es malo, autobuses, metro... Te llevan a todas partes y es barato.

—Es un problema de dinero, entonces —deduce con tacto.

—No, hay coches de segunda mano que están muy bien de precio. Es más bien un irlo dejando...

—¿Quieres que te acompañe? Tengo un amigo dueño de un concesionario, por mirar lo que tiene, sin compromisos, no pierdes nada.

—Te prometo pensarlo —digo sin embarcarme en nada serio.

La verdad es que mis amigas están muy ocupadas con sus amores, Luluis prepara su prolongado viaje, y a mí no me queda nadie de confianza con quien ir a comprarme un coche. Pero no voy a confesar una razón tan patética, me da vergüenza.

Llegamos a mi portal y los nervios me comen. Nunca se me han dado bien las despedidas, especialmente cuando las cartas no están bocarriba entre dos personas y no sé a qué atenerme. Hasta ahora todo era diáfano, pero me pica la sensación de que una milésima de nosotros ha variado. ¿Seguimos siendo amigos? ¿Algo más, como él dice? ¿Amigos que coquetean, tal vez?

Pierdo pensando un tiempo precioso, que Mario aprovecha para encerrarme contra la puerta de cristal. Su mano asciende y roza mi cara en una sutil caricia con la punta de los dedos.

—No aspiro a solucionar tus problemas, apuesto a que no me dejarías, pero estaré aquí para apoyarte, darte ánimo y si me lo permites, sujetarte cuando tropieces.

—Te advierto que tropiezo muy a menudo, la mayor parte de las veces, conmigo misma y mi propia estupidez.

Mario tuerce la boca.

—Te juzgas muy duramente.

—Será porque estoy rabiosa.

—Será porque aún le quieres.

Resulta curioso que no digamos nombres, pero no quepa duda de que sabemos sobre quién hablamos. Para mí, «él» es Alex. Para Mario, el hombre sin rostro que me rompió el corazón. Me enfada que aún ausente, monopolice y maneje a su antojo mi tiempo con otras personas.

—¿Quién dice que haya llegado a quererlo? —miento—. No se lo ha merecido en ningún momento.

Salvo en la cama, añadido sin verbalizar. Y un ramalazo de aire caliente se instala en mi sexo y lo acaricia con sensualidad. Aprieto las rodillas para matar la sensación y me centro en lo inmediato. Mario. Que me dice, sombrío, que no siempre tenemos la lucidez de amar a quien nos merece.

Está muy cerca y mantiene la tensión mirándome, permitiendo que nuestros alientos se mezclen.

—No sé si es así como se despiden los amigos —musito en un hilo de voz.

—No es nada nuevo, ya nos hemos besado antes.

—Los picos y los besos que damos estando borrachos, no cuentan.

—Los que intentas para dar celos, tampoco.

Mierda, así que se percató de mi ingeniosa maniobra. Trago saliva. Empiezo a desear mucho su boca, pulposa y húmeda. Los pezones se me alborotan solos.

—Prohibido exagerar, esa noche no te besé.

—Solo porque él salió zumbando. —Se aproxima un centímetro más y yo gozo de la sensación inigualable del primer beso consciente a cámara lenta—. Qué mala suerte tuve. Si llega a quedarse un minuto más...

Entreabro los labios y tiemblo. Es una señal para que dé el paso definitivo.

Noto que sus brazos enlazan mi cintura y me aprietan contra su pecho. Contengo el aliento, cierro los ojos y me concentro en disfrutar el flujo de intenso deseo que me llena, un vientecillo ligero que explota al alcanzar su meta. La lengua de Mario separa mis dientes indecisos y conquista cada rincón de mi boca. No llego a perder la cabeza como con Alex, no llego a levitar, pero si no ocurre, es solo porque toda yo no está presente en este momento. Mis sentimientos por «Alejandro el Grande», no han desaparecido de la noche a la mañana como me habría gustado.

El beso es largo y delicioso. Al final me aparto con discreción.

—Mario, me gustas, pero no sé si estoy preparada.

Sí lo sé. No lo estoy.

—No tengo prisa. Quiero decir, tengo ganas, muchas, pero sé esperar. Empezaremos siendo amigos.

—Ya lo somos —apunto.

—Los mejores ¿recuerdas? Y de repente, una noche, sin previo aviso, daremos un paso más. Un paso hacia delante con toda la magia que se merezca el momento.

Vuelve a besarme, esta vez solo en los labios. Es un amor, me invade la tentación de ofrecérselo todo, allí mismo, a un palmo de la calle. Me alzo sobre las puntillas, le echo los brazos al cuello y profundizo el beso que él pensaba dejar a medias. El deseo acude al galope y de repente... Alex.

En forma de puño de aire gélido que cristaliza de un parpadeo, mi ardor y mi apetito. Doy por terminada la función.

—Agradezco que seas tan comprensivo. —Bajo la mirada—. Buenas noches y gracias por la cena.

—Buenas noches, Sofía.

—Salir con ese hombre era más fatigoso que correr una maratón. Siempre tensa, siempre alerta, interpretando señales, preguntándome si volvería a aparecer... No podía. No quiero. Necesito paz, tranquilidad y mimos. Sobre todo, mimos.

Estoy en casa de Ximena, admirada del trabajo decorativo que Antonio y ella han logrado con mis insignificantes consejos.

—¿Sabes cuál ha sido mi error? —casi grito— ¿Mi maldito error?

—Seguramente sí, porque ya me lo habrás dicho, pero te dejo que me lo repitas, si terminas de pintarme las uñas de los pies sin salirte.

—Obstinarme en sacar del pedrusco que Alex Conde tiene por corazón, los sentimientos que me figuré que tenía.

—No te equivoques, seguramente los tiene.

Su apreciación me deja atónita.

—No sé yo...

—Antonio los tenía y ahora están fuera, conmigo, cuidándome y adorándome.

Interrumpo mi afanosa tarea y la observo, inmóvil, con el pincel de esmalte en una mano y la botellita en la otra.

—Dame una teoría que explique eso y que no contenga la frase «porque Alex es un cabrón».

—*Momentum*.

Y se queda tan pancha.

#Momentum

—¿Momen... qué?

Ximena es sabia. Te das cuenta en cuanto deja de payasear, se pone profunda, te mira a través de esas pestañas suyas, y te envuelve con su voz radiofónica. También es un hacha sacándose *palabros* de la manga. *Momentum*.

¿Qué narices...?

—La teoría es tuya, tesoro, no mía, tú la pariste —me recuerda con su mejor puchero—. Lo de las relaciones escalón y todo eso de lo que yo me burlaba. Pues va a ser que tienes razón. Lo mío con Antonio ha funcionado porque estábamos limpios y preparados. Sin residuos de relaciones anteriores recientes, sin resentimientos, sin prejuicios. Sencillamente hemos fluido, nos hemos dejado llevar, sin cargar los cañones por culpa de las putas que nos hicieron nuestras anteriores parejas.

Sube el pie a medio pintar y me lo planta delante de la cara. Retomo el trabajo sin perder puntada de lo que explica.

—No es que no nos las hayan hecho, es que ya ha pasado el tiempo suficiente para curarlas, hasta para olvidarlas. Al menos, no para culpar a otro de lo que nunca hizo. Visto desde fuera suena taco injusto, ¿eh?

—Joder, oírte es como poner palabras a lo que llevo pensando toda la vida y nunca supe expresar.

—Pues se supone que la escritora eres tú, mona.

—Debería. ¡Hala! Terminadas tus uñas.

Ximena abandona el sofá de un salto y recorre el salón apoyada en los talones desnudos. Es muy cómica esa forma de andar. Rebusca en un cajón, luego en el otro y finalmente regresa con una sonrisa de triunfo entre los labios.

—Estira los piececillos, quítate las babuchas.

—¿Vas a hacerme también la pedicura? Mira que no me hace falta...

—Obedece —me reprende.

Vale, vale, obedezco. Saco los pies de su abrigo calentito y los apoyo sobre la toalla en el suelo. Ximena abre un frasco y me espolvorea encima parte de su contenido. Sube un potente aroma a canela.

—¿Otra vez tus polvos mágicos?

—Curados a la luz de la luna. Harán tus pasos más inteligentes y seguros. Ya está bien de hablar de Alex. Alex, Alex, Alex... A tomar viento, por decirlo finamente.

—¡Mira cómo estás poniendo el suelo!

—Ya barrerás luego, coñe, si tanto te molesta. Y cierra el pico, que le restas potencia al hechizo.

Tras semana y media de nubes enfadadas, de tiempo de perros infernales, hoy brilla el sol que da gusto y me escapo al Paseo Marítimo a almorzar a solas y a ver el mar.

Me veo obligada a mentirle a Silvia, diciendo que acompañaba a mi madre a su revisión médica. Prefiero que se vaya con su Carlos a hacerse arrumacos donde yo no pueda verlos. Ando peligrosamente cerca de cogerles manía. Y no porque se quieran. Quizá sea solo una pizca de resentimiento, cuando Silvia estaba soltera no me dejaba ni a sol ni a sombra, y ahora soy objeto del abandono más cruel. Dejé de ser imprescindible, ni siquiera llego a categoría de importante.

Me quito los tacones y bajo la escalera. Apoyo los pies en la arena. Enfundados en medias, son capaces de palpar los rayos del sol escondidos entre sus granos. La luz del mediodía tiñe de oro viejo las rocas del espigón. Me sienta bien caminar frente a las rayas azul y plata, el murmullo mediterráneo me consuela, es el viejo acompañante de mis momentos difíciles.

Desde la playa, los ruidos de la ciudad a mi espalda se creen ajenos y yo a salvo. Resbala una lágrima por mi mejilla y moja la solapa de mi chaqueta. Sigue ahí, donde lo dejé, doliendo aún. Tan cierto como que de cuando en cuando respiro.

Mario apenas ha dado señales de vida más allá de un puñado de mensajes ingeniosos. Ahí lo tenemos, cumpliendo a rajatabla su promesa de concederme tiempo y espacio, cosa que le agradezco porque no tengo ni mucho menos claro lo que siento por él, más allá de la evidente atracción física que sentiría cualquier hembra viva con capacidad de caldearse.

Con Ximena no he compartido ni una palabra al respecto, y esa omisión casi inconsciente es la prueba de que vago perdida. De repente, dispongo de tiempo libre, soy dueña de hacer mil cosas, la presión ha desaparecido. Pero me aburro. Echo en falta algo de excitación picante que llene mis días.

—¿Sofía?

Esa voz me atraviesa como un arpón ballenero y no quiero girarme a enfrentar a su dueño. Me pongo en pie, precipitada y torpe, me sacudo la arena del trasero y echo a andar con los zapatos en la mano como si me persiguiese una jauría de cuervos frenéticos. Alex se alinea al trote. Suda. Lleva húmedo el cabello y su ropa de deporte se ciñe a ese cuerpo diez que tantas alegrías me dio, pero que no volverá a ser mío.

Otro pinchazo hasta lo más hondo.

—Sofía, ¿puedes dejar de correr un segundo? Te advierto que corro más que tú.

—Sí. Todo lo haces mejor que yo —siseo con los dientes apretados—, hasta joderle la vida a la gente.

Nostalgia y deseo se mezclan en un cóctel que me resta energía y afloja mi marcha. Me dejo cazar, con un corazón a punto de delatarme con sus dichosos saltos mortales.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz rasgada.

¡Dios, qué pregunta más ridícula!

Me obligo a recordar que me llamó niñata, que vino borracho a mi casa, que me ha utilizado y me lo dijo con flores. Que pude enamorarme de su físico pero que su forma de ser no lo acompaña. Que es altamente tóxico, que estoy mejor sola.

Bla, bla, bla.

Mi razón lo detesta y le teme, mi cuerpo lo anhela con cada pequeña fibra viva.

—Muy bien, perfectamente, no hay más que verme —respondo agria.

Llevo una vestimenta un tanto rara. A Helen le ha encantado. Al salir de casa esta mañana pensé que era original, ahora, temo ir disfrazada. He reinventado un blusón de gasa estampada, de estilo hippy, con un jersey negro de lana fina y cuello vuelto, debajo. Unos pantalones, también negros, de pata de elefante. Sí, de esa guisa me he bajado a la arena. Y llevo

un gorrito de lana con dos pompones que cuelgan desde la coronilla. Alex estira una mano y con una expresión melancólica y casi tristona que me desconcierta, trata de acariciar un pompón. Reculo y se le escurre entre los dedos.

—No me toques —le ordeno con las muelas apretadas.

—Pues vete de mi playa.

Pestaño, perpleja. No entiendo nada.

—¿A que es una estupidez? —se ríe—. Pues lo que tú has dicho, también. Te has cambiado el color del pelo, estás muy guapa —añade tras una pausa forzada.

Me paso la mano trémula por la melena. Casi olvido que una tarde de desidía cometí una locura en casa, y que la llevo puesta sobre la cabeza.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? Porque tengo prisa.

—Espera, por favor...

—De verdad, no tengo muchas ganas de perder el tiempo, ni de hacer teatro. No voy a fingir que me alegro de verte porque tu hermana sea mi amiga y por ósmosis te aprecie.

—Claro —se pasa los dedos por entre el pelo—, lo que tuvimos nosotros no cuenta.

—Da gracias a Dios de que no cuente, porque de lo contrario de lo que tendría ganas es de quemarte a lo bonzo.

—Joder, no te recordaba tan borde.

—Alex, por el motivo que fuera tú no te sentías cómodo conmigo. Seguramente respiraste aliviado al perderme de vista, de modo que no sé a qué viene girar la peonza, déjalo ya.

Alto como es, la inmensidad de la playa lo hace pequeño. Y Alex muestra, por primera vez, algo de humano, sus labios carnosos tiemblan.

—Lo siento —murmura. No respondo nada.

Esta vez, el silencio es doloroso y yo no encuentro nada que hacer con mis manos, que no me haga parecer una estúpida histérica. Llega en tromba el recuerdo de sus promesas vagas, sus referencias indirectas a la posibilidad de ser padre si era conmigo, y la indignación me sube por la garganta como un río de lava. «Lo siento» es una frase hecha sin demasiado contenido.

—Me importa una mierda que lo sientas —vomito amarga—. La culpa la tengo yo, si algo tengo claro es eso. Tú no tienes sentimientos, yo quería por encima de todas las cosas que los tuvieras. Yo y solo yo.

Alex frunce el ceño. Todo su ser se endurece con cada golpe de respiración.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón, no los tengo, algo absolutamente necesario para sobrevivir en esta jungla.

—La gente sin sentimientos no debería hablar y confundir a los demás. Toda esa sarta de tonterías románticas que has soltado estos meses, te las podías haber ahorrado.

—Si te sirve de algo, jamás, en todo este tiempo, mientras ha durado —pasa de puntillas por encima de la frase, como si poner nombre a «eso» que ha durado, implicara un tremendo esfuerzo o lo involucrase en algo desagradable—, he querido hacerte daño.

Lo miro. No es mi intención decir tantas cosas con esa mirada, pero una vez más mis ojos me traicionan y hablan de decepción, de profunda tristeza y de soledad. Y todas esas sensaciones horribles llevan su nombre.

Observo su expresión. Esa maldita cara de póker otra vez. Decido soltar de golpe todo mi carácter.

—Pues no. A estas alturas, no me sirve de nada.

Escapo de él, de nuestro recuerdo y de mí misma, sin poder controlar el llanto. No

importa. Únicamente el sol puede verme ahora.

#ConectarConMisLágrimas

Alex

Aquí estoy una noche más, tirado como un saco, hastiado de nada. Ese absurdo peregrinar en busca del polvo perdido al que mis amigos reducen las salidas, ya me asquea. Enciendo un pitillo, doy un par de caladas, y enseguida se me olvida colgando en la comisura de la boca. Antes muerto y despellejado que contarles a los chicos el humillante episodio de la playa.

Joder, qué guapa estaba, qué cambiada con el pelo oscuro. Llega a ser otra chica, y con lo despistado que soy, ni loco la habría reconocido, pero a ella... Oculta en una multitud soy capaz de localizar sus ojos.

Me dejo caer en el sofá como un peso muerto y PerezGil, la iguana que he adoptado para verter el amor que me sobra y para que me haga compañía, reptó hasta mí con cautela. Le acaricio la cabeza, nunca me pareció tan áspera y a la vez tan cálida, debo de estar perdiendo la chaveta.

—Fue un mazazo brutal verla escapar de aquel modo —le cuento—, ni que contagiase la peste. En fin, no podía rendirme sin luchar, pero he cumplido. Ahora sé que se ha terminado, no pienso arrastrarme más.

Ocupo todo el sofá, estiro las piernas sobre la mesa y de una patada arrojo al suelo la pila de revistas sobre decoración y diseño que la señora de la limpieza mantiene milagrosamente en pie. Entre el revoltijo, descubro una película de video sin devolver que debe llevar milenios allí olvidada.

La recojo y contengo el aliento. «Maléfica». Sofía se empeñó en que la alquilásemos, pero nunca llegamos a verla, nosotros y nuestros desencuentros lo impidieron. Ahora, debo tanto al tipo del video club que más vale comprarla que devolverla.

La paso de una mano a otra. Seguramente me merezco este martirio.

Lo único que logro visualizar son las imágenes de tres meses atrás, prescindo del presente y acampo en una pradera de recuerdos mezclados, muy dolorosos.

Lo negamos, sin embargo, la raíz de muchas insensateces está en nosotros, los hombres, que abundamos y se nos pegan las tonterías de uno a otro. Veo nítida aquella tarde, reunidos en casa ante un partido de fútbol, con un par de pelis porno de autor en la recámara, por si había ganas. Víctor siempre lleva a mano el teléfono de tres o cuatro chicas alegres dispuestas a compartir velada. Él, Raúl, Antonio, Miguel y yo mismo, el peor anfitrión que podáis imaginar gracias a Sofía, que monopolizaba hasta mi última neurona y hacía (y hace) que me comporte como un ser absurdo. Mi hermana acababa de darme «el toque» de advertencia, y yo empezaba a

replegarme y a fingir indiferencia, para no agobiar a mi chica.

Mi chica. Cómo había huido yo hasta entonces de esa denominación, y qué bien me sonaba.

—Las tías siempre quieren lo que no pueden tener —argumentaba alguien muy convencido, cuando bajé de las alturas y reparé en ellos—. Si otra ronda lo suficientemente cerca, activa su instinto de marcaje de territorio, y se te tiran en plan loba antes de que la rival le pise la comarca.

No recuerdo al autor de la frasecita, «las tías siempre quieren lo que no tienen», si Víctor o Raúl, ambos tan desengañados de la vida como escépticos, pero sí que se me clavó entre ceja y ceja, eficaz como un dardo envenenado, y la ponzoña hizo su trabajo, vaya si lo hizo.

—¿Y qué te parece Carmen?

Tardé en comprender que la pregunta de Víctor iba dirigida a mí, la distracción personificada.

—¿Qué Carmen?

—La geóloga amiga de Lucía —me orientó Miguel con desgana.

—Es gemóloga, no geóloga —lo corrigió Antonio, mientras envolvía un dátil con un trozo de bacon chamuscado.

—Que más dará, para cepillársela un rato... La tienes loca, Alex, loca. En cuanto chasquees los dedos se arranca las bragas y se baja al pilón. Tío, aprovecha.

—Qué grima —me estremecí—, está tan flaca que la pones junto a un árbol y los perros no sabrían a cuál de los dos mear.

Creo que mi respuesta no satisfizo a Víctor, que reaccionó igual que si fuera el representante artístico de la tal Carmen.

—Nadie te ha pedido que te cases con ella, que es para echar un rato, ostias, qué tiquismiquis.

—Te digo una cosa, tío —lo apuntaló Miguel—, podrías mojar todavía mucho más de lo que mojas, pero últimamente te la coges con papel de fumar. ¿Qué más da la cara? Ni si la voz es chillona. Qué más da, coño, si cuando acabes de correrte hay que echarla a la calle y si te he visto no me acuerdo, que se encoñan y llegan en tráiler los problemas.

—Las mujeres se enganchan con facilidad —susurró Antonio, con el aire de quien prefiere no entrar en polémicas.

—No todas —apunta el sabelotodo Víctor con el índice extendido—. Las mujeres solo quieren lo que no pueden tener.

Había dejado de fumar seis años atrás, cuando empecé a tomarme en serio el taekwondo a nivel competición, pero en momentos como ese habría matado por un pitillo, porque gracias a esa mierda de filosofía machista, puse en práctica el peor plan de mi vida, la idea genial que lo echaría todo a rodar, aunque en principio me sonara a música celestial: la posibilidad de acelerar el interés de Sofía por mí.

¿La nena aullaba pidiendo tiempo? Lo tendría, pero mi plan era acortar al máximo el maldito plazo.

Sofía

Dos días duro.

Dos días tan solo aguanto sin bajar de nuevo a la playa por si la suerte vuelve a sonreírme y Alex repite su sesión de ejercicio por el mismo recorrido. Los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen. Yo no soy menos. Pero no tendré tanta fortuna. O tan mal karma, depende de cómo se mire, pues más que lo desee, volver con «Alejandro el Grande» sería, con mucho, lo peor que podría pasarme.

Vagabundeo sin rumbo aprovechando el buen tiempo, sin saber a ciencia cierta qué esperar ni cómo reaccionar si él aparece, tentador y sudoroso, haciendo gala sin hacerla, de una musculatura gloriosa que se marca por debajo de la ropa. Mi dios perfecto cincelado en carne. El aroma a algas y salitre es intenso y borra de mi mente los tropezones del día. Los edificios altos del Paseo se recortan contra el cielo y mi voluntad inicia el proceso de abandono.

Me marchó a casa.

Pero entonces noto un movimiento agitarse a mi espalda y una pelota amarilla rueda entre mis tobillos. Detecto al labrador canela por encima del hombro, y no me resisto a robarle el juguete y lanzarlo con fuerza para que corra a atraparlo. Su dueño le regaña porque me ha molestado.

—¡Barón! ¡Barón, no molestes!

Yo esa voz la conozco... Y no, no es Alex.

Giro sobre mis talones con una sonrisa bobalicona en el rostro. Confieso que me alegra encontrarlo aquí, ahora, es justo lo que necesito para no acabar llorando la ausencia de Alex.

—¡Mario!

—¡Sofía! De espaldas no te había conocido —acelera el paso hasta colocarse a mi altura. Recoge un mechón de mi melena oscura con dos dedos—, estás, estás...

Deja de tartamudear, leñe, que no llegamos a ninguna parte.

—¿Estoy...? Morena.

—Tan distinta...

—Pero ¿te gusta? Sin dorarme la píldora, ¿eh?

No vale. Se queda rumiando y como Barón aparece a la carrera con la pelota entre los dientes, dispone de segundos adicionales para preparar una maniobra evasiva. Le doy cuartel acariciando al perro entre las orejas. Ni sabía siquiera que tuviese mascota y menos de este tamaño. Soy consciente de que hay mucho que no sé de Mario y de que quiero adentrarme en su mundo de inocentes secretos.

—Antes dabas impresión de...

—Más ñoña —lo ayudo. Mario echa atrás la cabeza y se ríe a gusto.

—Iba a decir dulzura. Rubia eras dulce. Ahora eres... salvaje.

Sus pupilas emiten un destello que podría calificarse de un modo muy similar. El efecto en mí es inmediato, me acaloro y jadeo.

Mis ojos resbalan hasta sus largos dedos que juegan con la pelota.

—¿Me invitas a cenar? —ataco sin pensar.

—¿En serio te apetece?

—Mucho. Algo de vino y toda la charla disponible. Digamos que necesito un hombro amigo sobre el que desplomarme.

—O sea, vas a usarme de paño de lágrimas —deduce entre risas.

—No lo digas así, haces que me sienta una bruja —frunzo los labios en un mohín que sé irresistible. Surte efecto—. Los amigos están...

—Para las duras y para las maduras, lo sé, lo entiendo. Si vienes a mi apartamento,

cocinaré para ti.

Acepto.

Y siento un inmenso alivio al hacerlo, como si las cosas perdidas de mi universo encajasen de repente en el lugar adecuado.

#MeSabeAPoco

Mario vive en una construcción moderna junto al mar, curiosamente cerca del ático de Alex, con una terraza acristalada desde la que se domina toda la bahía. Hasta donde yo sé, el bloque estaba desierto, sin un solo apartamento por vender y el de Mario es tan grande, que bien podrían ser un par de ellos, unidos y reformados.

—¿Este edificio no estaba embrujado? —pregunto, mientras cuelgo abrigo y chaqueta en el sofisticado perchero de la entrada.

Por toda respuesta, Mario suelta una carcajada.

Si la decoración de una casa habla de la personalidad de su dueño, su apartamento es mudo. El de Alex es moderno, como corresponde a un arquitecto, y este lo es mucho más. Hay cuero por todas partes, acero y cristal en perfecta mezcla. Los colores neutros, los visillos en un atractivo color topo. Todo inmaculado y en perfecto orden, parece que el decorador acabe de salir por la puerta sin cobrar todavía.

—¿Te gusta?

—Siempre que no sobrevuelen fantasmas —respondo con la nariz arrugada.

—Eso fue una historia inventada que se transformó en leyenda urbana. Por poco arruinan a la promotora.

—Me contaron que gente que había comprado estos pisos salió huyendo, que las cosas se movían y se escuchaban ruidos raros por las noches.

—Unas inofensivas corrientes de aire y el viejo arroyo que pasa por debajo, muy cerca de los cimientos.

Estoy de pie mirando el mar ya casi oscuro, delante del ventanal. Barón ha consumido toda el agua de su bebedero, saltado a su colchón y dormita, agotado tras su batalla contra la arena. Mario se desliza a mi espalda, rodea mi cintura y aparta la melena para liberar mi cuello. Sopla con suavidad la piel que enseguida se eriza, y deposita un leve beso que me sabe a poco. A muy poco.

—Lo repararon bien, no tienes qué temer.

—Eres tú el que vive aquí, no yo —bromeo para aliviar la tensión que me encoge el vientre y me quema los pezones.

—Eso nunca se sabe. —Deja, como olvidado, otro beso en mi sien. Cierro los párpados al recibirlo—. ¿Qué quieres cenar? ¿Pasta?

—Algo rápido, estoy tan hambrienta que me comería medio *McDonalds*.

—¿Pido comida a domicilio?

—Pensé que querías chulear con tus dotes culinarias —apunto traviesa.

Mario abre el cajón de un mueble oriental de madera casi negra y saca un puñado de folletos de colores varios.

—Puedo intentar lucirme cuando no tenga que sacrificarte. ¿Chino? ¿Hindú? ¿Tailandés? ¿Mexicano? ¿Pizza?

—Pizza con el borde gordo —elijo, relamiéndome ya.

Creo que estamos de acuerdo.

—Umm... Gordo y relleno de queso.

—¡Sí! Y cebolla, bacon y nata cocinada por encima.

—¿Alitas de pollo picantes para acompañar?

—Fenómeno.

—¿Ves? —Saca su móvil y marca—. Lo hemos solucionado en un santiamén y el menú, era italiano y continúa siéndolo.

—Minipunto para el doctor Jones —aplaudivo.

—Te vas a ganar una buena zurra —me advierte por señas, en los espacios vacíos de su conversación con el restaurante.

Lo reto con un mohín provocativo y hago como que me subo la falda para enseñarle el trasero. Él no ve nada, pero finge escandalizarse. Es genial pasar la noche con Mario, no tengo que esforzarme, apenas estoy nerviosa. Es como estar con un amigo de los de siempre que además está buenísimo.

Le ayudo a dar de comer a Barón, más bien estorbo en mitad de la cocina, me deleito siguiendo el elegante ondular de sus movimientos, abriendo y cerrando puertas, sacando la vajilla, los cubiertos, y luego ponemos juntos la mesa hablando de naderías. Encendemos velas y llenamos el centro con nuestra resplandeciente hoguera particular.

—¿Lista? —pregunta, recolocando el montón de cajas que acaba de entregarle el pizzero.

—Las tripas me bailan claqué —juro, al tiempo que marco círculos amplios con las manos sobre mi estómago.

—Haré lo imposible porque te quedes saciada.

Mi corazón dibuja una pequeña cabriola. Mario acaba de esbozar una sonrisa depredadora que me desarma y me hace la boca agua. Me recorre lentamente con la mirada y me doy cuenta de que señala la mesa. Parezco imbécil, aquí parada con la boca abierta.

—¿Nos sentamos?

—Sí, claro. —Disimulo mi azoramiento con una ensayada caída de pestañas que jamás falla.

—Ese nuevo color de pelo tuyo... Está sacando a flote mis peores instintos.

Ladeo la cabeza con coquetería y entorno los párpados.

—Bah, tú no tienes de eso.

—No quieras saberlo.

—Oye, que las rubias no somos tontas —advierito con énfasis.

—Me consta —responde, sin dar muestras de alterarse.

—Qué será lo que te inspira el pelo oscuro...

—Muchas cosas pecaminosas.

—Hablando de pecados —alargo una mano hacia las fuentes del centro—, creo que es hora de perderle el respeto a esta pizza, que debe ser de las que te lanzan derechita al infierno.

Cojo un trozo generoso, me lo llevo a la boca y permito que el inconfundible aroma de la nata mezclada con la cebolla y una pizca de orégano inunde mis fosas nasales.

—Cuando has dicho tan solemne «me consta», refiriéndote a las rubias... ¿pensabas en Paula?

—Entre otras.

—Cuéntame algo de vuestra tórrida aventura. Venga, voy a sacar la cotilla que llevo dentro, me muero por saber.

—Lo mío con Paula duró un suspiro. Menos aún. —Se sirve vino e intenta no mirarme—. Algunas mujeres deben pensar que soy tonto de remate.

—¿Por qué dices eso? Mirándote, apuesto a que es lo último que creería nadie en sus cabales.

—Admito que no soy muy sociable.

—Vamos, Mario... —Paso la lengua por mi labio superior para prolongar el placer del sabor y él, persigue ávido el movimiento.

Puedo palpar el modo en que la excitación crece en este salón, pulula por el pasillo y pasito a paso, lo inunda todo. En lugar de preocuparme, la dejo correr.

—No, en serio, soy de difícil trato, algo cerrado, no suele gustarme la gente... —Hasta ahí, su mirada se pierde en el infinito. De pronto regresa, me mira y sonríe—. Tú me gustas.

—Tú a mí también —confieso sin pudor. Ha sido precioso oír su confesión, tan natural, tan sin complejos.

—Por eso estamos aquí esta noche. —Tira de su silla y se acerca. Mucho. Casi puedo sentir su aliento sobre la boca y la punta de la nariz.

—Por eso y porque nos hemos encontrado en la playa —susurro a punto de rendirme.

—Podemos echarle la culpa a la pelota de Barón pero ambos sabemos que no es cierto.

—
Rodea mi oreja con la punta del dedo, a cámara lenta. Recorre la distancia que lo separa de mi nuca y ahí se ancla y me atrae.

Sus labios sobre los míos son un pasaporte sellado al Paraíso.

Un último tirón encaja ambas sillas y deja nuestros muslos encadenados. Pero cuando el beso se hace más profundo, la postura resulta forzada e incómoda. Sin pudor me levanto y ocupo el puesto que me corresponde sobre sus rodillas. Noto su erección en el lateral de mi cadera y la expectativa de lo que pueda ocurrir, me catapulta a las llamas.

—El primer día que te vi, en el departamento... —pronuncia, con entrega, contra mi boca — perdí la cabeza. Supe que iba a ser muy difícil trabajar codo a codo contigo sin desvelarme.

Me dice eso y me hace sentirme deseada, el mejor regalo para una mujer. Mi osadía se dispara. Rectifico mi postura y lo enfrento a horcajadas, mientras lo miro lasciva, mordéndome el labio inferior.

—Pues lo disimulaste a la perfección, diría que ni me miraste a la cara —siseo, contenida, mientras ayudo a sus manos a posarse sobre mi escote. La camisa de seda apenas supone barrera para el intenso calor que emana de sus palmas y baña mis pechos ansiosos.

Debería ser un poco embarazoso, la verdad, porque llevamos horas fingiendo que no pensamos en librarnos de la ropa para quedar frente a frente, desnudos y listos, reclamando sexo glorioso. Pero para mi total sorpresa, no lo es.

La energía que me rodea me calma, lo convierte todo en espontáneo y natural. Solo incordian mis cosas mal resueltas: melancolía con el nombre de Alex que aún revolotea en mi corazón, triunfo con el de Mario, el serio profesor inalcanzable, y desconfianza, que lleva el mío, a lanzarme de nuevo a la aventura del amor. Engancharme otra vez, quién sabe si para sufrir. Mario parece muy dulce, es hermoso, bronceado, de pelo azabache, cuerpo atlético y estilizado. No tan alto como Alex, pero de espalda igualmente ancha, caderas estrechas, brazos poderosos. Lo rozo y se muestra receptivo. Pero tiene complicado el listón si debe borrar la huella del otro sobre el mapa de mi piel. Y Paula. Sigue ahí fuera y yo soy un imán para exnovias paranoicas.

«*A la mierda*», me digo.

Ni pienso enamorarme, ni es lícito machacar un momento así con alucinaciones macabras. A disfrutar y a romper la noche como está mandado. Que ningún recuerdo me amargue este dulce.

#BuenasNochesTerciopelo

Atados por un beso, con la ropa aún puesta, pero sin poder dejar de tocarnos, Mario me arrastra fuera de la sala, hasta su dormitorio decorado en beige y negro.

Caemos sobre la cama, yo debajo, él encima, riendo como dos niños traviesos que juegan a encontrarse. Deslizo las manos por dentro de su jersey, ansiosa por comprobar que todo lo que mi imaginación ha creado se corresponde con la realidad.

Lo cierto es que la supera. Está duro y es cálido.

Se deja desnudar sin inconvenientes. Tengo la sensación de estar llevando la batuta con un hombre tímido, Dios quiera que no inexperto. Cambio de opinión cuando siembra un reguero de besos picantes por mi cuello que me vuelven loca. Son mordisquitos profundos, seguidos de un ligero lametón, todo combinado muy sabiamente.

Tengo la carne de gallina y es la primera vez que tengo a un hombre desnudo por completo y a mi merced, conservando yo hasta los tacones. Empieza a desvestirme despacio, recreándose en cada porción de carne que queda al descubierto. Recorriéndola con la punta de los dedos, besándola a continuación.

—Eres preciosa —me susurra.

Desabrocha los botones de mi falda y antes de tirar y quitármela, introduce la mano y toca el encaje de mi ropa interior. Debo de estar empapada. Mojada, lista, deseosa. Sonríe satisfecho y culmina el movimiento que libera mis piernas entre las suyas. Cuando voy a darme cuenta, las bragas han volado junto a lo demás, y opto por aferrarme a sus brazos y espalda para que me incorpore lo suficiente como para despojarme del jersey y desabrocharme el sujetador.

—Preciosa —repite, mientras sus ojos de café, increíblemente brillantes, me devoran centímetro a centímetro.

Tantea el contorno de mis pechos, pellizca los pezones erectos y recostándome con suavidad en la cama, los recoge con ambas manos y los lame. A continuación, succiona y muerde con delicadeza. El latigazo de placer es inmenso. Inmediato. Brutal. Estoy tan caliente que las estufas de hierro me envidiarían. La adoración que emana de su mirada, de sus gestos hacia mí, es tan evidente como turbadora. Sus besos cortos, contundentes, marcan mi cuerpo desde la zona del esternón hasta el ombligo. Y de ahí al monte de Venus. Gimo de gusto, asumo la oleada de deseo que me invade, y mis piernas se separan para recibirlo.

—¿Te molesta si te beso?

Glupps.

Es una pregunta inconveniente en un momento prohibido. Respondo con un rugido amortiguado y lo siguiente que noto es su lengua explorando mi vulva.

Mucho mejor.

Intento no pensar en Alex, en nada en realidad, que me prive del placer de esta caricia tan íntima. Sus manos sujetan mis muslos, los mantienen separados y yo me arqueo a punto de romperme, empujada por el huracán de sensaciones físicas concentrado en ese punto donde parecen confluír todos mis nervios. Suspiro. Los ojos cerrados, pensando solo en disfrutar y dejarme ir. Estiro las manos por encima de la cabeza en un gesto de abandono perezoso, poco compatible con la electricidad que se arremolina bajo mi vientre.

De repente, el beso de Mario alcanza el punto de no retorno. Gimo, me retuerzo, mis pezones se endurecen todavía más y entre estremecimientos, me sobreviene un orgasmo feroz. Antes de dejar de temblar, él ya asciende siguiendo la línea alba que marca su lengua. Pasa por encima de mi ombligo, de ahí al centro de mis costillas para llegar a la garganta. Deja caer su peso, tumbado sobre mí y con una mano inmoviliza mis muñecas, aprovechando mi posición. El excitante contacto de mis pechos con el vello del suyo me sobresalta.

—Preciosa y deliciosa.

Sonrío. Parezco tímida, pero es pura fachada, estoy tan relajada y excitada al mismo tiempo, que la noche se detiene en un pulso al recuerdo del hombre por el que elegí mi mejor conjunto de ropa interior.

De estar con Alex, ahora mi mayor preocupación sería su placer, devolverle la ración de sexo oral que acabo de recibir. Pero es Mario, me permito ser protagonista y esperar, su lenguaje corporal así me lo pide, que me centre en sentir, que me desea, que lo ha hecho durante meses, que este encuentro es el culmen de muchas horas de insomnio y que su prioridad es dármele todo sin pedir nada a cambio.

Es un amante generoso que vuelve a encenderme con sus besos y el roce estudiado de sus dedos. Se abre hueco entre mis muslos y me penetra sin titubeos. Tengo clavados dos ojos negros que me calcinan. Las embestidas suben de ritmo a medida que nuestra respiración se agita y se acompasa, para acabar en una explosión conjunta, cuando Mario ya no puede más, cuando está a punto de abandonarse y desliza la mano entre nuestra unión, para masajear mi clítoris con un pequeño pellizco.

Tengo los pezones tan tensos, los pechos tan llenos, que resulta doloroso, pero mi cuerpo entero resplandece con el toque del clímax. Los dedos de Mario se enredan en mi pelo, atrae mi cara hasta que nuestras bocas encajan por enésima vez y me susurra:

—Hay sueños que por muy escéptico que uno sea, se hacen realidad.

#Múltiples Interpretaciones

No pensaba quedarme a dormir, de modo que cuando un hocico húmedo y una gran cabeza peluda me despierta con un sobresalto, ni siquiera recuerdo dónde me encuentro. Enseguida noto el calor que emana del cuerpo de Mario, que ha dormido abrazado a mí, protegiéndome con su fuerza.

Ronroneo, satisfecha, y dejo caer de nuevo la cabeza en la almohada con una sensación relajada, muy cercana a la felicidad.

Barón me reprende la falta de atención con un gemidito. Mario abre los ojos.

—Buenos días, terciopelo —me dice.

Rio.

—¿Con quién me estás confundiendo?

Estira una mano y pasea las yemas por mi brazo. Me levanta el vello en el acto.

—Es el tacto de tu piel, inolvidable. En solo unas horas has cicatrizado muchas de mis heridas.

Besa la punta de mi nariz, acuna mi cara y me mira con veneración.

—Voy a empezar a crearme una tipa importante y me pondré tontorrón —adviento.

—Me da igual, vas a seguir gustándome lo mismo.

Un nuevo gruñido de Barón rompe el encanto de una conversación matutina que bien podría acabar en sexo.

—¿Qué te parece si pongo una tetera al fuego y cuidas de que no arda el apartamento mientras bajo a mi amigo a hacer pis?

Paso la mano por su hombro y me recreo en la orografía que dibujan sus fuertes músculos.

—Baja, yo me encargo del té.

—¿Te entenderás con la cocina?

Empujo su pecho con un mohín travieso.

—Las alhacenas y yo hemos nacido para entendernos.

Lo veo saltar de la cama completamente desnudo, y disfruto el espectáculo del que la oscuridad y mi propia lujuria, me privaron anoche.

Todo en Mario es proporcionado y hermoso. Carece del aire de chico malo que caracteriza a Alex, pero quizá la natural calma que leo en su rostro sea también su mejor baza. Definitivamente, me gusta y no me arrepiento de lo ocurrido.

Sé que si después no me llama podré soportarlo y seguir adelante, el sentimiento de abandono que Alex generaba en mí tras cada encuentro, enganchada a un amor inventado, se evaporó; y es un alivio.

Sella su despedida con un tierno beso, se enfunda un pantalón de chándal sin calzoncillos, una camiseta blanca que cae a plomo sobre sus músculos y una sudadera azul marino con el

emblema de Oxford en el frontal. Barón lo espera en la puerta del dormitorio meneando el rabo con la correa entre los dientes. Es un cuadro de lo más entrañable.

—Vuelvo enseguida —me indica con otro precipitado beso y un destello en los ojos—, ni se te ocurra marcharte.

Señalo al paciente perro que se retuerce al borde del derramamiento.

—¡Por el amor de Dios, sácalo *yaaa*, pobre animalito!

—Él entiende que me cueste separarme de ti, estamos muy compenetrados.

Sale de mi ángulo de visión y yo vuelvo a la posición horizontal, entre sábanas crujientes y sedosas que huelen a laberinto de pasiones. Pese a mi experimento con Alex, está claro que existe el sexo calmado, el que te llena y te hace sentir pletórico sin necesidad de batallar. Me gusta la sensación. Es muy agradable.

Y Mario está requetebueno.

Pataleo un segundo dentro de la cama, presa de un infantil arrebato de ilusión, y luego me levanto buscando algo que ponerme. Imagino que el apartamento está climatizado porque la temperatura es ideal, no hace ni pizca de frío. Abro el armario y reviso los pulcros trajes oscuros del profesor, sus camisas, blancas o azul claro, en filas ordenadas. Sus zapatos de cordón, todos italianos, sus corbatas de seda y finalmente, en una estantería aparte, un montón de prendas deportivas limpias y bien dobladas.

—Cuánto lujo, profesor Jones —musito, llevándome una sudadera a la nariz. Aspiro el aroma de ropa limpia que me traslada a mi niñez y me hace sentir de nuevo en casa.

Un sentimiento parecido trae él de la mano. Hogar, seguridad, ¿normalidad, tal vez?

Me cuelo la sudadera y unos pantalones, todo me viene dos tallas grandes, pero lo remango y me las apaño como puedo. En realidad, debería marcharme, no es fin de semana y aunque no hay citas concertadas con pacientes, me esperan pilas innobles de informes por rematar.

Medito la cuestión menos de un microsegundo.

Me niego a abandonar a Mario con una nota y una taza de té solitaria sobre la mesa. Algo tierno me une a él, algo que va más allá de la química y el erotismo. La impresión de que de algún modo me necesita, o el que me haga sentir única, algo impensable si fuera Alex. No sé. No me lo quiero plantear tampoco.

Cacharreo en la cocina hasta encontrar lo que busco. Preparo una deliciosa tetera y unas tostadas con mantequilla que hacen aullar a Mario cuando aparece por la puerta. Trae sonrosadas las mejillas y viene ligeramente sudado.

—Qué, ¿corriendo para despertar los músculos?

—Hace un frío del demonio. —Barón corre a su bebedero a refrescar la lengua y Mario me acorrala contra la encimera. Hago equilibrios con la mantequilla en una mano y la paleta de extender en la otra, riendo y retorciéndome como si quisiera escapar de su cepo, que no quiero. Me clava la entrepierna erecta en el vientre y mi sistema erótico-festivo se activa a la voz de «ya»—. Porque como ves, el músculo está más que despierto.

Me besa apasionadamente y a ciegas, me libera de la mantequilla y el cuchillo. Sus manos juguetonas exploran por debajo de la sudadera, agarran mis pechos desnudos y los amasan.

—¿Qué has dicho que había para desayunar?

—Tostadas... con... té, aunque si prefieres café...

Acaba de robarme el pantalón con la facilidad con la que se desprendería de un guante que le viene grande y sus manos se cierran, apretadas, en torno a mis glúteos.

—No puedo quitarte las manos de encima, terciopelo.

—Pues tengo listo el desayuno —protesto, simulando contrariedad. Mario gruñe.

—Esa frase tiene múltiples interpretaciones, ¿lo sabías?

De un rápido movimiento de pies se despoja de las deportivas, se baja el pantalón y con dos patadas lo manda al suelo. Está duro como el diamante, algo parecido a lo que ocurre con mis pezones, y la altura a que me encuentro, retrepada en la encimera, está calculada al milímetro para que colme sus intenciones. Solo de pensarlo, una extraña corriente me recorre la columna vertebral.

—Eres suave por fuera... —introduce sin previo aviso dos dedos en mi vagina empapada — y por dentro. Puro terciopelo.

Empieza a moverse, a bombear esa ligera presión hasta notar mi corazón desbocado y palpar mi interior. Entonces, gira la muñeca y sus dedos forman un gancho dentro de mí que topan con la parte sensible de mi vagina, ese punto terminal que empieza a estimular con toques repetitivos.

Abro las piernas como una bailarina. La ansiedad me hace flexible.

—Mario...

Su pulgar se une a la caricia, aplicado contra mi clítoris, ejerce la presión exacta para enloquecerme. Antes de que la vista se me nuble del todo, ya me he enganchado de sus hombros y recorro, ávida, su nuca, enredando cabello y dedos. Mario me deja vacía el tiempo indispensable para sujetar mis muslos por debajo, tirar, separar, elevarlos y enroscarlos en su cintura, para de una única embestida, penetrarme.

—No llevas preservativo —le reprendo entre jadeos.

—No quería interrupciones —me dice.

—Pero...

—Shhhh.

Me aúpa y unidos por el sexo, atravesamos la cocina hasta llegar al baño principal, cuya encimera de madera miel, sustituye a la otra. Sin interrumpir el delicioso bombeo rasga el envoltorio del condón con los dientes, saca su miembro hinchado de mis entrañas, lo viste de látex y vuelve al inicio, antes de que yo lo eche siquiera de menos.

—¡Dios! —grita al corrernos.

Yo lo acompaño, echando atrás la cabeza, el cuello arqueado, dinamitando todo mi ser.

#UnPlanDesastroso

El té se ha quedado frío porque tras el polvo memorable a caballo entre cocina y baño, nos hemos dado una ducha y he tenido oportunidad de agradecer a Mario todas sus atenciones.

Nos embadurnamos de jabón y jugamos a que las manos patinen por la piel mojada. Las mías tienen un objetivo, van directas a su entrepierna, acarician sus testículos con delicadeza. El pene responde con rapidez y lo tomo con la mano libre.

—Esto es para usted, profesor —susurro entre gemidos.

—No voy a poder moverme el resto del día —se queja.

Yo acelero el movimiento deslizante a lo largo de su tronco.

—Exagerado...

El grueso miembro crece entre mis dedos, se hincha, y entre caricias que avivan mis sentidos, explota entre doscientos mil gemidos de satisfacción de su dueño. Ni siquiera me ha dado tiempo a tocarlo con la boca.

Poco rato después, con los estómagos tan saciados como el resto de nosotros, recupero mi ropa, acaricio la cabeza del paciente labrador y giro hacia Mario para enfrentar la despedida. Quizá se trate del primer instante realmente perturbador desde ayer tarde.

—Bueno, me voy. Mira qué tarde se ha hecho —justifico mi recién llegado histerismo.

—Me quedaría todo el día entre sábanas, retozando contigo.

Dejo que me atrape por la cintura y me llene el cuello de besos.

—Ya, pero somos pobres y hay que cumplir con las tareas.

—Puede que no tanto... —alega.

No le permito continuar.

—Imagino que tendrás clases, ¿no?

—Por la tarde, ¿puedo llamarte esta noche? —Nota mi mueca desorientada—. Solo para desearte dulces sueños, no temas, pienso darte un respiro. —Caza mi labio superior con los dientes, mordisquea el contorno—. Uno pequeñito, no bajes la guardia.

—No la bajaré —aseguro asediando su lengua con la mía.

Mario ha ganado con margen la primera batalla que mantengo conmigo misma.

Alex

La intención era descolocarla.

Sofía debía perder de un plumazo, cualquier ventaja que tuviera sobre mi voluntad, verse de nuevo en la línea de salida, con todo el trabajo por hacer y conciencia de lo dificultoso del objetivo. Percatarse de que de no mover ficha cuanto antes, podría perderme.

Lo veía y no lo creía. Alex Conde recurriendo a esos trucos, por solo tres polvos con la misma chica. Debí interpretar mis propias señales desesperadas y no confundir juego con necesidad.

Creerme invencible me hizo débil.

En mi descargo admitiré que no soy meticuloso ni suelo cuidar los detalles. Me muevo más por impulsos y por improvisación, soy muy visceral. De modo que no marqué fecha en el calendario ni elegí víctima. Sería cuando y donde el destino dictase.

Ocurrió un viernes de octubre, en el cumpleaños de mi hermana. Llegué con Víctor, Miguel y Antonio, en plan tranquilo, decíamos. Nos entretuvimos un rato con unas birras y haciéndole la vida imposible a Antonio, que ya estaba colado por la amiga de Sofía.

—Tío, te pondrá marcando el paso, tiene una pinta de mandona que no se aguanta.

—A mí me pone mogollón con las gafitas de secretaria guarrona... —Miguel hizo un gesto obsceno desde su entrepierna, amparado por la oscuridad. Apenas había almas en aquel bar.

Antonio hizo amago de endiñarle con el puño en alto.

—Te lavas la boca con jabón antes de nombrarla. Ni pienses en ella, mente sucia, que me la empañas.

—¡Joooooder! ¡Cómo se nos ha encoñado el Antoñito! ¿Tan fiera es la rubia?

Miré a mi amigo, que resoplaba conteniéndose para no explotar. No era habitual que ninguno de nosotros se tomase a mal las coñas del resto, a fin de cuentas, eran siempre las mismas y aburridas bromas de mal gusto, solo había que pasar de ellas con el dedo corazón estirado y una mueca de suficiencia. Antonio conocía las reglas, él mismo había martilleado a otro del grupo para divertirse cuando le había convenido así que... Ximena le debió entrar fuerte, no se me ocurrió ridiculizarlo. En el fondo de mí latía una pizca de envidia porque era correspondido y yo, seguramente, no.

Y entonces ocurrió.

Un grupo de chicas rompió la relativa calma del local con su taconeo, sus faldas cortas y sus labios pintados de rojo. No eran invitadas a la fiesta, pero valían. Víctor me propinó tal codazo en las costillas que derramé parte de la cerveza de mi jarra.

—Ahí tienes a la geóloga.

—Gemóloga —rectificó Antonio con los ojos en blanco—. Panda de cenutrios.

—Importa un cojón a qué se dedique mientras se abra de piernas. Y bien largas que las tiene, ¡mira, Alex, ostias!

Solo porque Víctor parecía estar vendiéndome algo y yo despreciádoselo, me obligué a girar el cuello, y cinco tías me sonrieron a coro. Antes de poder santiguarme, Víctor, convertido

en portavoz del grupo masculino, ya las había invitado a sumarse.

—A ver, ¿quién de vosotros es hoy el más necesitado de cariño? —soltó de repente una tal Lucía, mirándome con un descaro que rayaba los límites.

Tuve la sensación de que un ciento de dedos invisibles me señalaban, de que todos esperaban que hiciera algo, que respondiera con una genialidad a la mamarrachada de la tía aquella. Y es que mi mente andaba distraída muy lejos de allí. Puede que mi polla se alterase un poco ante tanto escote y minivestido ceñido, pero no pasaban de ser reacciones químicas animales.

Mis ojos la buscaban a ella. Mi corazón..., ni te cuento.

—Yo no —giré para darle la espalda. Al otro lado se encontraba su amiga, mucho menos lanzada que Lucía. Le obsequié una sonrisa demoledora—. ¿Qué tal, Carmen?

La gemóloga se me puso como un coche de bomberos. Era una chica vistosa, medio pelirroja, con el pelo largo peinado en bucles, los ojos grandes y oscuros, un buen par de tetas y todo eso. Pero le faltaba ángel.

—Muy bien, vamos a quemar la noche —me informó medio tartamuda.

Poco vas a quemar tú con esos miedos, muchachita.

—¿Quieres una cerveza? —Me aseguré que quedase claro que solo la invitaba a ella.

—Con un poco de gaseosa, sí.

—¿Cómo que con gaseosa? Aquí mariconadas las mínimas —alertó Víctor con su vozarrón de camionero trasnochado. Carmen se encogió sobre sí misma. Hasta pena me dio.

—Deja a la chica que tome lo que le apetezca, y ponte tú hasta las cejas de negra, si quieres.

—Se refiere a la cerveza negra —aclaró Víctor con un guiño exagerado que las hizo reír. Yo volví a la carga, Carmen intentaba decirme algo.

—Vale, sin gaseosa, así, tal cual.

—Oye que si te gusta más una clara...

—No, a pelo, que se note el amargo —Ladeó el cuello con timidez, se me antojó una niña pequeña jugando a ser mayor.

Estaba a pique de la marcha atrás, de olvidarme de todo el plan de usarla como a un trapo de cocina, cuando Sofía y Ximena entraron en el local. Un tsunami que sacó de quicio las cosas y lo inundó todo.

Ella, preciosa y paralizada al verme. Yo, de vuelta de mi particular asombro y ya capaz de fingir, gracias a la ventaja de mi ubicación estratégica tras uno de los pilares-estanterías del bar, que me permitía controlar la entrada sin ser visto. Me sacudió una oleada de calor y mi sonrisa se hizo lobuna. Saludé con un ademán de cabeza indiferente, y concentré el cien por cien de mi atención en Carmen.

El que se nos unieran, habría dado al traste con mi plan, lo sé, pero era lo que mi corazón deseaba. Sin embargo, Antonio me fastidió las intenciones al desmarcarse y acudir a su encuentro. Ximena ya tenía lo que quería y Sofía, viéndome tan acaramelado con Carmen, no se atrevió a acercarse.

Así arrancó todo. Esos malditos planes no planeados que se desbordan a su manera y te pringan. Pero yo estaba jodido. Jodido y furioso porque Sofía me había plantado en la puerta del gimnasio donde trabaja, sin molestarse en inventar un pretexto para tontos.

Todo mi ADN de macho clamaba venganza.

En menos de media hora, Carmen se escurría del taburete al suelo, ciega como un piojo. Yo me debatía entre mis ganas de espiar a Sofía, que seguía sola con la parejita, haciendo como

que reía, y la obligación autoimpuesta de matarla de celos. Provoqué un encuentro con «ojos de plata» en un rincón en sombras, donde le escupí a la cara que su problema era saber lo buena que estaba, y la acusé de volverme loco.

Acto seguido volví a la barra y con los dedos, atrapé la barbilla de Carmen y la insté a mirarme. Los ojos vidriosos y la mueca desencajada.

—Oye, ¿estás muy mal?

En lugar de responder, se me colgó al cuello de un salto y entre ovaciones del grupo, me estampó un beso de tornillo en el que hice lo posible por no colaborar. Hasta que mis pupilas se cruzaron con las de Sofía, medí su expresión de perplejidad, y me dije si no se trataba de eso, de hacerla sufrir un poco para que espabilara. Rodeé la cintura de la pelirroja y me dejé llevar con un ligero entusiasmo. No volví a desviar la mirada de Carmen hasta un rato después.

Sofía se había marchado.

Salí a la calle como un alma en pena y la encontré, bebida y malhumorada, sentada en el capó de un coche. No la dejé hablar, la avasallé con un abrazo, le devoré la boca, y para cuando dimos por acabada la fiesta y el bar cerró sus puertas, nos escondimos en su apartamento a follar hasta el amanecer.

Lo sé. No es así como se hacen las cosas cuando alguien te importa.

Pasó una semana después de aquello, en la que no supimos casi nada el uno del otro, apenas unos mensajes que eran un chiste, pero volvimos a coincidir y acabamos revolcándonos en mi cama. Deduzco que me perdonó el desliz o lo que quiera que fuese mi jueguito con Carmen, pero algo se había torcido, estaba menos receptiva y más exigente en lo que a relaciones se refiere.

Yo no quería una relación, maldita sea, ni siquiera sabía lo que buscaba. No quería más Camila, ni más órdenes. No quería más control sobre lo que hacía o dejaba de hacer, ni dar más explicaciones. ¿Es que no pueden las mujeres limitarse a vivir una pareja sin asfixiarla?

Hoy, después de tanta lluvia, repasando todo aquello de forma obsesiva, me pregunto si alguno de mis pasos en falso no fue causa del derrumbe. Causa y efecto. Me miro las manos. El cajetín con «Maléfica» dentro, sigue esperando su turno.

—Angelina me pone, PerezGil —le digo a mi iguana— ¿La vemos?

Recuerdo a la nueva Sofía de pelo oscuro y ojos de plata. Se parece a la actriz. Me arrodillo ante el reproductor de DVD y lo pongo en marcha. Me acomodo en el sofá y veo cómo PerezGil, con el paso flojo y lento que la caracteriza, viene acercándose.

Está bien compartir estas cosas con un amigo.

#EstásMejorSinÉl

Sofía

—¡Ostias! ¿Que te has tirado al profesor?

Ximena no exclama, aúlla. Ximena no se sorprende, te rompe los tímpanos a través del teléfono.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Y sobre todo, ¿por qué no lo he visto venir? ¡No me he dado cuenta de nada! —gime como alma en pena.

Yo sigo muy ocupada repasando una y otra vez la bandeja de entrada de mi correo electrónico, pero no veo nada que lleve la firma de una editorial. Bufo, muerta de decepción. Me quedan otras veinticuatro horas de tensa espera, a la caza y captura del mail que acepte mi novela y cambie mi vida.

Mierda, mierda y más mierda. No me quiere nadie. Bueno, a mí no, a lo que he escrito.

—Nena, ocurrió así, de repente...

—Sí, ya, de repente... ¿Folla bien?

—Eres una cotilla impresentable. Tú no me has contado cómo folla Antonio.

—Sí que te lo he contado, me hace ver chiribitas y me pone los ojos del revés. ¿Qué tal folla? Cuenta.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Muy bien —suelto una risita maliciosa.

—¿Cuántos en una noche?

—Ximena, solo hemos tenido una noche. No sé, dos. O tres.

Otro aullido de loba buscando apareamiento a la luz de la luna.

—No me digas que ni te acuerdas, la madre que te parió. ¿Y tu teoría sobre los escalones, o los peldaños o como coña se llame? Esa de la que estabas tan segura que hasta me convenciste a mí.

—Los escalones no tienen nada que ver con este caso.

—¿Cómo que no tienen nada que ver? Si antes estabas jodida con lo de Sergio, ahora estás doblemente jodida con lo de Sergio más lo de Alex, tu dirás.

—La diferencia es que con Alex quise iniciar algo serio y con Mario no tengo intención ninguna, más allá de echar el rato.

—Sofía, no has sido capaz de montártelo a lo salvaje en toda tu vida.

—Precisamente, va siendo hora de entregarme a experiencias nuevas.

—Ah, ¿y cuando te lo cuentas te lo crees?

—*Sip*, solo divertirme.
—Entonces es sexo del bueno —concluye. Tengo que pararla cuanto antes.
—Eh, listilla, no pongas en mi boca palabras que nunca dije.
—No, no, Dios me libre... ¡Oh, espera! ¡He oído un chasquido!
—¿El qué?
—Se te acaba de desabrochar la faja.
—¡Yo no uso faja! —espeto con una carcajada.
—Bueno, bueno, todo llega con el tiempo. De todas formas, lo veo venir... ¡Te vas a *enganchaaar*! —me canturrea.

Tras mi conversación con Ximena, con mis pilas de expedientes ordenaditos y una sonrisa en los labios, acepto salir a matar el hambre del mediodía con unas tapas, en compañía de Silvia y Carlos. Cuando el mocetón se ausenta para cambiarle el agua al canario, me inclino sobre la mesa y miro a mi amiga, un poco a la desesperada.

—Y tu hermano, ¿localizó por fin a la tal Olga?

Silvia se sobresalta como si la pregunta la pillara de improviso.

—No tengo ni idea, hace mucho que no lo veo.

—Es lo que siempre me respondes —presiono angustiada.

—Porque es la verdad, Alex y yo somos adultos, no vivimos bajo el mismo techo, llevamos vidas muy independientes. Nos queremos, pero no tenemos la dudosa buena costumbre de llamarnos a diario para contarnos el parte de incidencias. —Sueno levemente molesta. De súbito, palmea mi mano lacia sobre la mesa, como si mi situación le causara una infinita pena—. No le des más vueltas, amiga, estás mejor sin él, créeme.

Desliza su comentario como una cuchilla afilada.

Suspiro y me rindo.

#PongaUnAutoEnSuVida

Cuando regreso al despacho tras el tapeo, mis ánimos se han derrumbado.

Me sienta mal hasta nombrar a Alex; solo pensar en él, me roba el sosiego. Debería tachar su imagen pérfida con dos tiras de cinta americana en forma de cruz, una calavera y dos huesos. Mi energía, las ganas de hacer cosas, se han esfumado y ahora solo queda la tentación de encerrarme en casa con el edredón por encima de la cabeza.

—Voy a ver si encuentro algún sitio donde puedan darme un masaje, que no me cueste un riñón y parte del otro —le confío a Helen.

—Podrías llegarte a los baños árabes de la Plaza de los Mártires.

No está nada mal, tomo nota de la sugerencia. Pero una llamada de Mario me saca a tirones de la peligrosa apatía en la que iba cayendo.

—Querida joven, te propongo una jubilación.

—La del profesor Martínez ya la hemos celebrado. Por cierto, deberíamos visitarlo un día de estos.

—Lo anoto.

—Y llevarle flores y pastas de té.

—Lo de las flores hay que verlo. Es alérgico a casi todo lo conocido. Me refería a jubilar a Martita.

Ahora soy yo y no Ximena, la que ahoga un grito de espanto. Todo se pega.

—¿Estás loco? ¡Mi Vespa!

—No me refiero a una jubilación definitiva, solo durante los meses de invierno —me aclara con paciencia y su dulce voz.

Ni por esas.

—¿Y tu alternativa es...?

—Desde luego, un coche.

—Ya hemos hablado de eso...

—Dale un voto de confianza a mi conocido que vende coches kilómetro cero, tiene cosas interesantísimas. Te recojo y visitamos el concesionario. No hay compromiso, solo por ver si algo te entusiasma.

—Terminarás convenciéndome y no quiero, no *quieerooo* —chasqueo la lengua contrariada. A través de la línea me llega una risa fresca y reconfortante.

—Vamos, recuerda que somos atrevidos y salvajes.

—Ni me lo recuerdes —ríe también—. Cada vez que sueltas esas dos palabras veo tu

culo prieto enfundado en las mallas de ciclista, haciendo GymDance, y me mareo.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—¿Eso crees, exhibicionista?

—Que pienses en mí. Me hace ilusión —agrega tras una pausa.

Jolines. Lo he emocionado con una minucia, vuelvo a sentirme importante.

Es la diferencia de estar con Mario a estar con Alex: la sensación de seguridad que uno transmite, al otro le brilla por su ausencia. La falta de implicación e interés de Alex, raya la crueldad, aunque no sea una herida que cause a propósito. Viene incluida en el paquete de ser guapo, sexy, irresistible y un millar de cosas más, de esas que desabrochan ligeros y pulverizan tangas. No es culpa suya en realidad.

Ojalá se le caiga la picha a pedazos, por demasiado perfecto.

Mario me recoge a la entrada de calle Larios en su Jeep negro, que contrasta con el jersey verde de pico, la camisa de cuadritos vichí blancos y verdes, pantalón chino azul oscuro y zapatos de cordones. No le pega. Mejor un Mercedes pequeñito y clasicón.

Nada más apoyar el trasero en el asiento, Mario invade mi espacio personal y me zampa un beso impaciente en los labios. ¿Ya estamos en ese nivel? ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Dónde andan mis cuidados planes de dos polvos y a lo loco, sin romanticismos?

—Verás como te enamoras de algún cochazo nada más entrar —asegura apretándome el muslo con la mano.

—Te advierto que respecto a coches no soy yo de mucho enamorarme.

—¿Y en cuanto a otras cosas? —carraspea divertido.

—No quieras arrinconarme, pillín. De ciertos asuntos no hablo sin mi abogado presente.

Se conforma con lo que le doy. Pone la radio y la voz especial de John Legend y su «*Made to love*» provoca que de cuando en cuando, crucemos las miradas y una pícara sonrisa.

Enfilamos la cuesta de Cerrado de Calderón y a la altura de un cruce de calles, el Jeep se detiene delante de un concesionario de escaparates brillantes, desde los que la mercancía hace guiños bajo la iluminación.

—Ya estamos. —Echa el freno de mano, sale, rodea el vehículo, abre mi puerta y me tiende el brazo para ayudarme a decidir.

Creo que ando un poco catatónica, no entiendo muy bien cómo he llegado hasta aquí, si no pretendo comprar ningún coche.

—Sabes ser muy persuasivo cuando quieres —refunfuño entre dientes.

—No tengas miedo, te he dicho que es un simple vistazo sin compromiso —insiste, aún con la mano extendida. Qué paciencia me echa el pobre.

—¿Es muy amigo tuyo el dueño?

—Simple conocido, no le he prometido ningún negocio, si es eso lo que te inquieta.

Me dejo caer desde el confortable asiento de cuero. Con la mano a buen recaudo. Él repliega la suya.

—¿Te ayudó a elegir tu coche?

—No, este lo compré en el concesionario oficial.

—Temí que fuese uno de esos vendedores que te adjudica, con mucha habilidad, el coche que le conviene vender, sin preocuparse de tus verdaderos deseos.

Mario esboza una sonrisita indulgente.

—Eso es porque sigues pensando que el *Jeep* no cuadra conmigo, pero te equivocas.
Nadie me convenció, lo elegí yo mismo, fue amor al primer contacto.

Suspiro, momentáneamente apaciguada.

—Te creo.

—¿Vamos allá? —Reclama mi mano por segunda vez. Ahora sí se la entrego.

—Vamos allá.

#SeLoCompro

Cruzamos el umbral y el inconfundible olor a coche nuevo me envuelve, me deslumbran las impecables carrocerías. Por un segundo me evado a las nubes y fantaseo con ser millonaria y no privarme de nada, cómo sería estirar un dedo, alargar una tarjeta de crédito y llevarme el mejor a casa. Siento que le estoy siendo infiel a la vieja Martita, pero el brillo coloreado de los guardabarros me hipnotiza, y olvido mis juramentos de que por encima de mi cadáver muerto me montaría en un cuatro ruedas.

—Lo siento, Marta —susurro para mis adentros— ¡Qué bonitos son!

Mis pies me empujan solos hasta un descapotable biplaza rojo con el interior en lujoso cuero negro. Ni cerrar la boca puedo.

—Veo que la *signorina* tiene un gusto exquisito.

Oigo una voz a mi espalda y me giro a mirar. Mario está saludando a un señor maduro y elegante con cierto parecido a George Clooney en los anuncios de Nespresso. Perfectamente coordinado con los lustrosos automóviles, forman un atractivo conjunto, seguro que los vende como churros.

Tengo la intención de estrecharle la mano, pero se la lleva a los labios y sutilmente, la besa.

—Te presento a Marcelo Tonelly, un viejo conocido de la familia.

—¿Italiano? —Di que sí, Sofía, pregunta inteligente donde la haya.

—De la bella Sicilia —indica exagerando su acento—. ¿Conoce mi tierra?

—He visitado Italia como turista, nada fuera de lo corriente, Roma, Venecia, ya sabe...

—¿Y le agrada?

Este hombre me está comiendo con los ojos, me siento Caperucita a punto de ser devorada por el lobo. A ver quién es la guapa que le dice que no pienso gastarme un duro en ningún bólico.

—Es un país increíble. Y cocinan de maravilla —lo halago—. De hecho, es indignante que los italianos estén tan en forma, comiendo como comen.

Marcelo echa atrás su distinguida cabeza canosa y ríe de buena gana.

—La dieta mediterránea forja el milagro, *signorina*. Bien, ¿en qué podemos ayudarla?

—Sofía quiere ver un coche apto para sus necesidades —le explica Mario, anticipándose a mi respuesta.

—Algo pequeño y sencillo —me apresuro a puntualizar—. Además, aún no he tomado la decisión definitiva.

—Bien, ¿le gusta este 911 cabrio?

Señala el deportivo rojo con un floreio de mano. Me suben los colores en ascensor a la cara.

—He dicho pequeño y sencillo —remarco con énfasis.

—Es pequeño.

¿Este tipo me toma por idiota?

—Ya. Quizá el adjetivo sencillo le venga un poco largo.

Marcelo vuelve a celebrar mis puyas irónicas con carcajadas.

—Me gusta, Mario, me gusta. Tiene clase y carácter.

¿Solo porque no puedo permitirme ni en sueños el coche de una millonaria, tengo carácter? Quiero irme a mi casa. Además, ¿por qué me trata como si fuese la novia de su amigo? Tengo la impresión de que más que venderme un coche, nos está dando su bendición.

Mario no responde a mi mirada interrogante, se mete las manos en los bolsillos y se aleja por entre las filas de coches de lujo, haciendo como que los revisa.

—Hay disponibles de todas las marcas, Sofía, ven a ver estos de aquí.

Escabullirme lejos del radio de acción letal de Marcelo es un alivio. Alcanzo a Mario al trote, me cuelgo de su brazo y desafío su mirada interesada cuando apunta a los vehículos.

—Mejor nos vamos, no quiero comprar ninguno.

—Pero si no has mirado siquiera.

—No tengo dinero —cuchicheo—, venir aquí ha sido una tontería.

—Pero ¿ninguno? ¿Ninguno te llama siquiera un poquito la atención?

Miro desesperada alrededor.

—Puede que aquel Smart. —Está aparcado tan lejos que apenas se ve. Aprieto su antebrazo y le transmito angustia—. Vámonos, anda.

—Marcelo, nos lo pensamos —anuncia un par de tonos más alto. Su amigo recorre el espacio que nos separa, como si sus zapatos de tafilete italiano flotasen sobre el mármol del suelo—. Te agradezco el tiempo dedicado, ya te diremos algo.

Que todo lo que tiene es inalcanzable, pienso. ¿Siendo sensatos, qué otra cosa le podríamos decir?

—Siempre es un placer verte, Mario, muchacho, cuídate mucho. —Le palmea un hombro y entonces, me mira y sonríe—. Encantadísimo de conocerla, enigmática Sofía.

—Igualmente —articulo con dificultad, sin soltar el brazo de Mario, parezco una naufraga del Titánic anclada al único barril que flota.

Cuando salimos a la calle, el cielo se ha ennegrecido y la temperatura se ha estrellado en los adoquines. Me apretujo contra Mario que rodea mi espalda con un fuerte brazo. A pesar del aire helado que aspiro, me siento bien haber salido. Un halo extraño que no puedo definir rodea al tal Marcelo. Además, me califica de enigmática, algo que ni por asomo soy.

—¿Cenamos? —propone Mario de repente.

—Tengo una clase que dar...

—Con más motivo, no puedes irte de ejercicio con el estómago vacío. Algo rápido y te dejo en la puerta.

—Tengo a Martita en el despacho... —pruebo de nuevo.

—Va a llover en un rato. Te llevo y luego coges un taxi de regreso.

—Señor, sí, señor —gruño. Qué poco me gusta la gente autoritaria. ¿Dónde está el Mario meloso de siempre? ¿Está molesto por lo grosera que he sido con su amigo? —. Lamento haberte hecho perder el tiempo, ya te advertí que lo del coche no estaba madurado.

—No le llamaría perder el tiempo, algo hemos visto —comenta distraído—. Si lo del taxi te complica la vida, puedo recogerte y llevarte a casa. Estoy libre hasta las diez.

¿Y después de las diez?

La picazón de perder su atención en exclusiva, unas gotas de orgullo herido, una hebra de

curiosidad... La receta se alía y me anima a restregarme, mimosa, contra su cuerpo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es eso tan importante que tienes pendiente a partir de las diez?

Mario arrima la boca a mi oreja y cuando creo que va a compartir un secreto, me pega un mordisco. Suelto un gritito, mezcla de sorpresa y protesta.

—¡Eh!

—Comerte entera. Muchas veces.

Vale, de acuerdo, se lo compro.

#Mmmm

Nos acomodamos en una cafetería que sirve *snacks* y cócteles, relativamente cerca del concesionario. Pido un sándwich vegetal y un zumo natural de frutas, que me devuelve la vida.

—Puedo pasar sin un coche. Tengo una hucha de ahorros casi llena para cumplir mi sueño, quiero viajar por todas partes y volverme loca —le cuento entusiasmada—. Mezclarme con un montón de turistas chinos, ponerme tibia a donuts de colores y a la mierda el colesterol y el yoga. —Lo he soltado como si me quemara dentro, parezco una kamikaze lanzando un pregón a las hordas. Igual he sonado un poco excesiva...

—Recorrer el mundo —repite tranquilo—. Qué maravillosa idea.

—Nunca jamás en toda mi vida estará a mi alcance. ¿Pedimos? —enarboló la carta—. Tengo un hambre de elefante.

—¿Esos no eran los de la memoria?

—Muy gracioso, profesor Jones.

Mario me examina con gesto atento. Su voz se convierte en un eco profundo y suntuoso.

—Cómo me pone que me llames así. ¿Pasamos un rato por mi apartamento?

A pesar del erotismo que envuelve su tono, hace que suene normal, como si no se muriera de ganas. Pues voy a darle una desagradable sorpresa.

—No, recuerda que tengo clase. —Apenas sonrío—. Y hablando de GymDance, te lo ruego, no vengas a revolucionarme a las alumnas.

Mario sonrío chispeante.

—¿Detecto insanas intenciones en la profesora, de gozarme en exclusiva?

Arqueo las cejas de forma exagerada.

—Lamento decepcionarte, nada más lejos de mi intención. Ya corren chismorreos por entre las taquillas y mi vida privada es eso, privada. No soy amiga de exhibirme en público. Si asistes al gimnasio, acude a una clase que verdaderamente te interese.

—¿Y si por casualidad me interesara el aeróbic?

—Es GymDance —matizo— y permíteme que lo dude. Pero en ese caso, te colocarás al final de la clase y te comportarás como un alumno más. Sin excesivas confianzas y manteniendo las distancias.

—Ufff, cuántas normas, qué agresiva —se burla. No me queda otra que sonreír, ya he mantenido demasiados minutos la falsa fachada de dura. Tengo delante a un Mario entero, inmune a mis provocaciones, así que aflojo la mandíbula y dejo espacio al humor—. ¿Y por qué al fondo de la clase? ¿Estoy castigado?

—Eres muy alto y no les dejás ver. —Le guiño un ojo.

Me recorre una gratificante sensación de triunfo, de control absoluto. Yo decido cuándo y

dónde. Me siento poderosa y pienso trasladar ese poder a nuestra cama.

Veinte minutos más tarde, me bajo del *Jeep* bajo la atenta mirada de Mario.

—Te recojo. —Y no está preguntando, es un tono que no admite discusión.

Me ha puesto tan caliente que olvido mi decisión de no verlo ni dejar que me toque hasta el fin de semana. Sus largos dedos rodeando el volante de piel curtida, sus ojos profundos brillando en la oscuridad, son todo.

—De acuerdo. Salgo a las diez, profesor Jones.

Faltan siete minutos para que den las diez en punto de la noche, y al pasar por detrás de recepción camino de los vestuarios, ya veo a Mario esperando en la puerta. Me ducho a toda velocidad, repaso mi imagen en el espejo, enfundada en un diminuto conjunto de encaje color rubí, destacando sobre una piel hidratada a conciencia. Lista para pasarlo en grande con las piernas en ángulo obtuso.

En el ascensor del apartamento de Mario pierdo el control y me lanzo de cabeza a sus brazos. Lo cojo por sorpresa, me encanta la sensación de dueña que me regala su timidez. Manejar el cotarro me provoca una especie de retorcida satisfacción, que enciende la mecha de mi almacén de dinamita. ¡Y menuda mecha!

Cuelo la mano por su entrepierna y palpo con cara de viciosa. Esto no es amor, es diversión sin más ataduras que mi insaciable sed sexual. Porque no lo he dicho aún, pero llevo semana y media que no pienso en otra cosa, puede que esté recortando mi necesidad de Alex, con historietas imaginarias donde me veo tumbada sobre la barra de un bar, con Mario desnudo, de rodillas a la altura de mi cabeza, con su pene en mi boca y todo mi ser en pie de guerra, sin treguas ni rendición.

Cuando más felices me las prometo, en mitad de un masaje a sus testículos, Mario enrosca su muñeca en mi melena, forma una coleta en un rápido movimiento y tira de mi cabeza hacia atrás, asegurándose de que solo un par de milímetros separen nuestras bocas.

La tensión sexual se dispara, nos retamos con los ojos, mi respiración se vuelve un jadeo ambicioso. De nuevo se ha perdido el doctorcito de caramelo, y esa mirada suya que se oscurece, promete perversiones.

Sin embargo, en un pestañeo, el instante de confusión desaparece. Mario libera mi melena, recoge mi cara con ambas manos y besa mis labios con suavidad. Sus ojos negros vuelven a ser el escondite de un niño pequeño con sueños de grandeza.

#Maléfica

Alex

Debo confesar que la jodida película me está provocando una revolución emocional terrible. Arranqué motivado por lo buena que está la Jolie, convencido de que en cualquier momento pulsaría la pausa para meneármela pensando en las tetas de Lara Croft, pero la escena en que Maléfica se asoma a través de la ventana y con la boca pequeña sisea al bebé ese «te odio» tan poco creíble, y Aurora responde con una sonrisa como un minúsculo sol privado, me genera un revolcón en las entrañas.

Sé que es ridículo tratar de frenar las lágrimas apretando los dientes. Lo intento una y otra vez, y fracaso. Me he abrazado a un cojín y a PerezGil y cuando la princesa muere, me descubro berreando como un becerro.

«Dulce Aurora, robaste lo que quedaba de mi corazón y ahora tendré que resignarme a vivir sin verte».

Ahora sí que sí. Pulso el botón de pausa. Tengo mocos para regalar y los ojos anegados en lágrimas. Me levanto sonándome la nariz en una servilleta de papel, y camino hasta el fondo del salón donde cuelga el cuadro enorme que pinté para Sofía.

—Dulce Sofía —murmuro clavando allí la mirada—, robaste la parte de mi corazón que aún era capaz de latir, y ahora tendré que resignarme a vivir sin tenerte.

Joder, PerezGil, estoy temblando. Seguro que he pillado la gripe o algo por el estilo.

No sé por qué mi mascota me mira casi con compasión, como si entendiese a la perfección todo lo que siento. No deberían leerse ese tipo de emociones en el careto de un reptil.

#ElOrgulloPorLosPoros

Sofía

Cuando a pesar de una vida sexual más que satisfactoria tienes los ánimos reguleros, hay que medir con compás las actividades a las que te entregas, porque a primera vista pueden parecer inofensivas, pero ¿y si te rompen el alma a traición?

Ver a la madre de Ximena aparentemente sana y normal, pero incapaz de hilar una frase coherente, incapaz de reconocernos, empeñada en que Antonio es su hermano Paco recién llegado de la mili, es devastador. Le hemos seguido la corriente porque la hacemos feliz, de eso no cabe duda, no hay más que mirarle los mofletes sonrosados. Sea cual sea la capa de tiempo en la que ahora vive, las imágenes que la asaltan la hacen sonreír. Nosotros, en cambio, conscientes del deterioro, cruzamos una mirada de angustia.

Enternece el modo en que Antonio la mima. A Ximena se le cae la baba mirándolo, no es para menos, él lo hace de corazón, la enferma lo agradece, y a mi amiga la ayuda y reconforta esa unión en su minúscula familia.

Volvemos al nido de amor de la parejita y Antonio se mete en la cocina en busca de unas aceitunas y unas cervezas. Ximena arrasa con las patatas fritas mientras yo coloco algunos platos y cubiertos en la mesa baja frente a la tele.

—Este finde he conocido a mi sobrino —me cuenta—, bueno, al de Antonio, pero para el caso, también es el mío. Joder, Sofi, qué rara te veo de morena, no me acostumbro. Tiene cinco años, es para comérselo, igualito a su tío a esa edad, que he visto fotos.

—Nena, trágate las patatas y vacía la boca, o tendré que ponerte subtítulos —le regaño. Ella se echa un buche de refresco a la garganta.

—Mandona. Hemos conectado al primer guiño. ¿Pues no me dice, el *jodío*, que de mayor quiere ser actriz?

—Será actor.

—Eso le dije yo. No. Quiere ser actriz, lo tiene muy claro, pues nada, nosotros apoyando...

Antonio se nos une con un cuenco de guacamole y una bolsa de Doritos.

—Los críos son una monada —asegura. Se sienta junto a Ximena, se miran en plan pastelazo total y yo saco conclusiones.

—Huy, huy, huy... ¿No estaréis pensando...?

—Bueno, si viene, viene, hay un dormitorio disponible —me guiña un ojo mi amiga.

—¿Es por eso que os habéis cambiado de casa? —aúllo—. Bueno, no es asunto mío, haced lo que veáis mejor, pero al menor signo de preñez, ¡avisa!

—¿Qué noticias tenemos de tu novela? —Galante y hábil como pocos, Antonio cambia de tercio.

—¿La has leído? —pregunta Ximena. Él niega con la cabeza—. Deberías, es magnífica.

—Pareces la madre de la artista —bromeo.

—Se me sale el orgullo por los poros y con razón, has hecho un muy buen trabajo. Déjale el manuscrito a Antonio y así tendrás un punto de vista masculino.

—En realidad..., ya lo tengo. Mario. —Se me ponen coloradas las orejas—. Le gustó muchísimo, pero si tienes algo de tiempo que perder...

—Será un placer —acepta amable—. Yo también pienso ir a tus presentaciones con pancartas y pompones de animadora.

—Me temo que esas celebraciones quedan lejos. No se ha interesado ni una sola editorial, las únicas que me han respondido, rechazando educadamente el manuscrito, aclaran que se dedican a publicar comics o biografías de hombres ilustres.

—Igual no estás mandándolo donde debes —argumenta Ximena, sirviéndose una generosa porción de guacamole sobre una tosta.

—Eso, seguro.

—No pierdas la esperanza.

—Y no la pierdo, pero cada intentona sale tan cara... Y sin respuesta, tienes la impresión de que no has llegado a ninguna parte. Prefiero un no radical, en mayúsculas, y un tachón sobre mi lista de editoriales. Sin sí ni no, es como no poder enterrar mis cadáveres —remato amargada.

—Tómalo con tranquilidad —me anima Antonio—, ya sabes, la crisis...

—Sí, lo sé, la crisis... Es la justificación del todo. —Saco fuerzas de flaqueza para plantear un asunto espinoso, que hace tiempo me corroe. Eso sí, revestido del más falso desinterés—. Oye, Antonio, ¿sabes si Alex localizó por fin a Olga?

—¿Olga? ¿Quién es? ¿Una nueva?

Analizo a fondo sus gestos. Maldita sea, su desconcierto es sincero.

—No, en realidad, una muy vieja, su primera novia, o su primer amor, algo así. Creo que andaba como loco tratando de encontrarla en redes sociales.

Contengo el aliento mientras Ximena se pone morada con todo lo que encuentra sobre el mantel.

—Jamás en toda mi vida he oído hablar de ella. Y mira que conozco a Alex desde los catorce.

—¿No buscaba a Olga? —insisto en plan disco rayado. No hay margen para malas interpretaciones, no quiero ambigüedades.

—Que yo sepa, no. Habría comentado algo, conociéndolo, si tiene el más mínimo interés, nos habría puesto a buscar a todos.

—¿Y su primer amor?

—Se llamaba Anita.

Se me descuelga la jeta.

—¿Nada de Olga?

—Ni por asomo.

—¿Quién coño es? —Ximena decide que ya está bien de ser espectadora sin voz ni voto, e irrumpe con la delicadeza que la caracteriza.

—Según Silvia, su primera novia. Alex andaba obsesionado con ella, intentando volver...

—A ver... suena muy fuerte, pero puede que se lo haya inventado.

Se me seca la boca. Parpadeo.

—¿Con qué intención?

A eso no hay Dios iluminado que me conteste. Mis dudas siguen sin despejar.

—De todas formas, Sofía, no hay mal que por bien no venga, te has librado de Alex y no puedo decir que no me alegre.

Otro que va a decirme que era un mujeriego inconveniente y tóxico. Otro que jurará sobre la Biblia que estoy mejor lejos de su influjo demoníaco. Otro que no entiende que aún en contra de mi voluntad me enamoré, que tengo despedazado el corazón.

—Es lo que querías, ¿no? —remacha. Ahí todo encaja de una forma rara y macabra.

—¿Lo que yo quería?

—Quitártelo de encima.

—¿Cuándo lo he dicho? —A él, desde luego, nunca, jamás de los jamases.

—Alex nos comentó que su insistencia te agobiaba.

—¿Perdona...?

—¿Eso dijo? —se mofa Ximena—. Joder, qué atento a tus necesidades.

—¿Cómo dedujo algo así?

—Tú lo dijiste.

—¿Yo? ¿Yo dije eso? —Simi llega a la carrera y se enrosca en mi regazo, ya que el de Ximena lo ocupan las manos toconas de Antonio y varias bolsas de cosas fritas altas en calorías.

—Eso, o algo parecido, que acababas de salir de una relación desastrosa y que no querías líos nuevos tan pronto, que la presión de ver a Alex todos los días te estaba asfixiando...

—Esas cosas horribles jamás han salido de mi boca —musito con un hilo de voz.

—No son tan horribles, son bastante lógicas.

—Ya, el caso es que no las he dicho —recalco con las cejas juntas.

—Pues él lo daba por seguro, no me preguntes el motivo —aclarar Antonio rotundo.

—Y a Alex ¿quién lo informó? ¿Silvia, de nuevo? —aventuro conociendo de antemano la respuesta.

—Eso creo.

Aspiro aire y lo guardo en los pulmones. Atar cabos me duele más que me cuesta. Silvia. Ha sido ella todo el tiempo. Nos ha manipulado a su antojo, nos ha separado, se ha aprovechado de ser la única persona de la que Alex y yo jamás desconfiaríamos. Silvia no quería quedarse sola, no quería perder el juguete que la entretenía y boicoteó nuestra relación como quiso.

Soy una autómatas que se pone en pie y busca a ciegas su abrigo y su bolso.

—Creo que me marchó a casa, chicos, no me encuentro bien.

—Pero si apenas has comido —observa Ximena con preocupación.

—Tengo... Me duele la barriga.

—¿Te preparo una manzanilla? ¿Una sal de frutas?

Niego despacio con la cabeza. Jodida Silvia. Menuda faena. Ni por asomo me lo esperaba.

—Me vendrá bien descansar. Seguid ahí. Un beso.

#Traición

Lloro hasta vaciarme.

No pensé que descubrir esto fuese a afectarme tan hondo. Alcanzo el sofá de milagro, calculo lo indispensable para tirarme en plancha. Es mucho lo que se me ha derrumbado y la pila de escombros me pesa.

¿Por qué, Silvia? ¿Por qué?

Me envenenó la sangre con falsas historias, se cuidó de que su hermano se alejara de mí, aquellos informes urgentísimos para juicios que después no se celebraban... ¿Cómo he podido estar tan ciega? Nos ha boicoteado lo que no era, sino la endeble semilla de una relación chiquita.

En la radio suena «*People help the people*» de Birdy y me pregunto qué inconveniente habría en ser más transparentes, menos mentirosos, en evitar las puñaladas por la espalda, y que la mano que te ofrezcan sea de verdad, de las que no se deshacen al apretarlas. Menuda mierda, durmiendo con el enemigo.

Tomo una decisión drástica esa misma noche: me abrigo hasta las cejas, me monto en Martita bajo cero, maldiciendo mi tozudez y el no disponer de coche, y llego hasta el despacho de calle Larios. La decoración barroca del portal, de noche es fantasmal. Los dibujos de las molduras de escayola imponen. Entro a mi despacho y me pongo a recoger cosas a velocidad supersónica, aunque sé que a las dos de la madrugada no aparecerá nadie a interrumpirme.

Siete viajes me cuesta vaciar la mesa, los cajones, las estanterías. No me despido de nadie, solo dejo una nota a Helen en sobre cerrado, donde la invito a un chocolate en Aranda la tarde que se le antoje, para disculparme. Mientras menos sepa, menos la incordiará Silvia. Mi etapa aquí termina de la peor manera, soy una de esas heroínas de las comedias románticas americanas, con gesto pocho, ánimos por los suelos y sus pertenencias en una caja de cartón.

Qué tristeza, qué decepción.

—Pero ¿te largas así, de la noche a la mañana y nunca mejor dicho? ¿Como una ladrona furtiva, sin cantarle las cuarenta? —me reta mi amiga, toda crispada.

—No voy a darle el gusto, Ximena. No voy a pedirle explicaciones ni a cantarle nada.

—Pero ¿qué gusto ni gusto? A arrancarle los pelos, asesinarla con tus propias manos.

—Que no. Habrá llegado esta mañana y se habrá encontrado vacío el despacho. Ya tengo nueve llamadas tuyas.

—Que no habrás contestado, imagino.

—Imaginas bien.

—¿Un poquito de vudú?

Le puede la guasa. La misma guasa que no soy capaz de sentir, tratándose de Silvia. Me

dejo caer como un fardo en el sofá y sosteniendo el móvil como puedo, escondo la cara bajo los cojines. Acabo de recordar que de nuevo no tengo trabajo. Ole yo. Suena el portero electrónico de casa, me incorporo y me seco las lágrimas con el revés de la manga.

—Te dejo, Ximena, tengo visita.

—No será ella, ¿verdad...?

—Espero que no, de corazón. No tengo la menor energía para discutir.

—Porque si lo es, dejo empantanados a todos los de la sala de espera, pillo un taxi y me planto en tu casa a mantearla —juramenta con tono urgente.

—Sus razones tendrá, solo que no pienso darle oportunidad para que me las explique.

—Bien dicho. Y por favor, no te ablandes. Que te conozco, Orozco.

El pito vuelve a atacarme los nervios. Me despido veloz de Ximena y respondo con desgana. Es Mario.

—Sofía, baja a la calle un momento.

Miro mis pintas reflejadas en el espejo del recibidor y me da la risa. Una bata celeste de nubecitas, debajo el pijama de franela, desmaquillada, con ojeras y el pelo revuelto en un kiki en la coronilla.

—No estoy vestida.

—Ponte cualquier cosa, es importante, por favor —insiste—, baja.

Bufo.

Mario no tiene la culpa de nada de lo que ha pasado, no es justo pagarlo con él.

—Un segundo, tendrás que tener paciencia.

No hay tiempo para componerse la cara, pero sustituyo el pijama y la bata por unos vaqueros, un jersey grueso de ochos de cuello vuelto y unas deportivas plateadas. La verdad es que con el pelo oscuro y sin pintar, luzco un pelín siniestra.

Pongo un pie en la calle y de inmediato me arrepiento de no haber cogido también un abrigo. *Cagoentó*. ¿Dónde está la primavera?

Mario me recibe radiante en mitad de la acera, guapo como nunca, con su conjunto oficial de universidad, camisa, chaleco y americana clásica, con pantalón a juego y una parka fina encima. Le brillan los ojos como a un peque juguetero y me mira con el labio inferior entre los dientes. Le devuelvo una mirada confusa. ¿Qué se supone que me estoy perdiendo?

—¿No lo ves? —me dice pícaro.

—Pues no —farfullo—. ¿Qué se supone que debo...?

Mario se retira a la derecha y el increíble deportivo rojo queda a la vista. Mi boca atónita forma una «O» perfecta, es imposible que un humano normal no reaccione desmayándose ante semejante visión.

—¿Qué... qué hace aquí? —Recuerdo haberlo dejado luciendo en el escaparate del concesionario.

—Es tuyo. Huido del concesionario con tal de venir a buscarte.

Levanto unos ojos algo airados. De las llantas del bolido, a las pupilas de charol de Mario.

—Bromitas a estas horas de la mañana, no, por lo que más quieras.

—Un poco tarde para seguir despeinada, ¿no te parece?

Instintivamente, mi mano corre al kiki del que escapan cien mechones, y lo atusa, nerviosa.

—No he pasado por la oficina —aclaro seca.

—¿Y eso?

Joder, cuánto interrogatorio, y el *Porsche* ahí, aparcado junto a la acera, poniéndome ojitos.

—He tenido una noche movidita, necesitaba descanso —zanjo con tono firme—. Explícame esta locura absurda, por qué no está este cochazo bajo la custodia de Marcelo.

#HaceUnKaraoke?

—Creo que lo has oído muy bien. Es tu-yo —recalca. Me pongo blanca como una servilleta.

—Mario, no puedo pagar algo así ni por asomo. Me parece una broma de mal gusto que me presiones...

Mario da un paso adelante y aprieta mis hombros con las manos. Soy tan pequeñita a su lado...

—Sofía, no te estoy presionando, te lo estoy regalando.

Eso es aún peor.

—¿Cómo... dices?

Pone los ojos en blanco, estoy resultando una interlocutora muy torpe.

—Que el coche es tuyo, pero no vas a tener que pagarlo, es un regalo.

—¿Estás loco?

—No, salvo por ti, terciopelo.

Me desligo de su abrazo con un movimiento brusco.

—No puedo siquiera imaginar que un profesor de Universidad pueda costearse un capricho así, pero no voy a aceptarlo, y el que lo hayas dudado siquiera, me ofende.

—¿Te molestaste en preguntar cuánto costaba?

La pregunta me deja fuera de combate, claro.

—No, di por hecho que era carísimo...

—Los prejuicios. —Acompaña la frase con una mueca triunfal—. Los insanos prejuicios. A lo mejor te llevarías una agradable sorpresa. En cualquier caso, quiero que sepas que puedo permitírmelo.

—Muy bien, pero yo no quiero. No tenemos nada, Mario, apenas un par de citas sueltas... Y aunque fuésemos pareja... No lo aceptaría de ningún modo.

Su mirada se afila. Sé que le ha sentado peor oír que no hay nada de peso entre los dos, que el rechazo del coche.

—Es un regalo muy costoso, me abrumas, entiéndelo. Una cena, unas flores, unos bombones... ¿Por qué no puedes mantenerte dentro de lo calificado como “normal”?

—Pienso en ti, en cómo eres y en lo que te mereces.

—¡Pues te has pasado! —exploto— No merezco tanto. Devuélvelo, ya.

—No pienso hacerlo sin que des una vuelta y lo pruebes. —Cruza los brazos sobre el pecho y me mira desde arriba.

—¿Solo una vueltecita? —tanteo, mosqueada.

—Una. Larga.

—Corta. Tengo mucha plancha —atajo con un suspiro de resignación—. Venga esas llaves.

Debo admitir que conducir esta máquina es una gozada cercana al orgasmo. Repito, no soy una loca de las cuatro ruedas, pero la sensación de poderío y seguridad que transmite te vuelve majara. Si no fuese por las multas, iría bizca y dando alaridos de satisfacción. Pero la Policía Municipal campa a sus anchas por las calles, no se andan con chiquitas y el descapotable se distingue a la legua. Además, no debo encariñarme con algo que nunca podré tener.

Mira por dónde, otra cosa que devuelve a Alex a mi memoria. Igual. Me encariñé a sabiendas de que nunca sería mío. ¡A la mierda Alex! Se puede vivir sin pensar.

Freno en el mismo sitio de donde partí hace veintiséis minutos, apretando los dientes para que el entusiasmo ni se desborde, ni se note.

—En fin, ya estamos. Fin del trayecto.

—¿Y...?

—Y.

—¿No te ha gustado?

—Tampoco es para tirar cohetes, yo soy más de moto. —Abro la portezuela y me impulso fuera con las llaves de contacto en la mano— ¿Ves? Bajarse de estos coches tan bajitos cuesta un montón, hay que ser casi atleta.

—Aún eres joven, terciopelo —comenta animoso—. Entonces, qué, ¿te lo quedas?

Estamos los dos frente a frente, entre el rojo de la carrocería del *Porsche* y la pared Este de mi edificio. Le cojo la mano por la muñeca, la hago girar y dejo caer en su palma las llaves con su precioso llavero. Va a ser como arrancarme la muela del juicio.

—Ni de coña.

Soy pobre. ¿Ha quedado claro? Porque te lo puedo volver a repetir. Y llévate de aquí esta tentación rodante...

—Sofía...

—No hay negociación posible, no has debido hacer algo así, tan... tan grande, sin consultarme. No quiero un coche de lujo, no puedo mantenerlo, no sabría a dónde ir que no me lo rayaran.

En definitiva, no quiero ni pensarlo. Me está dando un ataque de ansiedad.

Mario parece compungido y muy decepcionado. Se siente.

—Pensé que te haría mucha ilusión.

—Y me la hace, el que hayas pensado en mí a estos niveles... Mario, entiéndelo.

Me acerco, mimosa, dispuesta a suavizar el mal rato. Le doy un beso cariñoso y aunque su boquita húmeda enseguida me enciende, me corto porque estamos en mitad de la calle y mi portera es muy cotilla. Él me agarra bien fuerte de la cintura y me reclama un segundo beso. Le regalo el mejor que tengo.

—No quiero discutir por algo tan fuera de lugar, estos lujos no me van.

—Diré que pasen a recogerlo —decide mortecino—. Qué planchazo.

—No, de planchazo nada, solo te has precipitado. Venga, sonrío, estamos igual que ayer, que hace un rato, que antes de que te asaltara esta mala idea. ¿Nos hacemos un karaoke esta noche?

Enarca las cejas. Le ha mutado la expresión, la tristeza parece disuelta.

—¿Un karaoke? Por amor de Dios, qué vergüenza.

—De eso nada. Un par de copas y verás cómo lo pasamos. ¿A qué hora me recoges?

Yo estaba deprimida, hecha puré emocional, no pensaba salir, solo arrebujarme en mi sofá delante de la tele a engullir helado, sola y miserable, pero me siento culpable por las calabazas que acabo de regalarle a Mario y al cochazo. Soy una chica flexible que cambia de

planes sobre la marcha.

—De acuerdo —cede—. A las nueve te recojo.

Nos despedimos con otro par de besos discretos y corro lejos del frío callejero. Subiendo en el ascensor, palpo mis bolsillos en busca de la llave de mi apartamento y me encuentro esas y otras: las del deportivo rojo aparcado frente a mi portal, que han vuelto a mí como por arte de magia.

#ElFinalDeAlgo

Lo de por arte de magia es un bonito eufemismo que encubre el hecho de que Mario, al abrazarme, haya metido a lo canalla, las llaves en mi bolsillo.

Me harto de marcar su número, pero salta la operadora con su voz metálica anunciando el consabido «apagado o fuera de cobertura» que me saca de quicio, y solo acierto a matar mis nervios con un mensaje con muchas caritas hirviendo de irritación, que gritan:

«¡¡¡Ya te valeeeeeeee!!!»

Esto no va a quedar así, desde luego que no. Me meto en el baño, me compongo la cara, me cepillo la melena, un poco de *gloss* en los labios y cambio las deportivas por unas *slippers*. Esta vez no se me ocurre olvidar el chaquetón. Bajo a toda pastilla y encuentro un corrillo de curiosos admirando el deportivo, y a mi portera apartándolos a escobazos. Me abro hueco a empujones y cuando me siento en el asiento que se ajusta a mi cuerpo como una plantilla de silicona, sé que me va a dar una pena horrible devolverlo. Hasta el sol se apiada de nosotros y sale por entre las nubes, devolviendo a lo que queda de tarde una tímida apariencia primaveral, que hace del paseo hasta Cerrado de Calderón, una delicia.

—Es por Martita, por Martita —me repito como un mantra acelerado. Mis pies bailotean con los pedales, las marchas entran solas con una suavidad que enloquece. ¡Este coche es un milagro que mis manos no volverán a gozar en la vida!

Pero no es por mi Vespa, de más lo sé. Es por Mario.

Querría entender a qué viene este exceso. Por muy barato que le haya salido, por mucho arreglo que le haya hecho Marcelo en nombre de la amistad, ¿qué clase de control cree ejercer sobre mí para venir con semejante regalo desproporcionado? No somos novios ni nada parecido. No puedo apretar el lazo más de lo que debo, Mario me gusta, el sexo es genial, me relaja su conversación, hasta cuida de mí, pero no caeré en un enamoramiento precipitado y ciego que me lleve derechita al sufrimiento. No otra vez, cuando Alex aún pulula cada noche en mi mente, negándose a abandonarla.

Freno en la puerta del establecimiento. Todo parece muy tranquilo, debe de estar muy cerca la hora del cierre. Tomo aire, lleno los pulmones, me armo de valor y traspaso el umbral sin despedirme del *Porsche*.

Sería pedir demasiado.

—Buenas tarde, vengo a devolver ese coche —le digo al primer dependiente que me encuentro. No pienso preguntar por Marcelo, ese hombre y toda su pompa, me intimidan—. Ese de ahí fuera.

—¿El 911? —indaga incrédulo.

—El mismo. Verá me lo han regalado... y no lo quiero.

No puedes creerlo, lo sé, me digo. Yo tampoco.

—Por eso le agradecería que no entrásemos en detalles, no quiero saber quién ni cómo ni cuánto. Solo que me recepcione las llaves y me dé un recibo. Por favor.

—¿Está segura? —balbucea boquiabierto.

Yo aprieto las piernas una con otra como si me hiciera pis.

—Muy segura. Dese prisa.

El hombre, pasmado, se retira hasta su escritorio y teclea en el ordenador. Estoy tentada de indicarle que extienda el recibo a nombre de la mayor imbécil de Málaga, pero no es necesario retorcer los dedos en la herida. Aguardo y me impaciento, miro frenética a uno y otro lado, temiendo ver aparecer a Marcelo con una guadaña en la mano, pero el concesionario es una balsa de aceite solitaria. Sobre todo, eso. No detecto un alma en los alrededores.

—Estaba a punto de cerrar, de hecho, todos se han marchado, solo quedo yo —explica el dependiente, como si me leyera el pensamiento—. Guardaré el coche e informaré a mi jefe mañana por la mañana.

Abandona la mesa, viene hacia mí con un papel apaisado en la mano. Lleva rúbrica y el sello de la empresa y da fe de la estupidez que acabo de cometer.

—¿Es todo? —pregunta sin dejar atrás su aire de incrédulo.

—Todo. —Trago saliva—. Muchísimas gracias. ¿Sería tan amable de llamarme un taxi? —Imprimo ritmo a mis zapatos, muy dispuesta a salir por la puerta, cuando de repente derrapo y vuelvo sobre mis pasos—. Mire, no, voy a llevarme ese Smart de ahí, el naranja. ¿Cuánto cuesta?

—Cuatro mil euros —informa catatónico.

—Pues voy a pagárselo en tres veces, espero que no haya problema.

No solo no se ha atrevido a decirme que lo hubiera, sino que salgo del concesionario con un flamante utilitario con el que sí me identifico y sin desembolsar un duro de momento, ¡a crédito hasta el primer plazo!

Opción uno: se ha pensado que estoy *muuu* loca y lo he «acongojado».

Opción dos, puedo dar por superado el estado de idioticia absoluta en que me sumió mi embobamiento por Alex, y Sofía la guerrera, ha vuelto. Voto por lo último a pesar del martilleo de recuerdos.

Ahora lo que estoy, es muy enfadada por el truco sucio de Mario, por haberme obligado a devolver el otro coche, ha sido como despellejarme viva. Lo bueno es que él no lo sabrá hasta mañana por la mañana, cuando el intrigante Marcelo ponga el grito en el cielo y lo llame para preguntarle dónde ha encontrado este pedazo de cretina simpar. Hasta que eso ocurra, estoy a salvo de su desconsuelo. Pero claro, la que tiene que saberlo, yo misma, lo sabe y no veas lo mal que sienta.

Alex otra vez. Alex por todas partes. Alex llenándolo todo.

¿Qué estará haciendo ahora? Y sobre todo ¿encima de quién?

Él jamás se habría descolgado regalándome un coche así, por las buenas, ni siquiera después de muchos meses de vernos. No fue tanto tiempo en realidad, entre viajes y ausencias, entre discusiones y polvos alucinantes, no se acercó al año ni nada parecido, ¿cómo se me ha metido tan adentro?

No debí quererlo, no debí permitir que pasara.

Recojo un par de lágrimas con la punta de los dedos. Todavía voy y me estrello el día que

estreno el Smart. Eso es, ni más ni menos, lo ocurrido, me enamoré de todo él como una loca desamparada, y ahora pago las consecuencias. Mis manos se aferran al volante. Qué mono es, qué redondito y del tamaño justo. No, la vida sigue y yo también, con mis miserias, con mis vacíos y con este llanto insolente que se me escapa cada dos por tres.

De vuelta en casa, me depilo a fondo, me pinto las uñas en color morado intenso con un botecito que venía de regalo con una revista, y me cuelo dentro de un vestido escotado rosa palo. Tengo que conseguir no pronunciar una palabra esta noche acerca de la encerrona con el coche. Tapas, karaoke, hacer un poco el ganso y un polvete, que es viernes.

Eso sí, dormir, duermo en casa.

#MiPropiaTrampa

Alex

Si me comporto como un insensato, a nadie le importa salvo a mí mismo.

Alguna de las barbaridades que en su día escupí a Camila, darían en diana, porque desapareció de mi vida, no volvió a molestar. Sin embargo, coincidiendo con la marcha definitiva de Sofía, unas semanas más tarde, como si hubiese presentido mi disponibilidad, mi francesita volvió a las andadas.

Mensajes, llamadas, cebos preñados de mentiras, situaciones de necesidad extrema que solo yo podía resolver... No caí en ninguna de sus trampas, ella misma me ha adiestrado para esquivarla. No le permití pasar de nuevo, no dejé resquicio por el que colarse.

Y ahora, en contra de todo lo que he construido tan lentamente, voy y la llamo.

Le digo que venga a poner pomadas y bálsamos sobre mi corazón *partío*. El universo entero parece estar precipitándose sobre mi cabeza. La misma cabeza que Sofía me ha hecho perder. Me estoy volviendo loco, no puedo pensar en otra cosa que no sea esa chica, que apenas ha pasado como una ráfaga para mancharme eternamente. En sus largos cabellos rubios, ahora oscuros, en los que me gustaría hundir la cara. En su personalidad fascinante, inteligente y perspicaz. En sus pechos redondos, en su breve cintura. No dejo de fantasearla perdidamente enamorada de mí. Porque hubo un tiempo en que cada noche, dormía con la piel sellada por su tacto. Sus dedos y sus manos me han recorrido hasta marcarme. Sus labios y su lengua me han hecho suyo una y otra vez, y su sexo y el mío ya se conocían más que íntimamente. Era alucinante aquel correteo de hormigas alrededor del estómago, nada más olerla.

Y es que en realidad, no eres nadie hasta que alguien te ama con esa entrega.

El timbre de la puerta me saca de mis ensoñaciones. Cruzo una mirada llena de significado con mi iguana, que corre a esconderse en su terrario. No traga a Camila y las simpatías son mutuas. Detrás de esa puerta, aguarda una mujer dominada por el ansia y el deseo. Vestida con una gabardina clásica y zapatos de tacón. Mientras me saluda con un ronroneo seductor, advierto que no lleva medias.

—Cómo me alegro de verte —creo que dice.

Cierra la puerta y no nos hemos besado. Ni rozado siquiera. Sonríe burlona como si supiera algo que para mí está oculto. Yo estoy casi borracho, en el proceso de espera, he bebido hasta saciarme.

—Ya era hora de que me llamasen. He esperado este momento —desliza los dedos sinuosos por entre los botones de su ropa— cada segundo... de cada minuto... de cada día que he estado sin ti.

Conforme avanza, va desabrochándose la gabardina. No hay que ser un genio para adivinar qué pasará a continuación: bajo el abrigo, Camila está completamente desnuda. Recorro

de espaldas los metros que me separan del salón, del sofá, y ella me persigue como una serpiente cazadora. La gabardina resbala desde los hombros hasta el suelo y su piel se libera sin nada que la tape. Solo lleva puestos los zapatos. Sus ojos devoradores me recorren ávidos.

—Te voy a chupar hasta la etiqueta de la camisa.

Choco contra el borde del sofá y sin perder la sonrisa torcida que oculta mi dolor, me dejo caer. El único plan que tengo es olvidar. Pasarlo bien y borrar su imagen de mi cerebro. Pero el cuadro es enorme, lo tengo enfrente, colgado en la pared, y desde allí me reta.

Camila suelta los botones de mi bragueta, tira fuerte de los pantalones y arrastra los bóxer de camino. Mi miembro va por libre, siempre lo digo. Aquí estoy yo, sufriendo atormentado por Sofía, y él se alza hinchado, orgulloso y hambriento. Camila se relame solo con verlo. Lo coge por la base con una confianza que me irrita, y a continuación suma la segunda mano a mitad del tronco. Arrima la boca entreabierta, y es entonces cuando se fija en que mis ojos no la miran a ella.

Se detiene a medio camino y mira por encima del hombro. Descubrir el rostro de otra a gran escala dominándolo todo, incluso nuestro acto de intimidad, la enfurece. Suelta su presa, que continua erecta, se incorpora y emite un chirriante sonido con la garganta.

—¿Qué hace ella aquí?

—No empecemos, no es más que un cuadro —indico taciturno.

—Quítalo. ¡Quítalo de mi vista! —me exige. Mueve las piernas y los brazos como si estuviese poseída. Da miedito.

O me mantengo firme durante esta prueba de fuego, o volveremos al comienzo de mis desgracias.

—No va a salir de esa pared, si tanto te molesta puedes marcharte —sentencio imperativo, sin perder la compostura.

Por un momento hasta me asusto, sé que lo está viendo todo rojo, la conozco, libra una batalla con su yo infernal que pugna por coger lo primero afilado que encuentre y destrozar el cuadro a puñaladas. Sin embargo, las cosas ya no son como antes, su vínculo conmigo es frágil y no quiere arriesgarse a que una de sus explosiones destruya lo que cree acabado de empezar. La observo impasible. Se le distorsiona y enrojece la cara, se descompone como si fuera a convertirse en otra cosa. Luego se calma, entierra los ojos en la alfombra, hila unas cuantas respiraciones profundas y parece que se tranquiliza. Mi gesto debe indicarle una valentía a prueba de manipulaciones. Y es muy lista.

Pero me dedica una sonrisa que pone los pelos de punta.

—Vale, no es más que el dibujo de una cara. No es ella, sino yo la que está aquí desnuda, y la que va a disfrutar de ti.

Se me tensa el cuerpo cuando tira de mi mano y me arrastra hacia la cama.

—Es solo un cuadro... —repito en un siseo nervioso.

Para cuando acaba su frase, yo ya he decidido que no me acostaré con ella. No me fío. Ahora soy consciente de los verdaderos desequilibrios de Camila y me pregunto cómo he permitido que entre por esa puerta, cuando hay mil chicas que podrían gestionarme el calentón. Ha sido el alcohol. El alcohol, mi mala cabeza y el maldito recuerdo de Sofía que todo lo confunde.

—Mira —la paro—, tengo una idea mucho mejor. Vámonos de juerga.

—La juerga nos la podemos montar en casa —dice echándome los brazos al cuello. La sujeto por las muñecas y la mantengo en vilo.

—Al karaoke —propongo, preso de una felicidad que no me creo ni yo.

—¿Al karaoke? Ya me llevaste una vez, no me gusta.

—Pero a mí sí. Tengo ganas de desmadrarme, cantar y hacer el ridículo.

—¿No quieres follar?

—Se me han quitado las ganas. Pero no para luego —la contengo—. Quiero liarla parda, tú dirás si me acompañas o no. —Me dirijo a ella con una indiferencia que debería ofenderla más que un insulto, pero no le da la gana sentirse aludida. Lo que quiero es que se marche, no sé cómo quitármela de encima, ahora que yo mismo la he traído.

Con las mandíbulas encajadas pero obediente, Camila se pone en pie con la decepción pintada en el rostro, y lentamente va recogiendo su gabardina y vistiéndose. Disfruto del espectáculo con una mueca ausente bastante odiosa. Cuando está lista, doy un salto fuera de la cama.

—Nos vamos.

—Cuando quieras —acepta, fúnebre como un entierro.

—Pasaremos por tu casa para que puedas ponerte algo, que se te va a enfriar el culo.

Caigo en mi propia trampa, lo sé desde que separo las piernas y me apoyo en el lomo de la moto. Si he elegido el local del karaoke no es por casualidad, estuve allí con Sofía y lo pasamos de vicio. Y allá vuelvo, cual cordero al redil o a que lo degüellen. El aire estará impregnado con su aroma, porque el halo de una mujer especial sigue flotando, envolviendo, mucho después de que ella se haya ido. Entrás y enseguida notas las partículas suspendidas de alguien que fue, estuvo, y te emocionó.

En otro orden de cosas, el local en sí no tiene nada de extraordinario, es un tugurio encajonado al final de un callejón de bloques decimonónicos en el centro de Málaga. Sé que Camila refunfuña para adentro, no quiere llevarme la contraria, pero le fastidia el repentino cambio de planes y aprovecha el viajecito en moto para manosearme el paquete y ponerme histérico.

No soporto que me toque.

Mis sensaciones, agudizadas al máximo, oscilan como un carrusel desconcertante hasta para mí. El aburrimiento que me provoca casi todo, me enfada. Digo que quiero salir y divertirme, aunque es falso. Lo que quiero es estar con ella.

Eso o morir. Será porque la vida, jamás hasta ahora, me había negado un capricho.

Entramos al garito donde siempre hay alguien más borracho que tú, micrófono en mano, desgañitándose. Encaro la barra y sin consultar con mi acompañante, pido dos cervezas. Estoy de un humor de perros.

—Oye... —arranca Camila. Respondo elevando las cejas y pasándole una jarra—
¿Podemos... intentarlo de nuevo?

#SufriendoComoUnCabrón

Suelto una carcajada que brota de la zona negra del alma. Creo que es lo único realmente sincero que me sale en semanas.

—Camila, por favor, baja a tierra.

—Eso ¿qué quiere decir?

—Que ya lo intentamos hasta desgastarlo. Que está finiquitado. Que me jode tener que repetirlo cada vez que nos vemos.

—Pero seguimos juntos —insiste. Yo miro al fondo de la sala.

—No —corrijo mordaz—, no seguimos, no estamos. Tú me persigues y yo me dejo, o yo te llamo y tú acudes. Podemos pasarlo bien juntos, pero nada de compromisos.

Me mira con un brillo perverso en los ojos.

—Olvidalo —remacho. Que quede meridianamente claro.

—Cómo has cambiado...

—¿Por? ¿Porque ya no soy el mismo gilipollas al que manejabas con tus dramas y tus chantajes emocionales?

—Todo a partir de ella —masca con odio. Sé muy bien a quién se refiere. Me llevo la jarra a los labios y alivio mi sed con un largo trago.

—Todo a partir de que uno despierta un día de repente, y percibe lo equivocado que estaba. He roto el lazo tóxico que me ataba a ti. —Me recreo en cada palabra, debo estar experimentando una especie de venganza inconsciente por tanta bronca que he soportado mientras estábamos juntos.

—Bien que te gustaba, bien que lo pasábamos. Y decías que me querías —murmura con un deje desesperado.

Le acaricio la mejilla con el dorso de la mano y enternezco el tono.

—No quiero hacerte daño, Camila, de verdad que no quiero. Pero tonterías he dicho muchas, ya es hora de ir con la verdad por delante. Un rato de revolcones es lo máximo que puedo ofrecerte. Si no te basta, cosa que entiendo y respeto, será mejor que no volvamos a vernos porque acabaré jodiéndote en todos los sentidos.

La mirada a ratos infantil de Camila se oscurece, se vuelve turbia. Puede que no debiera ser tan radical, pero no pienso alargar más esta farsa.

Entonces, para mi desgracia, la veo.

Joder, está preciosa. Una tentación subida a unos tacones, con un vestido de vuelo años cincuenta súperfemenino que envuelve sus caderas y de inmediato me hace perder la cabeza. Tira

de la mano de su acompañante, el pijo repeinado de mierda, y entre risas lo obliga a subir al escenario. La música arranca y los veo compartir micrófono. Para mí, supone que junten las cabezas más de lo soportable.

Pierdo la noción de todo cuanto me rodea. Esa cara, esos ojos de plata se lo comen todo, me absorbe y me hipnotiza, y cuando «*Beds are burning*» empieza a sonar, el incitante contoneo de la cintura de Sofía, el recuerdo de su boca deseable y jugosa retándome con un helado, me corroe las entrañas. Detecto entre ellos una complicidad que me quema. Alguien debería bajarla de ahí enseguida, como sea. Moverse de esa forma en público es una atrocidad pornográfica que debería penarse con cadena perpetua.

Miro al tipo que la abraza, sin contener mis ganas de tumbarlo de un puñetazo o estrangularlo con una correa vieja. Cabrón estirado, señoritingo de mierda. ¿Así te gustan Sofía? ¿Con camisita abrochada y pantalón de pinzas? Menudo imbécil, seguro que conduce un Mercedes de esos pequeñitos, como de tía. Qué asco me da, me cago en todos los clavos de una puerta de cortijo. ¡Una hoguera! Y que me lo traigan, que lo quemo dentro. Los eróticos acordes de *Midnight Oil* se suceden y Sofía no repara en mi presencia. Parece estar pasándolo en grande.

«*La verdad es la verdad, cómo dormir mientras las camas arden*».

Casi no puedo soportar la llama que me abrasa a la altura del ombligo. Cuando les doy la espalda, jodido y con la mandíbula tensa, Camila me juzga desafiante, a punto de estallar.

—¿Por eso tanto interés en venir?

—No tenía ni puta idea de que iba a encontrármela, joder, si lo sé ni aparezco.

—Te descoloca.

—Nada más olerla —admito en un arrebato de apasionada sinceridad—. Y me temo que así será por mucho tiempo.

Suelto la jarra vacía con un golpe y pido un whisky doble. Más alcohol que acumular al que ya traigo puesto de casa. Estoy tan bebido que debería olvidarme de conducir, volver en taxi a dormir el despecho y la mona.

—Nunca imaginé una tía con tanto poder —agrega Camila—, yo que te creía inmune.

Rio sin ganas.

—Como ves, nunca es tarde para equivocarse.

Saboreo un largo trago y los miro de reajo. Ahí siguen, acaramelados cantando a coro. Restregándose como chimpancés en celo mientras el público, que bien podría dedicarse a morder candados, los aplaude. Y de repente, ocurre.

Mientras me hundo apabullado en el destello de esos extraños ojos de gata plateada, la amo tanto que me olvido de mí mismo y todo lo que quiero es que sea feliz. Aunque esa felicidad la aleje y la entregue a los brazos de otro. No soy lo bastante bueno, no soy especial. Me lameré las heridas solo, porque no supe elegir su momento. Ni siquiera sé si supe elegir el mío.

—Alex, ¿te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor —respondo sin dedicarle una mirada a Camila.

—Vámonos.

—Vete tú. Vete tú sola.

—Ni hablar. He venido contigo, me marcharé contigo.

—Si sales por esa puerta empezaré a oír violines —digo solo para cabrearla.

Me fastidia que en lugar de furiosa esté perpleja. No obstante, mi invitación es un pinchazo de alfiler.

—Vete a la mierda, cabrón.

Me río de medio lado. Miro mi camiseta blanca, mi camisa vaquera encima, y mi

chaquetón marinero con el cuello subido. No sé lo que es un peine, llevo el pelo revuelto y los labios hinchados por la borrachera y los mordiscos de Camila. Doy el tipo de malote, nada que ver con ese dandi que se debe estar beneficiando a Sofía. Se lanzan miradas empalagosas y a pesar del bullicio alrededor, parecen disponer de su propio mundo.

Ostias, estoy hundido y frustrado.

—Me largo —resuelvo por fin. Debí decidirlo hace mucho, no sé qué inexplicable vena masoquista ha atornillado mis pies al suelo y me ha mantenido aquí, desangrándome durante cuatro minutos que han parecido cuatro días.

Dejo un billete de cincuenta en la barra y salgo sin mirar atrás. Camila es, seguramente, la dueña del taconeo apresurado que me persigue. Voy ciego de coraje.

—Oye, ¿esto es todo?

—¿Todo, Camila? ¿Todo qué?

—Mírame cuando te hablo —ruge.

Ya estamos. Esas órdenes son viejas, llegan tarde. Saco otro billete arrugado del bolsillo del vaquero y se lo ofrezco.

—Mira, toma y pillá un taxi, será lo mejor, vete a casa.

—¡No quiero tu dinero de mierda! —arroja los euros al suelo húmedo— ¿Para qué me has llamado? ¿Para humillarme?

Levanto ambas manos y muestro las palmas en son de paz.

—Ya sabes que no estoy cuerdo, no vuelvas a hacerme caso —mascullo esquivando sus ojos.

Noto que me aferra un brazo, me clava las uñas, pero como si oyera llover. Escapo con facilidad.

—Alex, para. ¡Para! Tenemos que hablar.

—Paso. Quiero dormir.

—Iré contigo, no te dejaré solo, cuidaré de ti, cariño.

Sus frases me llegan en bucles de ecos entrecortados, es una lata, no entiendo lo que dice, es solo ruido molesto.

—Camila, te lo ruego, márchate. Ahora mismo soy la peor compañía que te puedes buscar.

—No me importa, Alex, las hemos pasado peores. Y las hemos superado.

Alarga los dedos temblorosos, trata de cazarme, pero me zafo de un manotazo.

—¡He dicho que me dejes!

Estamos en plena calle y todo el mundo ha debido escuchar mi aullido de lobo moribundo, lo que pasa es que a nadie le importa. Las pupilas de Camila pierden el ruego, la compasión y la poca dulzura que guardaban. Ahora sé que me desea la muerte lenta, entre terribles sufrimientos.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Este numerito... hacía falta? ¿Por qué ella? ¿Qué tiene esa zorra de especial? ¡Dime! ¡Dímelo! ¿Qué tiene? ¿Qué?

—Olvídalo, ni estoy con ella ni volveré a estar, pero tampoco contigo. Necesito estar solo de verdad, solo. Sin interferencias.

—¡Pero me has llamado!

Mis manos crispadas se agarran a los mechones de mi propio pelo. Me los arrancaría si pudiera.

—¡Cometí un error! ¿Vale? ¡Un error, Camila! —grito, ya sin importarme sus lágrimas que acuden en tropel— ¡Un error de tantos! ¡Óyeme! —la cojo por los hombros y la zarandeo,

un poco brusco—. Si vuelvo a llamarte, huye bien lejos, no me hagas ni puto caso, no estoy bien...

No llego a terminar mi retahíla de disculpas. Camila se abalanza contra mí y me abraza. Sus brazos se enredan en mi cuello, sus pechos grandes se aprietan contra mi torso, estampa ansiosa su boca con la mía, me roba con su ímpetu el derecho de réplica. Primero pienso en huir, pero luego descubro que la discusión, como otras veces, como siempre, ha disparado mi adrenalina y me ha puesto cachondo.

La arrastro hasta un portal cercano, decidido a despedirme como Dios manda.

#ParaLuegoEsTarde

Sofía

Solo a mí se me ocurre probar anoche un café turco después de la cena y el karaoke.

Digo yo, qué falta me hacía, diablos, tengo los ojos como la lechuza de Harry Potter, he visto pasar por mi reloj todas las franjas horarias de la noche. Si al menos no me hubiera puesto tan cabezona con lo de dormir en casa, le habría dado mejor ocupación al insomnio, habría «chingado» con Mario sin compasión hasta desmayarme, pero no. Tuve que empeñarme en coger un taxi a las cinco de la madrugada, para llegar a un apartamento desangelado y sin calefacción, que me recibió con los brazos en jarras. Hay que ser mema.

Ya ha amanecido y me duele hasta el carné de identidad. Miro el techo donde un día pegué estrellitas adhesivas de esas que brillan en la oscuridad. Cierro alternativamente uno y otro ojo, hago guiños y rememoro lo gracioso que estuvo Mario dándolo todo en el escenario, con lo tímido que es, menudo mérito. Y cómo nos aplaudieron.

Íbamos un poco borrachos, lo admito, pero fue una noche memorable que de repente, ya sobria, me recuerda a otra. Meses atrás, con una compañía bien distinta. El efecto letal de cualquier roce casual de Alex con pequeños trozos de mi piel. Una sacudida, temblores que me recorrían la columna y me hacían soñar.

El *bipbip* del móvil me advierte de la llegada de un mensaje.

«Muy mal, señorita, muy mal lo del coche»

Uissss. Ya estaba tardando.

«Peor que me colases las llaves a traición» respondo.

«Era un regalo» insiste.

«Te pasaste tres pueblos y lo sabes. No voy a aceptarlo, te pongas como te pongas»

«Deja al menos que pague la mierda de Smart...»

Enfadada, marco su número.

—A ver... —contesta con parsimonia y una chispa de humor.

—No es ninguna mierda, es un cochecito monísimo al que ya incluso, he cogido cariño.

—No irás a comparar.

—No, desde luego —lo corto—, este es mucho mejor, más yo. No tengo cara de *Porsche*, Mario, lo siento, no me explico a qué ha venido ese despropósito tuyo.

—Bien, acepto que soy un incomprendido. No volveré a sacar el tema.

Sé que no puedo verlo, pero apuesto mi vida a que está dibujando un puchero con sus labios encantadores. ¡Me lo como!

—Te lo agradezco —afirmo muy seria.

—¿Comemos?

—Tengo mucho lío —miento—, mejor picamos algo por la noche, aprovechando que es sábado.

No entiendo por qué me niego. Se ha tomado con deportividad el trago del regalo despreciado, anoche la pasamos separados, y yo no tengo nada que hacer con mi día, salvo esquivar las llamadas de Silvia, que son tan insistentes que si el número no me suena o es privado, no respondo. Sus mensajes se suceden, del tipo «*Ya me contarás que ha pasado*» o «*Necesito una explicación*».

Que no me la pida porque no me apetece tener que escupirle mis quejas a la cara. Mala amiga, hipócrita y traidora.

Me estiro entre las sábanas y aunque son las tantas, parece que después de una noche infernal, la modorra llega y me voy quedando sopa. Le quito el volumen al móvil. A dormir, que para luego es tarde.

#PerdermeDelMapa

Alex

Recuerdo el vergonzoso episodio en el portal y se me eriza la piel.

De acuerdo que Camila ha comprado todos los boletos disponibles para perder mi respeto, pero mi comportamiento de anoche solo puede calificarse de miserable. Espero que al menos, caer tan bajo haya servido para abrirle de una vez por todas los ojos y no vuelva más.

Haga lo que haga, no me incumbe. He decidido marcharme fuera una temporada. Hay unas obras en Sevilla que nadie en el estudio quiere ir a revisar, hemos huido por sistema del encargo como de una patata caliente, por ser un edificio público que te obliga a bregar con políticos, más ignorantes que caprichosos (y caprichosos lo son un rato), con una colección de cambios de última hora con los que joderte la vida. Asumiré esa tarea personalmente, no importan las semanas que suponga, la mudanza, los contratiempos y molestias.

Necesito aire, me estoy ahogando.

Son las diez de la mañana, a duras penas soporto el dolor de cabeza y la vieja fórmula antiresaca de los dos Actron juntos, se burla de mí, no me hace ningún efecto, es como si las capas de hueso se estuvieran desprendiendo poco a poco. Anoche me porté como un auténtico canalla con Camila.

Las muchas cuentas que tenemos pendientes no son excusa, me aproveché de su deseo para empotrarla en aquel portal húmedo y casi tenebroso, permití que se bajase las medias, no le di opción, la puse de cara a la pared, aparté el encaje de las bragas y se la metí de un solo golpe. La cuestión no es si ella lo buscaba o no, gimió de gusto, pero solo porque es muy masoca y le va la caña.

No le regalé besos, ni caricias, solo un abrazo tipo cepo para inmovilizarla. Bombeé hasta correrme y luego la obligué a aceptar el dinero y el taxi que yo mismo detuve. No hubo despedidas y sí lágrimas. Espero no volver a verla en mi vida, me recordaría de forma constante los reproches que ahora me hago.

Si algo ha caracterizado nuestros encuentros cuerpo a cuerpo, ha sido el salvajismo, los arrebatos de febril demencia, el haber perdido la capacidad de amar sosegadamente, con generosidad, mirando por las necesidades del otro, sin brutalidad, con un latido de eso que llaman «ser sensible».

Un *click* retumba en mi dolorida cabeza. Luego otro, y otro. Las piezas del puzle empiezan a encajar. He trasladado mi ferocidad, mi forma de poseer, a mis encuentros con Sofía. Eso es lo que no ha podido soportar, por eso huyó. Por mi incapacidad para mostrarme humano más allá de mi parte animal apareándose. Por mi necesidad de pelea para ponerme a tono.

La he espantado, debí estar ciego cerebral para no verlo. Ahora tengo aún más claro mi deseo de que sea feliz... en la distancia.

Tengo que hacer las maletas y perderme del mapa.

#MiNovelaLesImportaUnCarajo

Sofía

Tenemos delante un surtido de platos con embutidos ibéricos, regados con vino dulce de Málaga, y decido que llegó el momento de contarle a Mario mis desacuerdos con Silvia. Por encima, claro, sin demasiados detalles sentimentaloides.

—En resumidas cuentas, ya no tienes donde trabajar —comenta cuando me callo.

Frunzo el ceño, vaya forma de sintetizar y darme en los dientes con el resumen.

—No tengo dónde pasar consulta —matizo dolida—, sigo pudiendo trabajar donde me apetezca, y del gimnasio no me han echado.

—Del despacho tampoco, según veo.

—No, cierto, de la oficina me he marchado yo.

—Pero Silvia y tú erais tan amigas, hablabas de ella continuamente.

¡Jesús, no me lo recuerdes! Qué pinchazo amargo en la boca del estómago. ¡La idolatraba!

—Igual era yo la única que creí en nuestra amistad. Por detrás no es que me haya sido fiel precisamente.

—Bien —se retrepa sin alterarse—, seguro que encuentras otra cosa.

—Tampoco era muy feliz. Supongo que a partir de ahora mi vida va a convertirse en una apasionante sucesión de currículos llenos de tachones. —Suspiro como si el mundo me entrase por la nariz—. Voy a tomarme un pequeño descanso, lo que queda de mes para dedicarlo a la novela. —La segunda punzada es más honda y violenta si cabe—. Ninguna editorial la quiere.

Me entran ganas de llorar, Mario debe notarlo porque se apresura a cogerme la mano y pasear su pulgar por las montañitas que forman mis nudillos.

—Eso es imposible, es buena, muy buena, algo debes estar haciendo mal.

—Ni siquiera me contestan. La mando por correo y...

—¿El tocho completo?

—Impreso en papel, sí. —Me limpio con disimulo una lágrima.

—¿Sin nada más?

Me pico en el acto. Buena soy yo.

—No, con un sobre de burbujitas y una portada preciosa.

—Me refiero a sin carta de presentación.

—¿Y eso para qué?

—Perdona, no te ofendas, pero eres una desconocida, Sofía, tus manuscritos irán directos a una papelera.

Apoyo los brazos en la mesa y escondo la cara, horrorizada, entre ellos.

—¡No digas eso! ¡Cada copia encuadernada me cuesta setenta eurazos!

Por lo visto, mi ruinosa situación financiera no parece tener demasiada importancia, a juicio del señor Vallés.

—Vamos a recomenzar dando los pasos adecuados. ¿Te parece?

Bufo y con el resoplido, un mechón de mi melena vuela en libertad.

—Me rindo a tus recomendaciones, soy un desastre hasta para mí misma.

La mano de Mario que antes espanté se posa reconfortante y cálida en mi antebrazo. Le agradezco que no haya vuelto a mencionar el temita del descapotable. *Tengo un Smart monísimo, tengo un Smart monísimo*, me repito para alejar fantasmas de carrocería roja.

—Vas a sacar de internet un listado...

—¡De editoriales! —lo corto impaciente por demostrar algo de iniciativa— Ya lo he hecho.

—De agentes literarios —prosigue, paciente, como si no hubiera oído mi patochada.

—Ah, me callo, eso lo tengo por hacer.

—...Y les vas a enviar un mail con una carta de presentación lo más tú posible y los tres primeros capítulos de la novela junto con la sinopsis.

—¿Qué hace nadie con tres capítulos?

—Se hace una idea. Es más que suficiente.

Me rasco pensativa la barbilla.

—Suená barato. —Sonrío con alivio.

—Lo es. Y efectivo. No les robas mucho tiempo y solo te responderá el que esté de verdad interesado en lo que ofreces.

Me inclino sobre la mesa con aires de desequilibrada ansiosa.

—Qué fascinante, sigue.

—Pues no hay mucho más, preparar una buena síntesis...

—Y morirme de aburrimiento mientras espero contestaciones. Si es que contestan.

—No necesariamente.

Huy. Esa sonrisa picarona y misteriosa... Levanto interesada el rostro.

—Me lo debes después del desprecio del coche.

—Mira que te veo venir —me tenso.

Mario no responde de inmediato. Suelta esa media sonrisa inocente que me resulta irresistible y pone encima de la mesa dos billetes de avión.

Pestaño. Me atraganto. Bailan las letras delante de mis ojos.

—¿Boston?

—Y de ahí al resto del planeta. Si me haces los honores...

Siento que la emoción se abre paso y conquista hasta la última esquinita de mi organismo. La ilusión de mi vida, mi sueño dorado. Pero no. Bajo ningún concepto.

—Mario... No... no puedo aceptar, esto es...

—¿Lo que más ilusión te hace?

—Es caro, es muy caro. Y yo no...

—Somos amigos —me anima con su resplandeciente sonrisa—, dos buenos amigos que se gustan y que se están conociendo. Y el viaje, una simple escapada, un puñado de días, lo pasaremos bien, nos traeremos los móviles repletos de fotos y un millón de recuerdos inolvidables. ¿Por qué no?

Eso, ¿por qué no? No es un coche, puedo decir que sí, total, tendré que compartir cama y

habitación de hotel, no es nuevo, me gusta Mario y recorrer el mundo me gusta aún más. Pero...

—No puedo —artículo con apenas un hilo de voz.

—No te oigo.

—Que no puedo, que no voy, que no vamos. Es demasiado. Espero que me respetes y no insistas.

Y también, que entienda el sacrificio de negarme. Mario levanta una mano y como comprendo su gesto, chocamos los cinco en una complicada coreografía que vamos inventando sobre la marcha.

Sí, me alegro de no haber aceptado. Me quitaría de en medio, me alejaría de Silvia, de rendirle cuentas, y del recuerdo de Alex. Me tomaría un merecido respiro, pero apretaría con Mario unos lazos de intimidad muy por encima de los que de momento deseo.

Hay pasos que simplemente, no deben darse.

Lo cambiamos por un fin de semana completo en su apartamento, cuyas primeras horas invertimos en redactar esa carta de presentación literaria, sinopsis y capítulos. Mario es un chico diez que se me va colando dentro sin pedir permiso, lo admito.

Los mensajes de reproche de Silvia se suceden, aunque es curioso que no me llame ni aparezca por la puerta. O tiene sucia la conciencia, o adivina lo que ha pasado. En cualquier caso, puede que mi forma de resolver haya sido ruda y equivocada, pero ella se esconde por algún motivo que no estoy interesada en averiguar.

#UnaTurbadoraMezcla

Pasamos la primera noche juntos en el piso de Mario, y la mañana llega cuando menos se la espera.

Nos dieron las tres de la madrugada; al rozar la cama experimenté en mis propias carnes la tentación de tener a alguien tan deseable como él, acostado cerca. Acabé desnuda como vine al mundo, y en sus brazos, completamente entregada primero, excitada y caliente después.

No fue tan simple, para animarme seguí todo un ritual de provocación con el que llegué a sentirme diosa recién coronada. Cuando terminé de desmaquillarme en el baño que Mario me cedió en exclusiva y la ducha rápida entonó mis músculos, decidí demostrarle mi gratitud del modo que más feliz lo haría: gozando. Aproveché su ausencia, estaba aseándose en el otro baño, rebusqué en mi bolsa y seleccioné un conjunto de ropa interior de encaje blanco. Una turbadora mezcla entre inocencia y perversión, tirantes muy finos, copas escotadas y tanga minúsculo. Solo fantasear con su reacción, me puso a tono y borró mi cansancio como por encanto.

Si cuando yo digo que el sexo y la buena lencería mueven montañas...

Me refugié en mi baño y aguardé su vuelta. Mario se acostó dejando a su paso una estela de olor a hombre, entre caramelo y picante, irresistible. Abrí una rendija en mi puerta y me apoyé en el quicio, subida en unos altos tacones que probablemente no venían a cuento, pero que sumados al encaje contribuían a avivar mi estado de combustión espontánea.

—Confiesa si estás cansado después de tanto curro editorial, y cuánto.

Giró los ojos y se quedó sin habla.

—Claro que, aunque solo aguantes un asalto, podemos asegurarnos de que sea inolvidable —sentencié muy segura.

Extendió una mano ansiosa fuera de la cama.

—Ven aquí ahora mismo, voy a demostrarte lo que puede dar de sí el asalto de un tipo agotado.

Lo dijo y lo hizo. Saltó del colchón con una agilidad que me pilló desprevenida, enlazó mi cintura y muertos de risa, caímos revueltos entre sábanas.

—No vale —protesté con un puchero—, te has cargado el elemento sexy de la ecuación.

—Deja que te despeje la equis.

Sus manos impacientes recorrieron mis muslos, mi trasero desnudo y se deslizaron por debajo del encaje rozando levemente mi vulva. Di un respingo. Agarró fuerte el glúteo y lo pellizcó.

A pesar de todo lo que empezaba a sentir, de no controlar el calor que me invadía y de la tentación de dejarme llevar, detuve sus manos y me mantuve firme.

—Yo he empezado, yo mando.

Mario me mostró las palmas en un evidente gesto de rendición.

—Por esta noche, sea. Por ser la primera de muchas otras.

Mi suave carcajada dejó entrever la evidencia: Mario no era dominante, ni en la cama ni fuera de ella. Mario era tierno y sensual. Galante, comestible y muy maleable. Hasta que hicimos el amor, nunca me había sentido especialmente poderosa frente a ningún hombre. Sin que yo la dirigiese, la mano se me fue sola hacia su pelo espeso y le desbaraté el peinado. Con el pelo revuelto lo veo más sexy.

Con el pelo revuelto me recuerda a Alex.

Pero no se trata de Alex, se trata de Mario y merece que yo esté presente, con los cinco sentidos en tierra.

Mis manos bajaron hasta reconocer el bulto en su bóxer. Empalmado y duro. No esperaba menos, la anticipación temblaba en sus ojos oscuros ya desde el primer contacto visual. Arrastré la prenda con ambas manos y me deshice de ella mientras mi lengua invasora recorría el tronco duro y dispuesto. Escuché cómo gemía bajo mis exigencias. Encantador.

En cuanto mis extremidades quedaron libres, me arrodillé entre sus piernas abiertas y atrapé su pene con ambas manos. La punta era una fruta roja y brillante. Me la metí en la boca, chupé y lamí con devoción hasta oírlo suplicar, mientras que con los dedos ejercía distintos tipos de presión, recreándome en el largo de su miembro.

Mi melena cayó en cascada sobre su vientre. Mario la recogió con cuidado, la apartó para que no le impidiese verme, y dijo algo que no acerté a entender. Poco a poco me dilataba por dentro, iba profundizando más, hacia mi garganta, introduciéndolo casi con ansia, y una mano traviesa palpó buscando sus testículos, apretados y llenos, para masajearlos. Noté cómo se arqueaba y sus caderas se elevaban, incapaz de contenerse.

—Sofía, ¿quieres matarme?

—Desde luego que no —ronroneé sintiéndome importante—. Quiero que te corras para mí.

—¿Y... tú? —consiguió decir a duras penas. La respiración de los dos, agitada, convertida en un jadeo de lo más erótico.

—Yo estaré bien —susurré con intención, sin dejar de acariciarlo—. Estaré bien.

La pulsión de la sangre dentro del pene era perceptible desde el exterior. Sus venas hinchadas, el color carmesí bullendo, evidenciaban la cercanía del orgasmo. Mis pechos aún encarcelados dentro del sujetador hervían de ganas. Aceleré el movimiento sin descuidar el control y cuando lo adiviné a punto de explosionar, cambié de postura negándome a soltarlo, aparté el breve encaje de mi tanga y me empalé hasta el fondo con un pequeño grito de agónico placer. La acción combinada de la súbita penetración con un ligero estímulo de mi clítoris sobreexcitado, fueron suficiente para que ambos nos desplomásemos, en un grito conjunto al alcanzar el éxtasis.

Apoyada contra su pecho y todavía unidos por el sexo, recibí el cálido apretón de sus brazos, sus besos dulces en el cabello.

—Maravilloso, terciopelo.

—Creo que no ha estado mal para ser nuestro primer día juntos —bromeé, repentinamente devastada por el cansancio. Me acurruqué contra su pecho y noté el tacto cálido de sus dedos.

—No. Una jornada muy bien aprovechada.

Lo dicho. Viva la com-penetración. Me besó en los labios, en la frente, en el pelo, sin dejar de reír y luego nuevamente en la boca con mayor intensidad.

—Te adoro, nunca lo había pasado tan bien con nadie.

—Busca gente que te haga reír hasta en la cama, son las mejores.

—Tú eres la mejor, no tengo la menor duda.

—Exagera usted, doctor —ronroneé y me hice la tímida.

—Ni chispa. Me quedo muy corto. Mañana noche te tengo una sorpresa.

—¿Cena especial en un sitio especial?

Compuso una mueca cómica, como si le hubiesen clavado la estaca del vampiro en mitad del corazón.

—¿Otra vez? No vale repetir. Esto es algo muy diferente, espero que te guste.

#AventuraEnLimusina

Curiosidad.

Es lo que siento.

Mario ha conseguido intrigarme con sus pistas envenenadas y hace que me olvide de todo lo demás. Incluidos Alex y mi sequía editorial.

Fuerte el gen cotilla, ¿eh?

—Como no me dices dónde vamos, te dejo que le echés un vistazo a mi armario y elijas. —Llevo plantada delante casi veinte minutos, los suficientes para enfurruñarme, y no consigo elegir un conjunto que se adecúe a una actividad que ignoro cuál es.

Mario se acerca con su andar elástico, descalzo, embutido en un albornoz blanco que se ha traído de casa. Apenas dedica tiempo a la inspección.

—No nos sirve nada de lo que cuelga en esas perchas —sentencia.

—¿Cómo que no? Es todo muy lady —me falta añadir «muy a tu estilo».

Sus razones me desconciertan cuando suelta un «por eso mismo», me hace una seña enigmática y marca un número en su móvil. Se aleja chapurreando unas aceleradas frases y no consigo entender ni jota. Su preciosa cara vuelve a aparecer tras el recodo.

—Date un buen baño y deja el asunto del vestido en mis manos.

En efecto, cuando salgo perfumada, relajada y más activa que nunca, lo que me encuentro sobre la cama, colma mis más locas expectativas. Es un vestido de fiesta negro de pedrería, con un exuberante escote a la espalda y vertiginosas aberturas a los lados. Como acompañantes perfectas, un par de sandalias de piel de pitón plateada que me hacen babear a riesgo de asfixia.

Lo acaricio todo con la punta de los dedos sin atreverme a tocar demasiado, no sea que se esfume el sueño. Las etiquetas gritan Elie Saab y Jimmy Choo. Muero.

—Por Dios, por Dios, ¿qué es esto? ¿De dónde ha salido? —murmuro fuera de mí.

Mario llega por detrás, me inmoviliza con su abrazo y pega su cuerpo húmedo bajo el albornoz al mío. Separa mi pelo del cuello y recorre la piel con los labios hasta anidar en el hueco de mi oreja.

—Probablemente de una tienda maravillosa que ahora se siente honrada por poder vestirte.

—Esa explicación no termina de convencerme. ¿Cuánto ha...?

Me obliga a girar sobre mis talones y sin soltarme los hombros, me reprende con una

mirada que de repente, es impetuosa y oscura.

—Vamos a salir y tú disfrutarás de ti misma con ese traje. No mereces menos. ¿Te preparo una copa?

¿Antes de cenar? ¡Qué atrevimiento! Menudo desafío para mi profesor Jones. Sonríó páfida y acepto mientras hago conjeturas y cábalas acerca de mis medidas reales y ese diminuto vestido.

—¿Cuánto eres de libre, Sofía?

Mario me habla desde el mueble bar, sin girarse, e interrumpe mis voluptuosos pensamientos. Luego se acerca y me ofrece un vaso ancho con whisky y soda. Brindamos mirándonos con una fijeza inquietante.

—No acabo de entender la pregunta.

—No pregunté cómo sino cuánto. ¿Cuáles son tus ataduras personales? ¿A quién te debes?

Me mojo los labios, impresionada por la luz carnal de su rostro que me observa.

—Mi familia. Y algunas personas que podría contar con los dedos de una mano, supongo —respondo por fin.

—¿Te irías a vivir fuera de aquí? Por ejemplo, si Inglaterra o Italia supusieran verdaderamente un reto que no pudieses rechazar, ¿lo dejarías todo sin mirar atrás?

¿A qué viene esto? Su absoluto dominio de la situación empieza a intimidarme. Yo ando perdida.

—Suenas muy radical.

—Cuando acabe esta noche volveré a preguntártelo.

—Estás intrigándome. Más todavía.

Mario pasa a ocuparse de su copa y me indica con un movimiento de cabeza hacia el vestido, que me prepare.

—Eso está bien —comenta dándome la espalda.

Increíble.

Es una limusina para nosotros solos.

—Una Party-Lummi —anuncia divertido ante mi cara embobada—. Celebraremos tu cumpleaños.

—Pero si no es hasta agosto —protesto con debilidad.

Es blanca. Y larga. Enorme. El chofer uniformado con gorra sale de su habitáculo y con cierta solemnidad, nos abre la puerta trasera. La bocanada de aroma a cuero es lujosa e insolente.

—Lo adelantamos, porque cuando llegue la fecha ya no será igual. Haremos otra fiesta. Diferente.

No discuto más, sería boba si lo hiciera. Me lanzo de cabeza dentro del vehículo, procurando no tropezar con el suntuoso vestido ni con el abrigo largo que me cubre. La calefacción está activada y los asientos caldeados. En menos de cinco minutos después de arrancar, ya me sobra tela, me desembarazo del gabán de terciopelo y seda, y contemplo la hermosa visión que me ofrece Mario, con su esmoquin impecable, sentado enfrente, sirviendo champán en dos copas flauta.

—Vamos a disfrutar la ciudad desde estas ventanillas ahumadas —adivino admirada.

—Algo así.

—Jesús, Mario, todo esto debe costar una fortuna —me azoro—. No me digas que bajo tu apariencia de profesor de Universidad sensato y centrado escondes un millonario excéntrico y derrochador. Necesito saberlo —presiono sin perder el tono cómico.

En lugar de responderme con otra broma, tuerce el cuello y mira la calle.

—La vida es para disfrutarla. Son dos días cortos que salen corriendo y no regresan.

El hombre que tengo a mi costado ha mutado a lujuria su semblante amable. Ahora destila sexo y perversión, pero también detecto un punto de oscuridad que me sobrecoge. Dejo de preguntarme cosas, en el momento mismo en que la palma de su mano pasea por mi muslo, se interna en mi intimidad y separa mis pliegues sin apenas conceder importancia a la invasión, , como si mis labios y la humedad que despliegan, le llamasen dueño.

#HorizontesQueNoSonYo

—Mario... —balbuceo cuando noto el batir de sus dedos nerviosos contra mi clítoris.

Se inflama de inmediato, mi temperatura se altera y la tela del vestido se pega a mi sudor. Todo me sobra.

—Relájate, terciopelo. Bébetelo el champán y observa el paisaje urbano. Tu ciudad es, desde aquí, una Málaga diferente.

Creo que no veo nada, mi mundo se ha vuelto borroso. Apoyo el cuello en el respaldo del asiento y saco el aire del pecho que se agita con una respiración convulsa. Me duelen los pezones hipersensibles, tiembla la mano que sujeta la copa y mis labios resecaos reciben una y otra vez el alivio de una lengua mojada y sedienta.

Creo que ya sé de qué va todo esto: vamos a follar en la zona privada de este coche, como dos ricos hartos de sexo convencional. Y la idea me excita tanto como me calienta la mera sospecha de que el chófer pueda escuchar mis desvergonzados gemidos. Hincho el tórax, dejo laxo el cuerpo a merced de Mario, con las piernas muy abiertas y los afilados tacones apoyados en el asiento de enfrente, para que pueda jugar a gusto, arrepentida de no haber sido más osada olvidándome la ropa interior en casa.

El suntuoso ambiente se presta a la novedad y al atrevimiento.

—Este champán se me está subiendo a la cabeza —resoplo. Mis mejillas abrasan.

Solo consigo que Mario chiste y me haga callar. Estoy tan mojada, tan resbaladiza, que cuando sus dedos me penetran soy incapaz de oponer resistencia. Identifico esa tensión previa al éxtasis, no supuse que pudiera correrme tan pronto, pero todo mi interior se contrae y se expande, en breves instantes seré víctima de un orgasmo explosivo que recorrerá, letal, todo mi cuerpo y me robará las fuerzas.

Elevo las caderas para recibirlo y entonces...

La mano que me da placer se aleja, me deja vacía y por encima de mi atontamiento, compruebo que el vehículo se ha detenido. Pestaño perpleja, frustrada y muy dolida. ¿Por qué ha parado? ¿Por qué?

Alcanzo a juntar las piernas justo al abrirse la puerta. Mario no se inmuta, si bien mis rodillas se aprietan una contra la otra, a modo de defensa crucial. Hay una mujer que al principio no enfoco bien, deshecha en sonrisas y con vestido de gala color crema, que sube a nuestro coche y se acomoda en el asiento libre.

—Buenas noches.

Por el acento, debe ser americana. Pelirroja, con bucles que resbalan sobre sus hombros como un espectacular adorno. Tiene la piel de alabastro, la voz grave y acariciadora. Me he quedado tan sorprendida que no acierto a pronunciar una sola palabra de cortesía. Mario sí responde con una leve inclinación de cabeza. Ella nos observa curiosa, se recrea en mí hasta ruborizarme con su descaro, y a continuación, acepta la copa de champán que mi pareja le ofrece.

La limusina arranca de nuevo con un ronroneo suave.

No sé quién es y la verdad, me gustaría saberlo. Nadie habla durante un rato, solo vuelan sonrisas picantes, ojos que brillan y las burbujas del champán explotando sobre nuestras lenguas. Sigo fascinada por su exótica belleza y por el hecho mismo de que nos acompañe sin presentarse siquiera, con esa naturalidad de la que yo no haría gala ni bendecida por el genio de la lámpara. Todo me intriga. Mucho. Y este champán demoníaco me ha embriagado. La pelirroja me mira con insistencia y sonrío.

A continuación, se abre de piernas.

La hoguera de las vanidades se queda en cerilla, comparada con lo que me arde en el vientre. Es turbador, desconcertante pero muy intenso. Me bloquea. Consigue que nada importe salvo lo que pasa delante de mis ojos: el sexo de esta mujer. Lleva depilados los labios y sobre el monte de venus queda un triángulo cuidadosamente recortado, lo justo para probar que es pelirroja natural.

Noto que mi temperatura sube y sube hasta quemarme el alma. Soy pasto de un deseo tan poderoso que podría morir con tal de comprarlo. Lleva dos dedos a su boca, me enseña una lengua rosada con la que los lame lasciva y a continuación, conduce la caricia a su vulva, mientras con la otra mano separa los pliegues y muestra la mercancía.

Está allí, tan cerca, vibrando de excitación, recibiendo oleadas de calor que alteran el tono níveo de su piel, estimulándose el sexo sin importarle nuestra presencia. Es más, diría que mientras se masturba, nos lo dedica.

Mi pulso se dispara.

—No la toques —ordena Mario—. Solo mira.

Y es lo que hago. Envidiar sus escalofríos, su boca entreabierta y jugosa, imaginar lo que debe estar sintiendo y desear, inexplicablemente, chupar ese botón rosado que destaca entre sus dedos. Jamás me he sentido atraída por una mujer... Hasta ahora.

La desconocida separa aún más los labios e introduce los dedos índice y corazón hasta el fondo de su vagina, puedo verlo todo, podría incluso rozarla y comprobar la seda que luce sobre los huesos, con solo estirar el brazo.

Mi pecho sube y baja, violento, movido por una respiración desatada. La desconocida gime, se recuesta, bombea siempre al mismo ritmo y me regala una mirada provocativa. El deseo galopa por mi sangre a endiablada velocidad. No voy a poder soportarlo, tengo que calmar esta sed terrible.

Las aberturas de mi maravilloso vestido ayudan, separo las piernas, retiro la braguita, dejo entrever mi sexo mojado devolviéndole a la pelirroja otra ojeada igualmente intensa. Estoy empapada, voy a rematar, puede que antes que ella. Pero la mano de Mario acude en mi busca, su pulgar se sitúa sobre mi clítoris, tres de sus dedos en mi interior. Su otra mano tira de mi brazo y me inclina hacia nuestra visitante.

—¿Te gustaría besarla?

Joder, sí.

No lo dudo un instante. Busco su boca con auténtica desesperación. Mario me ha levantado por detrás la falda del vestido y no solo embiste con sus dedos dentro de mis entrañas, sino que se permite pasar la lengua un par de veces por la carne sensibilizada y por mi zona trasera.

Me ciegan las sensaciones.

Mario me folla con los dedos y me lame, siempre desde atrás, con una posición forzada que le entrega todo el control sobre rincones inexplorados de mi sexo y mi ano. Eso, el tacto

suavísimo del beso femenino y un par de movimientos bien coordinados alrededor de mi vulva, explodian mi volcán en un orgasmo asombroso.

La pelirroja se corre a gritos al mismo tiempo que yo. Nuestros gemidos confundidos. Caigo de rodillas junto a su sexo que se contrae de modo visible con los espasmos del placer. La tengo tan cerca, es tan dulce, tan hermosa... Rodeo sus caderas, la atraigo hacia mi boca y hundo la lengua entre esos pliegues que aún gotean a causa del clímax. Mario, a mi espalda, sin que pueda verlo, chupa mi sexo con fervor, como si deseara aliviar la quemazón insoportable que acabo de vivir.

Y la posición es tan increíblemente intensa, que enlazo un orgasmo con otro más potente aún, succionando la vulva de nuestra común desconocida con tal ansiedad, que la conduzco también al segundo delirio.

El placer me derrota y me acurruco en el ancho asiento de la limusina, agotada y feliz. Me niego a racionalizar lo que acaba de pasar, le robaría toda la magia. La pelirroja se recompone el traje, tiene muchas más tablas que yo, y en la siguiente parada se despide de ambos lanzándonos un beso coqueto. Volvemos a quedarnos solos. Mario sirve champán y apoya la copa contra mis labios.

—¿Todo bien, preciosa? ¿Te has divertido?

Su mirada de fuego me recorre entera y me hace sentir deseada. Pero por encima de todo, lo que estoy, es confusa.

—Debería escandalizarme —admito apurando el champán helado— cuando lo cierto es que he disfrutado como nunca.

Reclamo otra ración de alcohol. Estoy consumiéndolo en cantidades diabólicas.

—Me alegro. ¿Lista para una nueva parada?

No sé bien qué respondo. Tengo la vaga impresión de que lo miro y jadeo como una yonki necesitada de adrenalina. Mario recoge mi mano lentamente, se la lleva a los labios y me besa los nudillos sin apartar de mí sus ojos negros.

—Tranquila. El placer a pequeñas dosis.

#TodoEsNormalOtraVez

Increíble pero cierto, se llama la película.

Hemos amanecido exhaustos y felices, pese a que me han cambiado la cabeza por otra, estoy segura. Me duele a morir. Parezco recién salida de un coma, creo que la única razón de haber dormido como si perdiese el conocimiento, no ha sido solo el cansancio acumulado, la experiencia de anoche fue tan chocante, tan brutal...

Apenas recuerdo trazos sueltos, sensaciones, fue instintiva y muy animal pero no puedo decir que no me agradase.

En lugar de con sexo somnoliento, Mario me ha despertado con cosquillas. Lo miro. Con sus bromas y su sonrisa de niño logra espantar todo lo pecaminoso que flota en mi mente. Volvemos a ser nosotros, sin morbo. Hemos reído, nos hemos caído de la cama, nos hemos cepillado juntos los dientes mirándonos en el mismo espejo, y ahora, en la calle, delante de un café que resucitaría a un muerto, organizamos el plan del día como si anoche, nada fuera de lo corriente hubiese sucedido.

Y lo cierto es que me da muchísima vergüenza hablar de lo que pasó, le agradezco que ni lo mencione. Me pregunto si bebí el suficiente champán como para justificar mi temporal locura, y cómo se le ocurrió precisamente a él, tan formal, tan clásico, sorprenderme con semejante obsequio. Nada encaja con lo que creo saber de Mario, pero estamos de «primer fin de semana juntos» y yo, de «operación olvido», uno comete locuras sin pensar en las consecuencias. Se trata de divertirse, arrasar, de romper las reglas de la monotonía.

Pues bien, me divertí y quebré mis propias normas. No tengo quejas.

—Deberíamos escaparnos a Granada, a pasar el domingo. —Su voz me devuelve a rastras desde mi plano astral—. Te vas a enamorar de sus barrios.

—Ya conozco el centro, ¿hay también zonas escondidas y sorprendentes?

—Más de las que imaginas. —De nuevo ese chispazo oscuro en sus pupilas—. Ahora que eres escritora...

Arqueo las cejas y sorbo del capuchino.

—Ahora que pretendo serlo... ¡Llevo dos días completos sin revisar mi correo! —caigo con una palmada en la frente y busco inútilmente mi móvil. Ni idea de dónde lo he puesto, igual ni lo llevo encima, cosa extraña en mí—, vaya si me he tomado en serio esto de desconectar. ¿Y si me han contestado de alguna agencia?

Mario escribe algo en su iPad y me lo pasa. Se lo ha traído para leer las noticias, y me sorprende descubrir que ha accedido sin problemas a mi bandeja de entrada, aquí la tengo, lista para repasarla.

—¿Cómo... la has abierto? —me desconcierta. Su sonrisa de chico bueno pillado en una falta no termina de enternecerme.

—Domino los hechizos descubridores —susurra en tono de mofa.

—No, Mario, en serio, ¿cómo has entrado en mi cuenta de correo?

—Te la dejarías abierta, no sé...

Esa historia no hay primo que se la trague.

—Nunca he consultado nada desde tu *tablet*.

—Sí que lo has hecho —afirma rotundo—, otra cosa es que no te acuerdes.

—¿Y la contraseña?

—El sistema la habrá mantenido en memoria. —Se ensombrece su mirada. Frunce el ceño como si fuera a regañarme—¿Tienes algo que ocultar, Sofía?

Tardo un segundo más de lo conveniente en reaccionar.

— Desde luego que no, tengo una cosa llamada privacidad. No puedes vulnerar mi...

Mario me interrumpe con una risita infantil y unos ojos brillantes. Me da unas palmaditas en la mano en plan colega y me zarandea poniendo los cafés en peligro mortal.

—¡No he mirado nada, tonta! ¡No te he leído, te doy mi palabra! De ti no me interesa más que lo que quieras contarme.

Me quedo indecisa, con el labio inferior entre los dientes. Nunca destaqué por ser precisamente desconfiada, pero la idea de que alguien, no solo Mario, pueda entrar y hurgar en mis comunicaciones personales, me espina.

—¡Vamos! ¿No te lo crees?

—Sí, sí, claro que te creo...

Mario ya me ha arrebatado el iPad de entre las manos y revisa por mí los correos con total descaro. Chasquea la lengua.

—Nada de agencias, probablemente sea demasiado pronto. Qué han pasado, ¿un par de días? Démosles algo de cancha. —Me devuelve la *tablet* sin perder la sonrisa—. Tienes un mensaje de tu amiga Ximena.

¿Ximena me ha escrito un mail? ¿A cuento de qué habiendo teléfonos? Ya tiene que ser grave. Pulso la tecla, despliego el texto y recorro las líneas con ansia:

De: huevokindertomayá

Para: sofiloqui

Asunto: te vas a quedar muerta

Amiga del alma, este fin de semana tuyo, ¿terminará siendo una luna de miel? ¿Qué tal la menea? Si no te satisface, ya sabes, puerta, que aquí los tienes haciendo cola por subirte la cremallera. Intuyo que si la misión es bajarla, la cola se duplicará de inmediato. Ya en serio, sé que lo estás pasando de miedo, te he llamado 6 veces y Mario me ha dicho que dormías. Cerda. Eso huele a bolinga de la buena.

Te escribo porque no puedo esperar. ¿Estás sentada? Bien. Pues yo estoy preñada.

¿Cómo te quedas? La madre que parió a Antonio, qué tino ha tenido el tío acertando casi a la primera. Estoy negra carbón, ya me veo más hinchada y empieza a darme asco todo. ¡No quiero que esto pase! Te necesito a mi lado, es lo peor que podía ocurrirme estando tú enamorada y perdida; en cuanto me nombran un rorro me pongo a cien, sobre todo cuando Antonio me asegura que con esta desgracia contribuimos a levantar la media mundial. ¡¡¡Menuda Mierda!!!! Es, a todas luces, demasiado pronto. No estoy psicológicamente preparada.

¿Cuándo vuelves al planeta Tierra?

#MásBienSeducida

Me quedo de una pieza. Si la memoria no me falla, que es posible que me falle, apenas recuerdo lo que pasó anoche, Ximena estaba como loca con la perspectiva de ser madre. Me lo anunció abrazada a su churri en el sofá, con voz engolada y el meñique apoyado en la comisura. ¿Qué coño ha pasado en tan poco tiempo?

—¿Malas noticias? —pregunta Mario con un deje de preocupación. Ha debido ponerse cara de acelga.

Me apresuro a cerrar todos los correos. Con el rabillo del ojo he visto unos cinco con el remite de Silvia Conde y paso de amarguras.

—Está esperando un bebé.

—¡Maravilloso!

—No tanto. Parece que le ha sentado como una patada en el hígado. Ya deben estar afectándole las hormonas, juraría que hace nada, lo buscaba.

—Se le pasará en unos días. A veces cuesta acostumbrarse a un cambio de vida tan radical, pero en cuanto lo asimilas... ¿Cuántos quieres tener tú?

Me pilló despistada.

—¿Cuántos qué?

—Niños. ¿Cuántos niños quieres que encarguemos?

Joder, ninguno.

—De momento ni lo he pensado siquiera.

—Pero entrarán en tus planes, ¿verdad?

La verdad, no pretendo desilusionarlo, pero me siento como la bruja mala del cuento que le quitó a los críos los caramelos de entre los dientes. Sonríó forzada.

—Sí. Pero para más adelante, mucho más adelante ¿Arrancamos?

—¿No contestas a tu amiga?

Gruño bajito. Qué poco me gusta que me den órdenes.

—Sí, ahora mismo... voy.

—No le respondas con un mail, es muy frío. Si lo está pasando mal, necesitará a su mejor amiga más cerca que nunca.

Más instrucciones. No digo que sin buena intención, pero son mandatos, al fin y al cabo, que me irritan mogollón y me vuelven más torpe aún.

—¡Pero si estamos en la misma ciudad! —Sigo buscando infructuosamente el móvil— Joder, todo se ha vuelto surrealista. ¿Cuándo me ha llamado y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué contestas tú a mis llamadas?

Estira la palma abierta de su mano y me ofrece su teléfono. Sin molestarse en aclarar dudas.

—Llámala.

—Quiero mi móvil, Mario, no lo encuentro.

—Luego lo buscas, chica desorganizada, llámala.

Acepto titubeante. Se trata del último modelo de la puñetera empresa de la Manzanita, valorado en un ojo de la cara el tornillo. Me retiro hacia las estanterías plagadas de latas de colores con diseños vintage, para reunir algo de intimidad. Mario me sonríe dándome su bendición y acto seguido, devora el periódico. Mi amiga me recibe con un graznido.

—¿Qué horror, Sofía, qué desastre! ¿Por qué has tenido que alejarte ahora de mi vida?

—Para no estar ahí cuando derribases las barricadas. Pero ¿qué pasa? Si lo estabais buscando.

—Ya, pero no tan de pronto, esto ha sido una puta invasión vikinga.

—Mujer, no te lo tomes... ¿Estás completamente segura?

—Seis *Predictors*, uno tras otro. Tendré que deshacerme de Simi —lloriquea— por lo de la toxoplasmosis, por si me contagia...

—Nada de abandonos, yo me hago cargo de ella.

—¿De verdad que no te importa? —pregunta en un lamento tan triste que me entran ganas de echarme a llorar. No me da tiempo a responder—. De todas formas, voy a echarla mucho de menos y luego será peor, cuando esté el bebé podría arañarle, cogerle pelusilla, ya sabes lo destructivos que son los celos.

—No, no lo sé y menos los de un gato. Yo solo he tenido ganas de desmoñar a la francesa.

—*Puagh*, Camila. Ni me la nombres. ¡Me quedo sin mascota! Qué breve ha sido mi felicidad —gime toda dramática.

Bufo. No puedo creer que con un bebé en camino, divaguemos sobre gatos y guarras.

—Ahora tendrás otro tipo de felicidad. Niña, ¿de cuánto estás?

—Casi cinco semanas.

—¿Y hasta ahora nadie se ha coscado? ¡No se te nota! Andas en pleno maremoto hormonal, verás cómo se va pasando. Y Simi se muda con la tita Sofía, no hay problema.

Se suena los mocos con un bramido de elefante y de repente, toda la tragedia se esfuma. Hasta el tono le cambia.

— ¿Qué tal la experiencia de vida juntos? ¿Qué tal él?

—En dos días —me río—, ¿qué puedo decirte? Caballeroso, divertido, apasionado... Perfecto.

—Ah, qué bueno. Pues genial, entonces.

—Suenas a falsa.

—Tú también.

—¡Xime!

—¿Qué quieres que te diga? No se te quiebra la vocecilla como cuando hablabas de Alex.

—Esta es otra historia, la noche y el día, Mario es alguien de quien te puedes fiar y Alejandro Conde, un encantador de serpientes y un golfo.

—Espera, que me he perdido, creí que la culpable del maremoto era Silvia la tocapelotas.

—Silvia ha hecho lo suyo. Pero aunque no hubiese intervenido, ¿en serio piensas que con Alex es posible construir algo sólido?

—*Ummm...* Esa pregunta no me la sé. Otra.

—Tengo muchas ganas de verte, cancelo una escapada a Granada y paso por ahí esta tarde. No dejes que nadie te llene la cabeza de gilipolleces.

—No, si ya me la lleno divinamente yo sola.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. No voy a meterte presión, disfruta, pero ven cuanto antes.

Al regresar a la mesa y devolver el portentoso móvil a su dueño, mis labios se han fruncido en un mohín tristón.

—¿Morriña?

—Una pizca, así —hago pinza con los dedos—, cada vez que me distancio de ella, ocurre una catástrofe. Te cambio Granada por un almuerzo.

—Lo suponía —suspira—. Como desee mi dama. Otra vez será.

Clavo los dientes en una enorme hamburguesa que huele a gloria, y dejo que me observe.

Sin avisar, estira una mano. Los dedos se deslizan por mis mejillas y de ahí viajan al lóbulo de mi oreja. Sus yemas consiguen ponerme la carne de gallina.

—Lo de anoche... —comienza— ¿Te resultó demasiado intenso?

Estaba tardando. No sé si estoy lista para responder con sinceridad hacia mí misma.

—No, estuvo bien. —Trago saliva con la impresión de estar guardándome muchos halagos. Estuvo jodidamente bien—. Solo que distinto.

—Sofía, no quiero obligarte a nada.

—Sinceramente, no tengo la impresión de haber sido obligada a nada, más bien seducida.

#GustosPeculiares

El dedo de Mario recorre la comisura de mi boca y limpia una gota de grasa que resbala, pensando en caer y mancharme.

—Admito que tengo ciertos gustos peculiares, pero tú eres lo más importante.

—¿Ciertos gustos peculiares? —boqueo— Entonces, ¿no se trataba de una excentricidad turística aislada?

—Soy capaz de amoldarme a cualquier cosa, ¿lo oyes? Por ti, cualquier cosa.

—¿Qué clase de gustos peculiares? —insisto.

Atrapa mi mano, enreda mis dedos con los suyos y besa dulcemente mi palma girada.

—Lo irás viendo.

—Me temo que necesito algo más de información.

—La tendrás, tendrás lo que quieras y finalmente, también serás tú quien decida. Eres lo mejor que me ha regalado la vida —añade, dejándome muy confusa.

Finjo un enfado imaginario poniendo morritos. Pero solo porque la extraña conversación está descolocándome y recurro al humor.

—¿Por encima de Paula?

—¡Por Dios, Sofía! —se escandaliza— ¡No compares! —Tras la risa llega la calma y su mirar fijo y concentrado—. Paula no era nadie. A ti te quiero.

No basta haberme preparado para una bomba, esto excede con mucho mis previsiones y me sacude. Decido seguir disfrazando de broma mis palabras, porque no veo otro modo mejor de aligerar su efecto.

—Supongo que es una manera de hablar, nadie puede querer tan pronto a otro.

Mi mano, que había puesto algo de distancia, se ve de nuevo atrapada bajo la suya.

—Sofía, te quiero desde el primer momento en que te vi.

—Cualquiera lo diría—. Ahora no me hace falta el teatro, ahora exijo de verdad y con razón—. Desapareciste. Eso, por no mencionar que te importara un bledo la lectura de mi tesis.

—Lo que sentí por ti fue tan intenso como inconveniente. El tipo de relación que podía haberse generado de responderme tú, lo prohíbe la Universidad. Estaba mal, Sofía, se supone que éramos profesor y alumna. O algo parecido.

Chasqueo la lengua contrariada, dispuesta a ponerlo contra las cuerdas.

—¿Y cuando acabé la tesis?

—Paula se encargó a las mil maravillas de crearme mala conciencia.

—Menuda influencia la de esa mujer —me enfurruño en un absurdo ataque de celos.

—Fue culpa mía, me dejé manipular, me da vergüenza admitirlo, pero es una experta

psicóloga y yo estaba demasiado dispuesto a engancharme a cualquier pretexto que me alejase de la tentación.

¿Experta psicóloga? Más bien una zorra de cuidado. Entorno un ojo. Uno solo para incrementar el efecto. La tentación, queda claro que soy yo misma.

—Eso no te deja en muy buen lugar, ¿no crees?

Alargo mi despedida hasta el infinito y más allá antes de marcharme a casa de Ximena. Mi casi hermana me espera tumbada en el sofá con los pies sobre un cojín alto. Invertimos nuestros buenos quince minutos en abrazarnos y chillarnos como si nos hubieran separado al nacer. Qué menos ante una gran, gran noticia, aunque ella siga confusa. Se le va a pasar, lo sé.

—No te pongas tan contenta, guapa —bromeo—, no vengo por ti sino a por Simi.

—Simi. Pues verás... Simi no está.

—¿Cómo que no está? ¿Qué clase de crimen infame has cometido?

—¡Frena, Sofi, *frenaaaa*! Tardabas, me agobié, él estaba aquí y... bueno, se la he dejado a Alex.

No puedo creerlo. Él no, por favor, no.

—Solo he tardado... ¿cuatro horas? ¿Alex se ha llevado a tu gata?

—No para siempre, es un préstamo, ya sabes, mientras me dura —apunta a la barriga con un cabeceo casi afectuoso.

—¿También le gustan los animales?

—Mucho, vive con una iguana, aunque dice que se las arreglará para que no peleen. Con toda esa altura que se gasta, es un oso amoroso.

La miro con resentimiento.

—No deberías hablar así de él.

—¿Así cómo?

—Con afecto, diciendo cosas buenas. Supongo que el hecho de que Antonio sea uno de sus mejores amigos suaviza las cosas, te será difícil mantenerte neutral. —Uso un tono desapasionado que transmite que, desde cierto punto de vista, la comprendo.

—No te equivoques —me rectifica—, mi fidelidad sigue perteneciéndote por entero. Antonio jamás ha tratado de llevarme a su bando.

Lo que eso implica me rompe por dentro.

—Será que es consciente de la clase de golfo que tiene por amigo, y antes se deja bañar por una ola de vinagre, que defenderlo.

Ximena vuelve hacia mí unos ojos enormes, llenos de pesar.

—Será. Ojalá no lo fuera.

Yo tampoco puedo evitar que el deseo de lo que quise y no fue me traicione en una ráfaga dolorosa.

—Joder, menuda lata está dando tu Silvia —me suelta, pasado un rato, resentida.

Le contesto de igual manera. Es una buena forma de sacudirnos la melancolía de encima.

—No es «mi» Silvia.

—Bien amigas que erais, bien que la defendías cuando yo aseguraba que no era trigo limpio.

Resoplo, me incorporo apenas, me estiro lo justo para alcanzar el paquete de patatas fritas abandonado sobre la mesa del café.

—Ximena, de eso ya hemos hablado y en su día te di la razón, ¿qué más quieres?
—Volverlo a escuchar —silabea con una sonrisa pérfida.
—*Cachoguarra...* ¿Y qué quiere?
—¿Qué va a querer? Lo que buscan todos estos egocéntricos sin conciencia de haber actuado mal, cuando saltan por encima de los cadáveres que van dejando: una explicación.
—Todavía está ahí —me asombro.
—Seguramente porque no se la has dado.
—Ni se la pienso dar.
—Ni falta que hace, se la di yo.
El pánico trepa por mi cara.
—Que hiciste ¿qué?
—Se lo dije muy clarito, lo que os había hecho, a ti y a su hermano.
Ximena se salva de mi furia salvaje porque está preñada. Solo por eso. Hago unas cuantas inspiraciones profundas que apenas funcionan.
—¿Cómo reaccionó? —pregunto sin terminar de mitigar el enfado.
—Se echó a llorar. Cocodrilo para un bolso, no te ablandes. Ayúdame a levantarme...
La empujo desde el culo. No sé qué guardará para cuando esté de nueve meses, no va a haber quien la soporte. Entra en la cocina y enseguida sale con una tarta en las manos, tan saltarina y garbosa, ella, no la tarta, que me deja sin habla.
—Tú has desarrollado habilidades extraterrestres desde que no te veo, ¿verdad?
—¿Has visto? —señala feliz—. Menuda cocinillas estoy hecha.
—Y eso que te reías de tu madre y sus tartas... Por cierto, ¿cómo está?
—Igual que siempre, solo a ratos nos conoce, pero se la ve tan genial, contenta, muy cuidada. Vamos a verla casi a diario. Con decirte que Antonio ha terminado alegrándose de la decisión de la residencia... Este chico ha conseguido sembrar en mí la semilla de una familia unida. —Lo dice con orgullo en tanto su mano delgada acaricia en círculos su barriga casi plana.
—No sabes lo que me alegro.
—También te pasará a ti, Mario se ve muy cálido, muy familiar, es cuestión de tiempo, hermana.

Me llevo una sorpresa al encontrar a Mario esperando en el portal de Ximena. Ya me trajo antes, y yo llevo el corazoncito blando de tanto hablar de nidos y bebés. Y el ánimo calenturiento de recordar lo que no le he contado a Ximena.

No disimulo la ilusión que me hace encontrarlo con los brazos abiertos.

—Te vienes a dormir a casa —indica rotundo—. Sin discusión.

—Pero mañana es lunes...

—No tienes nada que hacer, más que estar conmigo, revisar tus correos y ser feliz. Tu agente está a punto de caer.

Bajo la mirada. Lo que no sabe es que estoy cachonda, mojada solo de pensar en nuevas sorpresas. Dispuesta a todo.

Pero «todo» lo que me encuentro es un placentero paseo de enamorados que caminan hasta el coche cogidos de la cintura, congelándose a la luz de la luna. Noto un vacío difícil de explicar, marcado por un apetito sexual desmedido que ni sabía que tuviese. Lo animo a ir más deprisa.

Nos enclaustramos en su habitación, pongo música suave de fondo, «Intro» de *The XX* que me sugiere escenas tórridas, me desnudo por completo, expuesta a los ojos de mi chico con un suave ronroneo tentador.

Me acaricio los pechos, me entretengo tironeando de los pezones que ya están duros. Noto la excitación de Mario crecer bajo su pantalón. Quiero que me asalte y me haga vibrar como anoche, sentir no querer estar en otro sitio conocido del planeta, solo aquí. Quiero que se repita ese torbellino de sensaciones que me hizo estar viva, más que nunca desde que lo dejé con Alex.

—Sofía, cariño... —Me rodea primero, camina a mi alrededor como si evaluase lo que le ofrezco y luego me ata con sus brazos largos. El caminito que dibuja la punta de sus dedos sobre mi columna me estremece.

Pero ¿dónde está el ardor?

—Vamos a la cama —decido tajante. Y ahora soy yo la que lleva las riendas, la que domina y lo arrastra, la que nos sitúa junto al borde del lecho y se pone a cuatro patas. Le muestro lo que tengo en todo su esplendor—. Métemela hasta que no pueda más.

No hacen falta más indicaciones. Mario se desviste a toda prisa, lanza las prendas por encima del hombro y en un puñado de segundos, me embiste desde atrás con una sola estocada. De repente, la expectativa de una sesión de sexo pierde mucho encanto.

No estoy ni la mitad de preparada que estaba hace un rato y ni punto de comparación con la noche de la limusina. Los primeros movimientos son algo incómodos, aunque enseguida mi cuerpo responde, se adapta y lubrica. El baile de mis pechos llenos concentra el ritmo. La cadera de Mario choca una y otra vez contra mi trasero, no lo veo, solo lo siento, puedo imaginarme lo que quiera.

Y para mi desgracia, es en los ojos de gato de Alex en lo que pienso cuando el orgasmo me avasalla.

#LaNocheMásOscura

Cuando me mira, Mario sonríe como si no pudiese dominar su alegría y entonces, dos chispitas color caramelo, brillan en sus ojos. El Mario que vuelve a ser Mario, nada que ver con el vampiro sexual al que me enfrenté en el paseo en limusina.

Pero pasan los días y no puedo dejar de pensar en el cúmulo de sensaciones que me sobrepasaron, sin sonrojarme y lo que es peor, sin querer más. Es curioso lo mucho que hemos compartido ya, la de veces que nos hemos acostado y sin embargo, que me dé reparo recordarle que me prometió una siguiente vez. Con el paso del tiempo, las aguas de mi lujuriosa imaginación vuelven a su cauce, a costa de aparcarse el recuerdo de la pelirroja y su sabor, en alguna esquina de mi cerebro.

Ya no molesta tanto.

El poder maligno de un polvazo no tiene comparación con nada conocido, soy capaz de jurarlo.

Un viernes cualquiera, cuando más desprevenida estoy, abro el correo del ordenador y lanzo un grito que pone en jaque a todo el edificio. Leo al menos seis correos de otras tantas agencias literarias de renombre, que se muestran interesadas en mi obra. Una emoción exagerada me invade, pero si sufro un ictus, me impedirá disfrutar de mi éxito como Dios manda.

Enseguida la comparto con mis dos personas favoritas, Mario y Ximena. Sus alaridos de felicidad se suman a los míos, hacemos planes que no van a ninguna parte, vemos premios y muchos millones de euros sobrevolando mi cabeza.

A partir de ahí, asesorada por Mario, encaro la difícil tarea de elegir con quién prefiero trabajar. Con una carta de disculpa lo suficientemente amable como para no cerrar puertas, elijo a Victoria Lofald, noruega con sede en Madrid, por su dilatada experiencia, por ser mujer, y por el modo increíble en que entiendo ha captado mis objetivos con «*Oscuro príncipe azul*». En menos de dos semanas, todo corre y se precipita. Tengo agente, una oferta editorial en firme, y mucho más miedo del que jamás creí llegar a acumular.

Y todavía montada en la nube de felicidad, los planes de Mario por la tarde nos arrastran a Marbella, donde dice conocer una particular tienda de disfraces. Muy particular. Tanto que empiezo a plantearme si esta noche romperemos la armonía de lo políticamente correcto y un conocido hormigueo me solivianta el estómago.

—¿*Habemus* sorpresa? —lo incito entornando los ojos.

—Publicas novela. Tenemos cosas por celebrar —confirma con los ojos entre sombras.

A estas alturas ya sé que sus sorpresas nocturnas son perversas y sexualmente adictivas.

El local donde entramos no puede definirse más que con la palabra fastuoso. A simple vista parece una sala de fiestas con varias barras a derecha e izquierda. Sobre las paredes forradas de oscuro, destacan lámparas de araña principescas que acaparan toda la luz y devuelven destellos multicolores. Hay un montón de gente disfrazada que oculta sus rostros tras máscaras de pedrería o doradas con plumas.

Mi pecho se agita bajo el ajustado corpiño cuando Mario me toma de la mano y me incita a entrar y a mezclarme. Nos dirigimos a la barra más cercana, ordena dos combinados bautizados como *Afrodisia*, levantamos las copas, brindamos observándonos tras el velo de nuestros antifaces, y mientras él saborea un largo trago, yo me mojo los labios.

—¿Qué lleva?

—Vodka, menta y algún que otro ingrediente que guardan en el más codiciado secreto.

—Está muy bueno.

—Si no te dosificas acabarás confundiéndolo con agua. Entra demasiado bien y es altamente explosivo y peligroso.

—Lo tendré en cuenta —asumo cautelosa pero tan excitada por el ambiente que me rodea, que antes de poder controlarme ya lo he apurado.

—Estás espectacular —me susurra meloso.

Mis dedos rozan la seda crujiente de mi vestido de princesa gótica. Un delicado corpiño negro y morado intenso, bordado en pedrería, una faldita minúscula con sobrefalda de abundante tejido fruncido, corta por delante, hasta los pies por detrás, y botas hasta mitad del muslo. Piel negra y tacón de aguja. Un auténtico pecado. Me he peinado en una coleta tirante y alta, llevo los ojos ahumados en gris plomo y los labios de insultante rojo. Unos pendientes largos de ante suave color morado, me acarician el cuello.

Joder, está fatal que lo diga, pero voy súper guapa.

—Tú tienes la culpa.

—Un trabajo sencillo sobre una base excelente, no tiene demasiado mérito —le resta importancia. Yo me inclino un poquito hacia él. Casi puedo rozarlo, aunque no lo hago. Lo nuestro es un coqueteo caliente en toda regla.

—Adulador.

Oteo en torno con un nerviosismo que empieza a superarme. Quiero saber qué se hace aquí, a qué hemos venido.

—Tú sabes que eres hermosa, ¿verdad?

Suelto una carcajada, pero él continua muy serio, juzgándose.

—Sabes que podrías obligar a los hombres a que se arrodillasen si lo deseas.

Compongo un mohín fingido.

—No soy ese tipo de chica.

—¿Ese tipo?

—No sé si me satisface someter a nadie.

—Ahora con ese cabello oscuro...

—Lo sé, lo sé —pongo los ojos en blanco—, parezco una *dominatrix*.

—Qué idea tan sugerente.

—A ver si vas a hacerme añorar mi melena rubia...

—Te hace más dulce —advierde. Mi sonrisa se desvanece.

—También me roba fuerza.

—¿Realmente la necesitas?

—Depende de para qué.

Hablando de rubias, se nos acerca una que, pese a no alcanzar los cincuenta kilos, luce más saludable que un anuncio de galletas mañaneras. Lleva un vestido negro con algo más de tela que unos mitones, y va encaramada en unas sandalias de tacón vertiginoso. Tiene la boca más bonita y jugosa que he visto en mi vida, cuando la miro noto un pinchazo desconocido en la entrepierna, fruto de la energía que desprende, que es casi tangible.

Antes de dirigirse a Mario me sonrío y se aparta coqueta la melena. El modo en que su mano rodea mi cadera y se adentra entre mis muslos, resulta, estando como estamos en público, indecoroso hasta cierto punto, pero mi exaltado estado de ánimo se lo echa todo a la espalda y decide disfrutar a tope de la experiencia, por chocante que la juzgue. Desinhibida en grado máximo por culpa del alcohol.

—Que viva la vida y que yo esté ahí, para disfrutarla. —Levanto la copa, y le brindo a la rubia mi atropellada frase.

#CamaRedonda

Ella no parece venir dispuesta a conversar. Nos limitamos a intercambiar un par de guiños incendiarios y su lenguaje corporal es más una invitación que otra cosa.

—Para dentro de un rato —replica Mario con firmeza.

La desconocida no pierde la sonrisa. Puede que no le haya gustado no salirse con la suya, pero tiene modales de buena chica y se aleja dejándonos de nuevo a solas. Enseguida la masa la engulle, la pierdo de vista. Creo que me habría gustado saber su nombre.

Mario y yo jugamos a soltar frases cortantes, como en un desafío y nos vigilamos por encima de las copas. Como si en realidad, la conversación trivial no fuese más que un parapeto a otras intenciones menos confesables. Vuelvo a notar impaciencia y curiosidad por lo que nos depara la noche, espoleando mis pezones y mi sexo.

—Es un club muy exclusivo, disponemos una amplia gama de actividades donde elegir —explica Mario con soltura. Me ha debido de leer el pensamiento—. Podemos sentarnos y mirar. Podemos participar activamente, uno de nosotros o los dos. Podemos sencillamente bebernos medio bar, bailar un poco y volver a casa cantando Asturias patria querida.

Echo atrás la cabeza y me río un poco más alto de lo que pretendía. Una mano invisible se encarga de rellenar copas de *Afrodisia* y dejarlas a mi alcance, yo me dedico a vaciarlas una tras otra. Mi estado de sensualidad es, a estas alturas, difícil de dominar.

La propuesta de Mario me resulta más que atractiva, irresistible. Choca la naturalidad con la que expone el menú de diversiones, contrasta con la timidez del chico que yo conozco. Su cándida dulzura vuelve a perderse en esos aires de hombre de mundo, sobrado de experiencias tórridas, un poco de vuelta de todo.

—¿Y bien? —interrumpe mi cadena de pensamientos— ¿Qué prefieres?

Me sonrojo. Soy incapaz de admitir mi absoluta falta de práctica en estas lides. ¿Orgías? ¿Tríos? En condiciones normales, solo pensarlo me habría provocado escalofríos. En estos momentos, sin embargo, boqueo como el perro de Pávlov.

Mario vuelve a hacerlo. Captura sin dificultad mis deseos más inconfesables.

—Bien —me ofrece una mano—, demos una vuelta, decidimos sobre la marcha.

Me aseguro de que otro cóctel me acompañe, y dejo que los dedos de Mario resbalen hasta la parte baja de mi espalda y me guíen entre la gente. Atravesamos el salón, algunos, muchos, se giran a admirarnos. Creo que en toda mi vida he concentrado más miradas sobre mi escote.

Al fondo diviso unas gruesas cortinas de terciopelo rojo que actúan a modo de separadores. Dos gorilas trajeados de oscuro con sistemas de intercomunicación bien visibles en las orejas, las apartan y nos franquean el acceso a una maraña de pasillos y puertas tenuemente iluminados en un sensual ámbar.

—No tengas miedo. —Mario acentúa la presión en mi cintura y el pinchazo corre sin tregua hasta el centro de mi clítoris. No entiendo por qué.

Es como si nos esperasen. No tengo la sensación de estar invadiendo una reunión privada, cuando empujamos una puerta escogida al azar y nos adentramos en un lujoso dormitorio decorado en tonos dorados, con una cama redonda en el centro, enorme y acogedora, donde retoza una pareja desnuda.

La sangre acude a mis mejillas, pero mis pezones se regodean. Mario me empuja con suavidad, la pareja ha interrumpido su sesión de besos y nos invita a sumarnos.

Aspiro aire. Fuerte y hondo, que me llene los pulmones y el cuerpo, con el valor que me falta. La fiebre me posee. Es momento de desconectar de la cordura. Creo que voy a participar en una orgía. Sexo en grupo promovido por mi pareja informal, el chico más clásico y correcto que he conocido. ¿Acaso no es una sorpresa? Es obvio que no me equivocaba al considerarlo un aventurero.

Solo que nunca pensé que lo fuera en el plano erótico.

Con una sonrisa que no admite equívocos, lo tengo situado a la espalda, se encarga de bajar la cremallera de mi vestido, hasta rozar las redondeces de mi trasero. El cambio de temperatura azota mi piel que debe estar sensibilizada al máximo, puesto que solo me he desprendido de una tela liviana y la habitación está climatizada. Igual son figuraciones mías que no pueda apartar los ojos de los ocupantes de esa cama, una pareja joven y muy atractiva, con cuerpos de calendario y sonrisas perversas. Antes de abandonarme, giro sobre mi eje y busco la aprobación en los ojos de Mario.

Diría que es precisamente eso lo que leo en sus brillantes pupilas.

—Pero si tú no me compartes con nadie —me extraño, remolona y mucho más caliente de lo que puedo disimular, castigando su mentón con suaves pellizquitos.

—Son solo juegos, sin sentimientos de por medio —susurra su voz rota—. Es tu amor lo que no estoy dispuesto a entregar a otro.

—¿En serio? ¿Por qué será que no lo dudo? —Hago resbalar, provocativa, mi índice por el contorno de su barbilla. A continuación, la lengua. Me detengo sobre los labios, dibujo su marcada línea con la yema y cuando los separa, dejo que mi dedo entre en su boca—. Chupa —ordenó, sintiéndome poderosa.

—Tú sí que vas a chupar. —Desde atrás deshace mi coleta e introduce los dedos por mi pelo—. A la cama.

Intercambiamos una mirada plena de excitación contenida. Este sí, este sí es el Mario a quien deseo, algo distante, frío y hasta huraño. Ha vuelto. En cuanto a mí...

He dado el primer paso a una avalancha de sensaciones desconocidas que no tardarán en arrastrarme. Ellos me ofrecen sus manos. ¿Qué mal hay en divertirse un poco a lo salvaje? Ser arriesgada, irreverente. Me apetece, nadie va a enterarse.

Con ese impulso febril, tras un levísimo titubeo, decido aceptarlas, apoyo una rodilla en las sedosas sábanas negras y... me pierdo.

En un abrir y cerrar de ojos estoy tumbada sobre esa tela resbaladiza, con una fina capa de sudor cubriendo mi piel erizada, y la melena flotando alrededor como un velo. Mario, apostado junto a la inmensa cama, observa. Toda la inocencia que de habitual destila, la devora el morbo. Va a quedarse ahí, de pie, vestido, simplemente mirando.

Yo continúo erguida y el hombre y la mujer palpan mis muslos, se entretienen masajeando mi trasero a ritmo sincronizado. Han logrado que mi piel hierva de deseo, que mire sus bocas y sus dedos y anhele posarlos en otros lugares menos respetuosos de mi anatomía. Mis

pezones... Los picoteo con un gemido aterciopelado. Mi sexo... Lo abro y lo dejo bien a la vista. El hombre se tumba sobre su espalda, me atrae en su dirección y avanzo de rodillas hasta quedar muy cerca. Abraza mis piernas y encaja la lengua en mi vulva, martilleando con la punta directamente en el punto más sensible. Ella juguetea con mis mechones, los aparta a un lado del cuello y cuando se cansa de besarlos, devuelve la melena a su lugar, libre por mi espalda.

Caigo en la cuenta de que Mario es el único de los cuatro que sigue vestido, nos somete a una intensa observación que debería resultar molesta, pero quién sabe por qué, me excita y me complace.

—¿No nos acompañas?

—Prefiero mirar —jadea.

Tanto, que cuesta reconocer en él la voz jovial de cada día.

#Afrodisia

Arrastra un sillón barroco tapizado en costoso satén y toma asiento, con esa luz oscura latiendo en sus iris. Conecta las yemas de sus dedos, forma una pirámide a la altura de su cara. Espera algo.

El amo demanda espectáculo, diversión.

Por fin he comprendido su objetivo: Mario es un *voyeur*, disfruta mirando el modo en que gozo con otros amantes que no son él. Y por alguna malévola razón que el alcohol no me permite descifrar, no me ofende. Hace que me sienta una diosa de la lujuria y del sexo, con más poder sobre su placer del que jamás antes haya tenido con nadie. Sentir sus ojos, su atención, todo su ser fijo en mí, pendiente de mi cuerpo, me da alas. Decido olvidarme de todo, arrinconar los remordimientos y homenajearlo.

Que para algo estoy borracha. Muy borracha.

Empujo las caderas y me empotro contra la boca del hombre, que lame y me recorre con codicia. Trenzo mis dedos en su pelo y lo atraigo y lo separo, marcando un provocador ritmo. Luego lo libero y mis dedos pasan a ocuparse de los pezones; los retuerzo, tiro de ellos, me mojo las yemas en saliva, los humedezco. Mi ronroneo se transforma en sonoros gemidos, cuando la lengua de la mujer recorre mi espina dorsal en dirección ascendente, partiendo del final de la espalda, del vértice que separa las nalgas. Y en vertical, baja de nuevo hasta el mismo punto y más allá.

Llega el primer orgasmo y es... Alucinante.

Respiro, ebria de un placer tan irreverente como inesperado, tan crudo como intenso. El morbo que suma la imagen de Mario sentado, grave y callado, pero observando cada detalle en la evolución de mi propio deseo, provoca descargas eléctricas en todo mi sistema nervioso.

Me he corrido no sé las veces, me he sometido y he sometido a mis compañeros de cama a las más variadas posturas. He tenido en mi boca el miembro hinchado de él, el suave sexo depilado de ella. Me he lanzado como una demente a por esa carne rosada, le he chupado los pezones al tiempo que él me lamía las nalgas, la hendidura que las separa, y el ano. He vibrado con cada roce insoportablemente eléctrico, he participado activa y entusiasta en esta fiesta privada en la que al parecer era invitada de lujo.

Ni rastro de afecto, solo sexo del bueno y en cantidad. No echo en falta las bromas ni los mordisquitos en la oreja, porque el torbellino de excitación llega, te atrapa, arrasa y no te deja pensar en nada más.

Cuando todo acaba, me quedo dormida, fatigada. Ella me besa los labios, él, caballeroso, los nudillos, y tras la cortés despedida abandonan el lecho y luego de enfundarse unos batines de seda exquisitos, la habitación. Mario se levanta, me cubre con una colcha ligera de terciopelo bordado y me toma en sus brazos. Me acurruco contra su pecho, apenas puedo mantener abiertos los ojos. Entre brumas distingo que salimos por una puerta lateral, un coche negro y suntuoso aguarda, el chófer se adelanta a franquearnos el paso y luego, el olor penetrante del cuero, que inunda mis fosas nasales.

—*Cara, cara mía.* —Mario me acaricia el pelo. Me encojo en su regazo, busco su calor casi a la desesperada, y continúo rendida con sus brazos alrededor del cuerpo.

#BuscandoDistracción

Alex

Ni en mis peores sueños. Ahora comprendo por qué nadie quería hacerse cargo de esta obra infernal. O mato al Subsecretario del Asistente del Coordinador que aconseja al Director General, todos con mayúsculas, o me tiro a las vías del tren. Se las han apañado para convertir dos partidas del presupuesto en una batalla campal, una maldita pescadilla que se muerde la cola, exigiendo bajo cuerda y sin que se note, un incremento de los precios para llevarse un pellizco.

Por ahí no paso. Les he dejado claro que mi visto bueno siempre apoyará el mejor equilibrio coste-calidad, aunque la decisión última la tengan ellos. Si se dejaran de tapujos y de falsa honestidad iríamos directos al meollo de la cuestión, pero no, quieren implicarme, pretenden que los crea honrados y se sacan del bolsillo mil pretextos absurdos para convencerme. El resultado es una tensión que se corta con cuchillo, un retraso considerable del proyecto y el fin de las comilonas y el colequeo con que me recibieron días atrás.

Otro añadido a mi lista de enemigos.

Me he convertido en un paria con casco amarillo que cada mañana aparece, y contra viento y marea y sin aplausos, hace su trabajo hasta donde se lo permiten. Puede incluso que antes de rematar los certificados decida arrancarle la cabeza a alguien. Qué asco me da todo, no se merecen el sitio precioso donde viven. La primavera ha explotado en Sevilla como solo puede hacerlo, de forma espectacular. Las calles huelen a flores y la temperatura es templada y acariciadora, una delicia. Pero yo tengo rota el alma.

Mi penúltima copa en Málaga, antes de venir, fue con Antonio. La última fue una cogorza de premio que me llevó a mi casa a cuatro patas vomitando en los arriates, con Víctor y cinco tías de las que no sabíamos ni el puto nombre. Follamos hasta hartarnos y luego se quedaron durmiendo en el salón con los colchones de la habitación de invitados tirados por el suelo.

A lo que iba. Antonio.

Su proximidad con Sofía a través de Ximena lo convierte en mi favorito y también el amigo del que con más afán huyo. Él me informa, él me refresca la memoria y me impide desterrar su recuerdo a las capas profundas de ese submundo llamado mente emocional, desde donde me duele como si fuese el primer día. Detecto que ha recibido el encargo de callar, de ser

discreto. Sé que Sofía sale con otro, no debe de querer saber absolutamente nada de mí, de modo que a Antonio más bien lo sonsaco con paciencia para obtener migajas. Algo es algo.

Esta vez, sin embargo, noté algo distinto. Sonaba a disculpa contenida, no lo sé bien, tampoco se supo explicar. Fue un matiz muy sutil en la manera en que sentenciaba «lo vuestro era una mierda como un piano de cola, sin futuro ninguno» o sus «sois como el agua y el jodido aceite, olvídate de ella». Lo decía sin querer decirlo. Igual ha surgido una nueva oportunidad de que Sofía perdone mis errores y Antonio no se atreve a darla por segura.

Gracias a los contactos municipales, he alquilado un pequeño ático muy soleado desde el que domino toda la plaza delantera. Suelo pasarme el día fuera, vagabundeando por la obra y martirizando a los jefes que están acostumbrados a ir bastante más por libre. Seguro que jamás, desde que cogieron por primera vez el palustre, les ha caído encima un arquitecto más plasta. Pero mi humor ha sufrido un serio golpe y mantenerme ocupado es el único modo de no enloquecer.

Hoy es viernes, joder, viernes de nuevo.

El día de la semana que hila con nuestras noches de risas, cerveza y besos en el centro histórico de Málaga. A Sofía le encantaría salir de copas por Sevilla, recorreríamos estas calles agarrados por la cintura y ella me miraría de vez en cuando con sus ojazos sobrenaturales. Quizá yo me iría desoxidando y acabaría confesándole... En fin, mejor lo aparco.

Los de la obra dan de mano a la hora de comer y yo me he venido buscando compañía anónima al «*bar de Antoñete*» cerca del apartamento. El tipo ya me conoce de alguna que otra vez y el menú incluye deliciosa comida casera. Es casi como volver a casa. Mientras espero que lleguen las albóndigas con salsa de almendra, reviso el periódico local. Alcanzo las últimas páginas, justo cuando el plato me pasa por delante de la nariz y cae en la mesa.

—Jefe, el teatro Lope de Vega ¿queda muy lejos de aquí? —pregunto al camarero que va y viene cargado de bandejas.

Me he enclaustrado en una mesa pequeña al fondo, porque el local, a pesar de que no es temprano, está a rebosar.

—Qué va, *miarma*, está aquí mismito, en pleno casco Viejo.

—¿Sabe algo de este *show*? ¿Le ha comentado alguien si merece la pena?

Dejo colgada en el aire la pregunta porque el camarero luce unas patillas a lo Camarón que cantan por sí solas sus gustos musicales. Agacha la cabeza y la hunde en la página impresa. Levanta la comisura del labio y se encoge de hombros.

—Yo es que como me saques del flamenquito...

—Entiendo, entiendo —sonrío cortés.

Ya decía yo que aplaudiendo a Freddy Mercury, como que no lo veo.

Pliego el diario, sonrío de oreja a oreja para que se le pase el apuro y comparto con él mi secreto.

—Creo que voy a comprarme unas entradas, es esta noche.

Evito decir que no tengo nada mejor que hacer.

—Di que sí, *miarma*, a las mujeres eso de acicalarse y que las saques de picos pardos antes del domingo, las vuelve locas. —Remata la sentencia con un guiño pícaro que interpreto como «y si la parienta está contenta, luego, ya sabes».

Me chifla *Queen* y anuncian un espectáculo alucinante, la *Queen Symphonic Rhapsody* que no me perdería ni borracho, en caso de tener a Sofía conmigo.

Qué cojones. Estando solo tampoco me la pierdo. Dos cosas: una, la buena música es para flipar con los ojos cerrados, bien repechado en tu butaca.

Dos, Sofía está fuera de mi historia, punto final.

Sacaré dos entradas en las primeras filas en cuanto acabe de almorzar... Ha vuelto a traicionarme el inconsciente, joder. Me revuelvo el pelo, me escuecen los ojos.

Dos entradas no, una. Una sola.

#OjosVerdes

Sofía

Amanece, que no es poco.

Afrodisia es una maravilla de los laboratorios modernos, llegó, hizo su efecto elevándome a lo más alto y al irse no dejó huella. Sin resaca, sin síntomas de intoxicación, en perfecta forma y más despejada y optimista que nunca. Mientras damos cuenta de un abundante desayuno en Puerto Banús antes del retorno, insisto en que me cuente cosas acerca de su familia italiana.

No es la primera vez que lo pido y siempre se escabulle.

Juro que ni en sueños me esperaba un NO tan tajante. Me deja cortada. Mario tiene, por encima de su amabilidad indiscutible, una fortaleza de carácter que no admite réplicas. Una mezcla entre seda y hormigón que cuando salta, te desconcierta. En su lugar, cambia de tercio.

—Dime una cosa. Anoche...

—Disfruté. —Lo saco de dudas con la respuesta escueta y una sosegada sonrisa que Mario, rápidamente, imita.

Quedo a la espera, pero lo único que hace es avisar al camarero y pagar la cuenta.

Me ofrece su mano cual galán romántico, la acepto y salimos al sol de un día espléndido.

—¿No fue demasiado? —insiste, quiere que le explique lo que sentí, cuando lo cierto es que no podría definirlo ni echando mano de otro idioma. Morbo, arrebato, efervescencia de los sentidos, sexo en libertad, diversión...

—Nada es demasiado en el entorno apropiado —contesto tiñendo mi frase de misterio—. Supongo.

—Magnífico —Rodea mi cintura y me atrae. Es como si acabara de estampar en mi frente un sello con las palabras «propiedad privada».

Así me siento.

Lo nuestro va lento. O debería decir «lo mío». Querría siempre responder a su euforia con idéntico entusiasmo, pero no puede ser, no siempre me sale, la emoción no está ahí llamando a la puerta, esperando que abran. Alex tira todavía, para mi desgracia, de muchas de mis intenciones. Demasiado presente aún...

¿Por qué sigues molestando, ojos verdes?

#OdaALaSoledad

Alex

No me figuré que la combinación entre piezas clásicas y los temas de mis venerados *Queen* llegase a emocionarme tanto. Joder, estoy llorando como un niño de teta.

Esta penumbra íntima alrededor, esos acordes que se te meten dentro y te desgarran el pecho, ese maremágnum de sensaciones envueltas en música... Llegan e impactan recuerdos absurdos; otros muy lógicos. Preguntas sin respuesta, resentimiento, y ese querer dar marcha atrás en el tiempo para modificar algún patón que ya metí y que poco arreglo tiene.

Dejo las lágrimas correr, sanadoras, me lo tomo como una catarsis necesaria ahora que estoy a oscuras, que nadie me ve y no pueden juzgarme. A veces no entiendo esta obsesión mía por no parecer nunca débil, como si albergar sentimientos que te hacen más humano fuera un error del tamaño de un puente. Algo falla en el modo en que nos educamos, si la frialdad se premia y las emociones se amordazan.

Salgo de la sala dando tumbos, desesperado por fumarme un cigarro. La ansiedad va en aumento y la reprimo a base de pitillos. Tengo que dejarlo o cuando vuelva al gimnasio, mi maestro me tendrá tres meses de cara a la pared. Sera el último, me prometo con la boca chica.

Lo enciendo, enfrento la calle desde la puerta principal, doy un par de caladas, y como me aburro, lo tiro al suelo y vuelvo dentro.

Han montado una parafernalia impresionante en el recibidor del teatro, dos o tres tiendas abarrotadas de *merchandising* de todo tipo, desde camisetas y diademas luminosas de los chinos, hasta jarras con el logo del espectáculo. Una barra de bar decorada en plan galáctico actúa de imán para estas hordas enloquecidas, para mi sorpresa de todas las edades, que agitan billetes de veinte boniatos por encima de sus cabezas, y lanzan alaridos para conseguir antes su bebida. Ideal.

Pido un whisky solo aprovechándome de mi altura, y de que la camarera enseguida vuelve hacia mí sus ojos de princesa enamorada. Me grita que solo disponen de champán y aunque ese brebaje lo reservo para momentos especiales, accedo y compro una copa. Me la llevo a los labios un poco catatónico.

Aún floto en ese universo paralelo al que me han transportado ciertos temas. «*The great pretender*»: diablos, oír su letra ha sido como enfrentarme a un puñetero espejo.

Y «*Bohemian Rhapsody*» me ha catapultado directamente y de cabeza, a la nostalgia y la autocompasión. Los coros me han envuelto hasta despedazarme, y como colofón, el «*Born to love you*», que me remata como si una lanza afilada me traspasara el tórax.

Salgo del limbo los segundos justos para reparar en un grupo de chicas que, sin ser quinceañeras, se comportan exactamente igual, me miran, ríen por lo bajini, cuchichean y se largan codazos. Las miro sin ver, es una mirada que les grita que espabilen y dejen de convertirme en el centro de sus bobadas. Curioso, hace siete meses habría podido describirte con todo lujo de detalles el largo de sus faldas y el volumen que ocupan sus tetas.

Hoy no consigo retener en la memoria ni cuántas son.

Dejo el champán a la mitad y desaparezco. Tanta gente junta ha conseguido agobiarme.

Enfilo la acera y bajo hasta un entramado de callejuelas donde hay un montón de garitos geniales, me tomaré tres o cuatro whiskies bien cargados, y me iré al ático a dormir la mona. Podría bajar a Málaga mañana, ver a los chicos, a la familia, dejar de sentirme tirado, solo y miserable. Pero la sola idea de cruzármela por la calle me produce náuseas. Temo acabar haciendo el ridículo, arrojándome a sus pies.

Esto no me ha pasado en la vida, pensé que una reacción de este calibre solo la generaría la problemática Camila y sus numeritos de teatro barato, sus gritos e insultos donde primero le pillan, pero me equivoqué. Camila ha rogado, sí, me ha enviado mil mensajes a horas intempestivas de la madrugada, y me ha cabreado a tal punto que estrellé dos móviles nuevecitos contra la pared, pero por fin se ha rendido, no ha vuelto a brotar de entre las sombras, no me perturba.

Es ella, joder, la que no está, la que lentamente me mata.

Entro en un sitio con buena pinta y mucha animación. La música es comercial y moderna, nada que me afloje los mocos de nuevo, así que me arrimo al mostrador y pido lo mío. En un rato, un grupo de mocosas que me resultan conocidas entra y forma un revuelo en el local.

Corrijo. De mocosas no tienen nada y no las he visto en mi vida.

O sí. Son las de la salida del teatro, me percaté porque vuelven a mirarme y a cruzarse señas. Estoy hasta los huevos de gilipolleces, me marchó, esto es un hervidero de gente desconocida que pasa y me roza como si tuvieran algún derecho.

Activo el primer pie, y una de ellas se acerca y se coloca en medio. No puedo continuar sin apartarla de un manotazo o saltarle por encima.

—¿Me dejas que te invite a una copa? —me aborda.

Me obligo a sonreír, solo de medio lado.

—Eso estoy seguro de haberlo escuchado en alguna película americana, solo que seguramente sería él quien pagaba.

—Modernizarse o morir —replica con una deslumbrante sonrisa.

Es rubia, mucho, casi ese color escandinavo, con el pelo cortado enmarcando su mandíbula. Y tiene los ojos azules no muy grandes, pero sí expresivos. La sonrisa es de anuncio, los labios pintados de rojo.

«No, gracias, ya me iba».

—No seré buena compañía. Ni siquiera seré —adviento con gravedad.

—No nos lo tomes a mal, es viernes, queremos divertirnos y tú estás solo y de infarto, no puedes culparnos por intentarlo.

Rio con amargura. Al clavar los ojos en tierra, recorro la silueta menuda de esta chica atrevida, su vestido escueto y sexy, sus piernas desnudas y los altos tacones.

—Ahora entiendo cómo os sentís cuando os buitreamos.

—Venga, tómate una copa conmigo —insiste.

Esta chica es inmune al desaliento.

—Se trata de una apuesta, ¿acierto?

Contonea las caderas, me está respondiendo con una especie de baile simpático que desmorona un poco mis defensas.

—Vamos a dejarlo en intriga.

—De acuerdo, tú. La caterva —señalo desdeñoso al resto del grupo que sigue pendiente de nuestra escena—, que se mantenga lejos.

La rubia gira sobre sus mareantes tacones, se mete los dedos en la boca y lanza un silbido a lo cabrero que me deja estupefacto. Las amigas se cuadran todas a una.

—A lo vuestro y sin molestar —las alecciona.

Dicho y hecho. Vuelve a compactarse el grupo y ahora solo distingo melenas alisadas, espaldas y traseros redondos.

—Vaya, menudo adiestramiento, disciplina militar —me admiro.

—Bah, les he guiñado el ojo. —Me tiende una mano pequeñita—. Me llamo Sienna. Gracias por aceptar el reto de una copa.

—Es lo menos que puedo hacer por ti —acepto esa mano, la cubro con la mía, desaparece por completo—, me has quitado de encima un montón de fans enardecidas.

—Engreído...

Sí, sí, engreído. Pero las componentes del grupito continúan mirándome por turnos el paquete, con cara de psicópatas pervertidas.

—Soy Alex. —Por fin me suelta la mano. Me revuelvo el pelo algo nervioso, y la chica persigue, embobada, el regreso de la mano a su lugar.

—Wooo, no hagas eso si pretendes salir entero de aquí.

—Acabas de llamarme engreído... —me burlo, miro al techo con dramatismo—, un poco de coherencia, por favor...

—Olvidalo. Eres majo.

—¿Cuándo llega ese copazo?

—¿Te han roto el corazón?

—Algo así. Como en un millón de pedazos.

—Menuda mierda, bienvenido al club. ¡Camarero!

Nos contamos nuestras penas. Cuando nos hartamos del bar, Sienna dice adiós a sus amigas, que me devoran con ojos de hienas hambrientas, abandonamos y aterrizamos en otro, luego paseamos a la luz de la luna a orillas del Guadalquivir. No puedo creer que este siendo tan sencillo sacar fuera toda esta rabia, y que el ser humano que tengo enfrente esté atendiéndome respetuoso, en lugar de interrumpirme cada dos frases con un «*no me jodas, so maricón*».

Creo que alteraré algunos principios inmutables de mi filosofía de vida, y empezaré a confiarme a chicas, son más sensibles. Hasta ahora lo hacía con mi hermana, pero parece que algo ha fastidiado su platónica relación con Sofía, no quiere ni oír hablar de ella. Puede que después de todo no sea yo el raro.

A eso de las tres de la mañana, acompaño a Sienna al hotel donde se hospeda, nos damos mutuamente las gracias por la compañía, los consejos y las copas varias, no intercambiamos fluidos, ni promesas, ni números de teléfono siquiera. Nos despedimos como adultos honorables, ¡dándonos la mano! Todo muy casto.

Curioso: Alex Conde y el adjetivo «casto» solían ser irreconciliables y radicalmente opuestos.

Ha debido abducirme un jodido extraterrestre.

#NoEntiendoNada

Sofía

Decidimos pasar otra noche con faldas y a lo loco. En Benalmádena descubrimos un local algo cutre, con música en vivo, donde nos desmelenamos. La decoración será para suicidarse, pero los combinados los carga el diablo y suben que da gusto.

Todo el mundo se retuerce al ritmo de *Dangerous* de David Guetta y justo cuando el solista afirma que las cosas empiezan a ponerse serias entre él y «la chica», me figuro, Mario me dedica una mirada que me traspasa.

Sus pupilas abrasan.

Me paraliza con la copa en la mano, la garganta seca, y el ruido sobrevolándome. Esto corre demasiado. Es un instante íntimo, solo de los dos, sumamente especial que me acerca a su universo, sin reservas. Dejo mis labios a escasos centímetros de su boca y lo miro a través de las pestañas.

—Mario, yo...

No tengo muy claro lo que quiero confesarle, una especie de entrega devota, algo que dure eternamente y me rescate de otros amores más dolorosos. Cada uno clava las pupilas en los ojos del otro, dos miradas cargadas de necesidad. Me olvido de que una de mis manos sostiene un vaso, enrosco los brazos en torno a su cuello y pego sus labios a los míos. Lenguas que juegan, que se buscan y se encuentran al ritmo satánico de esta canción tan sensual.

Dios mío, ¿qué siento? ¿Lo quiero?

Al menos sé que en estos momentos lo deseo con cada fibra de mi organismo. Pero la música cambia y rompe el encanto en mil pedazos. Ahora suena una versión disco del himno Americano y de detrás de la barra brotan unas chicas guapísimas, con minifalda y los pechotes al aire, disimulados bajo la bandera *yankee* pintada a pelo sobre la piel. Vienen agitando las caderas, sacuden unos pequeños pompones por encima de sus chisteras, sobre las melenas de Barbie.

Tres de ellas me ponen el ojo encima y vienen danzando entre el barullo, como tres misiles teledirigidos. No hay intercambio de palabras, solo acciones clarísimas, entiendo que me reclaman, ignoro para qué, pero el tirón del ambiente es demasiado poderoso y me dejo arrastrar sin mirar atrás. Las chicas me empujan hasta un biombo y muchas manos se posan sobre mí al mismo tiempo, me despojan de la ropa, del sujetador. No puedo dejar de reír, me están pintando las tetas de azul. Azul, rojo, barras blancas y estrellas.

¡Soy una bandera humana que se menea! Con volumen y en relieve.

Bum, bum, bum.

El Dj vuelve a cambiar y con las luces girando, la versión que Amy Winehouse hace del «*Will you still love me tomorrow*» trae a rastras mis sentimientos por Alex, la eterna pregunta

acerca del mañana, que tanto me martirizó.

No, por favor. Ahora no.

Quiero más alcohol, hasta que me salga por las orejas, beber para olvidar. Bien por Mario, que me empuja a salir de Málaga para corrernos las juergas. Así evito encontrármelo.

Mis nuevas amigas tiran de mí en direcciones opuestas y yo me dejo zarandear porque en realidad, no me importa. A los tíos les fascina sacarse fotos con nuestras tetas pintadas, haciendo como que las estrujan, pero sin atreverse. Son casi todos turistas, están borrachos, resultan inofensivos, solo buscan divertirse un poco a lo loco, como nosotras.

De repente, una mano se estampa contra mi trasero y me sobresalta. Si no sigue apretando, tampoco me molesta. Estoy embotada, solo quiero seguir intoxicándome, reír y cantar en inglés, por descontado, inventándome la letra. Pero el dueño de la mano se arrima más de lo conveniente y si ando pedo para permitir que me soben, también lo estoy para endiñarle un botellazo al que se me ponga a tiro.

—¡Eh!

—¡Ya está bien! —brama una voz a mis espaldas— ¡Largo!

La alta figura de Mario se interpone entre el turista pelirrojo y yo. Me ha cubierto el torso desnudo con su chaqueta y le clava al enemigo una mirada como un cañón de protones. Da miedo, me corta el aliento y el pelirrojo, seguramente escocés, levanta las palmas y las muestra en son de paz. Se retira algo tambaleante y vuelve a reunirse con sus amigos. Otra habrá que se deje palpar las domingas.

—No pasa nada —trato de suavizar el enfado de mi chico—, ni siquiera me ha rozado.

Mario sigue candente, ni atiende a mis esfuerzos siquiera.

—Hijo de la gran...

—Eh, eh, eh... —empiezo a rezumar indignación— La otra noche me follaron delante de tus narices como si no hubiese un mañana. ¿Cuál es la diferencia?

—Este tipo es un asqueroso chulo de bar, un cerdo sudado y ebrio que perderá los dientes como se te acerque otra vez.

—¡Frena, vaquero! —Le tomo la cara con las manos, lo insto a que aparte los ojos del grupo. Son muchos y podemos acabar a cabezazos como en las peleas del Oeste— ¿Con uno te sientas y miras a punto de correrte y con otro pierdes los nervios?

—Sofía, son cosas distintas.

Ya. Lo serán para él. Yo no entiendo nada.

Alarga el brazo para agarrarme, me libero de un manotazo. Una rabia efervescente sube por mi estómago y me enciende.

—Diferentes según tu jodido criterio, que no siempre coincide con el mío. Te gusta el morbo, las situaciones límite. ¿Y yo qué? ¿Qué hay de lo que opine yo?

Observo que estoy gritando. Busco mi ropa entre la gente, pero no localizo el biombo tras el que me desnudé con las chicas. Me doy por vencida, meto los brazos en las mangas de la chaqueta y con el cráneo a punto de explosión, la cruzo por delante y me abrazo para contrarrestar los escalofríos que empiezan a llegar.

—¡Oye, Sofía!

—¡Dijiste que podría decidir, que tenía la última palabra!

—Sofía, joder...

—Vete a la mierda.

Salgo disparada en dirección a la puerta.

#AquíMandoYo

Mario hace lo que puede por seguirme, su envergadura lo dificulta bastante. Soy más pequeña, me cuelo entre los huecos, por debajo de los brazos de los bailarines que agitan sus jarras de cerveza y blasfeman a grandes voces.

Salgo al exterior y el frío infame de la calle me corta la respiración. Paro un taxi, decidida a volver sola a casa, pero maldito sea el caso que me hace, pasa de largo rechinando rueda a un palmo de atropellarme.

—Sofía, ¿quieres parar?

—No me da la gana.

—¿A qué viene esta estupidez? ¿Qué coño te pasa?

Me revuelvo como una loba herida.

—Si quieres saber lo que es un sopapo con doble giro y tirabuzón, ponme una mano encima —amenazo mascando cólera como si fuese chicle.

—Vaya si te han sentado mal las copas —silba poco impresionado.

Lo que por supuesto, incrementa mi enfado.

—Eres un controlador, de narices. Escondido bajo esa sonrisa que desarma, o se hace tu santa voluntad o tiramos la puta al río. La puta debo ser yo, dicho sea de paso.

Con el ímpetu, los mechones me caen sobre la cara y dejo de ver.

—No hables así. —Mario hace por apartarlos.

No permito ni que se acerque.

—Hablo como me sale del hígado, porque estoy enfadada, rabiosa y llevo encima una mierda monumental. ¡Oh! Me temo que al señorito le disgusta cuando no me comporto —escupo sin rastro de remordimiento en la voz—. Y es que de cuando en cuando, me olvido los modales en un cajón de la cómoda. También deberías saberlo.

Camino un par de pasos y regreso, porque en realidad no voy a ninguna parte.

—Estoy hasta los ovarios de tu control obsesivo. Lo que hacemos, lo que comemos, a dónde vamos. Baila, no bailes, llama a Ximena ahora, espera una jodida hora y catorce minutos y medio... Estando contigo todo se vuelven reglas, eres un maniático de la manipulación. —Vuelvo al borde de la acera—. ¿Dónde coño se coge un taxi en este pueblo?

En efecto. En tantos días he llamado a Ximena tres veces, las mismas que el propio Mario ha marcado su número en el móvil y me lo ha pasado, como dándome sus bendiciones. Y la he visitado menos aún. Estoy literalmente, absorbida por mi pareja.

—¿Ya has memorizado el número de mi amiga? —le pregunté en su día, algo sorprendida de ver escrito el nombre con todas sus letras.

—Sí, para que te sea más fácil llamarla.

—Me lo sé de carrerilla, gracias —refunfuño.

Es raro. Me lo tomo como una especie de invasión. Se llame como se llame, tengo una relación con este hombre, no debería molestarme que haga este tipo de cosas, pero la intensidad de mis sentimientos por él va y viene. A veces lo amo, a veces me sobra, pero casi siempre lo necesito. Empiezo a comprender la inseguridad de Alex, lo voluble de su temperamento, cómo debía sentirse sin quererme en serio, porque cuando el amor es auténtico, no se duda.

—¿Has terminado con el rosario de reproches? —ruge Mario.

Me sobresalto, porque tras desfogar, yo ya había vuelto a distraer mi mente, y andaba disipada y lejos.

No me da tiempo a contestar. Se cansa de soportar mis desmanes. Da un paso adelante, agarra mi rostro y mi nuca, y me besa con una pasión impaciente que supera todas mis expectativas. Apretar los labios no vale de nada, los fuertes dedos de Mario resbalan a lo largo de mi cuello, dibujan breves ondas sobre mi escote y retienen mis muñecas con el fin de inmovilizarme.

Acabo rindiéndome al enemigo.

Entreabro la boca, separo los dientes, me entrego a su posesivo asalto y hasta colaboro de buen grado. Se detiene un taxi, porque cuando el beso infinito se nos agota, Mario agita la mano libre y tiene más suerte que yo.

Por desgracia, el trayecto de vuelta basta para recuperar mi retorcido mal genio. Ignoro de dónde nace ni por qué, pero aquí está, me llena el pecho y no sé cómo gestionarlo. Habíamos quedado en pasar la noche en mi apartamento, mierda, ahora la idea me escuece.

Cierro con un portazo el baño y meto la cabeza bajo el grifo de la bañera, sin molestarme en eliminar el maquillaje. Estoy fatal, el cerebro relleno de goma espuma, aturrida y cabreada. Tardo muchísimo en salir. No se oyen ruidos en la habitación, Mario no me reclama. Ya casi no puedo mantener abiertos los ojos y la cama, aunque preparada, sigue vacía. De puntillas llego hasta la puerta que comunica con el saloncito y echo un vistazo. Se ha acoplado en el sofá, me da la espalda, no sé si duerme, no me aventuro a descubrirlo. Regreso al dormitorio.

Descansar es lo primero y mi inspección acaba aquí.

Todo lo que alcanzamos a hacer por la mañana es hablar lo indispensable. Mario ni siquiera come, se limita a engullir capuchinos, uno detrás de otro.

—Tengo un nudo de nervios cogido al estómago —digo al fin, por romper este hielo tan tenso y tan absurdo.

—El vértigo de lo que se avecina —ladra.

Sé que se refiere a mi aventura como autora.

—Será eso. Y la resaca.

Decido que voy a poner todo de mi parte. Todo.

—Oye... iniciar esto a tu lado lo convierte en una de las mejores experiencias de mi vida entera, en serio. —Le sonrío y él me sigue, diría que aliviado.

—Un placer —ronronea un poco seco.

—Además de eso —suelto con toda la intención.

—Sofía, no quiero que sigamos enfadados. Anoche...

Levanto la palma extendida.

—Anoche me convertí en una perra en celo, soy consciente, olvídalo. Creo que me he

tomado demasiado en serio lo de «*soy la nueva y salvaje Sofía liberada, no pasa nada si cometo alguna locura o pierdo el control*».

—Y es que es verdad, no pasa nada. Lo que uno realmente desea, no se sabe, se descubre. Sorbo ruidosa y ladeo el cuello.

—Bueno, puede.

Cierra un instante los ojos y por segunda vez, sonrío. Una sonrisa que podría arramplar con la Guerra fría mundial si se le antojara.

—Venga, esto no pasa de ser una riña tonta de las muchas que vendrán. ¿Te haces una idea de lo ancha y lo a gusto que he dormido esta noche? —Finge enfadarse. Con el dedo masajeo su ceño fruncido hasta que lo afloja—. Que no, que es mentira, he echado mucho en falta tu bultito caliente.

—¿De verdad?

—De la buena. Los Echegaray no hablamos por hablar.

Recoge mi mano entre la suya, envuelve mis dedos con los suyos. Los arrulla.

—Tengo algo que contarte. Querías mi historia. Pues creo que llegó el momento.

Vaya, no es esto lo que esperaba, pero sí, claro que quiero. Quiero que mi profesor Jones deje de ser un insondable misterio. Lo aliento con una mirada que brilla.

—No tuve una niñez fácil —comenzó—. Y por favor, no me psicoanalices —se adelanta. En cuanto me ve abrir la boca, me adivina las intenciones—. He tratado de lidiar con mis monstruos lo mejor que sé, probablemente aún quede mucho trabajo por hacer, no lo niego. Estoy en el camino, es todo.

—Prometo mantenerme callada.

—¿Hasta que acabe? —me mira con suspicacia y un ojo un poco cerrado.

—Hasta el final —aseguro solemne. La sonrisa torcida de Mario es una oda a la burla.

—No me lo creo, pero torres más altas han caído.

Tengo la impresión de que alarga artificialmente el momento de la confesión.

—¡Pero bueno, arranca ya! —reclamo.

—Primero otro capuchino para amenizar el mal trago. —Se mueve hasta la máquina del café.

—No creo que sea para tanto, exagerado. —¿Lo es?

—Puede que no para ti escucharlo, pero sí para mí rescatarlo de las honduras —gime repentinamente sombrío.

Me avergüenzo de mi extraña capacidad para relativizarlo todo.

—Tienes razón, lo siento. A veces no mido la intensidad de los sacrificios ajenos. —Paso la mano por su antebrazo—. Oye, no tienes que hacerlo, si te resulta doloroso, déjalo, no me debes ninguna explicación y menos de cuando eras crío. Yo...

Hace un gesto, con la mano en alto me indica que me calle y me recuerda que prometí respetar su turno de intervención. Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea pintada de rojo.

—No, en serio, quiero quitarme este peso de encima, tengo la sensación de estar ocultándote una parte importante de mi vida y no lo soporto.

—Empiezas a asustarme... —Echo atrás la espalda, pero no puedo escapar, me encuentro con el respaldo del asiento. Entretanto, su café de capsula está listo y vuelve a sentarse a mi lado.

—Mi familia materna es española, de Sevilla. La paterna, siciliana. Mi madre abandonó a mi padre cuando yo no había cumplido los dos años. —Emite un suspiro suave que incrementa la emoción del relato—. Digamos que no soportaba ciertas peculiaridades del modo en que se ganaba la vida.

—¿Pasaba mucho tiempo fuera de casa? —indago, rebosando inocencia.

—Era un capo de la mafia siciliana. De los más poderosos y sanguinarios.

Continuará...

Y la 5ª (y última) entrega llega...

¡El 9 de abril!

Ya en PREVENTA toda la serie de Sofía

Por favor, no olvides dejar tu valoración por estrellas o un breve comentario o recomendación. No imaginas lo mucho que ayudas a mi trabajo con algo tan sencillo.

Sígueme en Amazon Author Serendipia Stark

Pinchando este enlace:

<https://www.amazon.com/author/serendipiast>

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue GRATIS el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

<http://subscribepage.io/np9cTD>

Mis lectoras son... Regencias

**Y si quieres novelas románticas históricas,
me convierto en
Lady Seren.**

Mira lo que tengo:

Lady Seren

(Serendipia Stark)



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Lady Seren

(Serendipia Stark)



LIBERTINA VENECIANA



<https://mybook.to/tussecretosylosmios>

<https://mybook.to/libertinaveneciana>

Lady Seren

(Serendipia Stark)



ALMA ROTA

Lady Seren

(Serendipia Stark)



DELICIOSO GRANUJA



<https://mybook.to/almarota>

<https://mybook.to/deliciosogranuja>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Guante de seda»

Serie «Las Ladies»



<https://mybook.to/marquesladrona>

<https://mybook.to/suenoparaunadama>



<https://mybook.to/jaquecaballero>

<https://mybook.to/deseosdemilord>



<https://mybook.to/profeciaparamilady>

<https://mybook.to/condemeroy>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Calle de Madrid»



<https://mybook.to/hijamarques>



<https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas>

NOTA: Esta serie aún no está completa.
Faltan por publicar 2 entregas

**KINDLE
UNLIMITED**